



NOSOTROS

NUEVA ERA

La gran guerra ha concluído. El 11 de noviembre Buenos Aires celebraba con delirante e inolvidable entusiasmo, el armisticio firmado entre los beligerantes, que no es sino la capitulación total de Alemania, ya inequívocamente anunciada por la retirada de los ejércitos imperiales y la incondicional rendición de Bulgaria, Turquía y Austria.

Ha concluído antes de lo que iba haciéndolo temer la empecinada soberbia teutónica. Ha sido un derrumbamiento. Ahora se ve claramente que, dadas las condiciones, en que se planteó la lucha, Alemania, habiendo perdido en la primera jugada, en el Marne, la posibilidad de imponer una paz victoriosa, estaba virtualmente vencida. Podía su resistencia durar más o menos tiempo, pudo acaso llegar, en 1918, a París, pero estaba vencida. Que sea lícito interpretar esto, de un modo idealista, como el triunfo necesario e inevitable del derecho sobre la fuerza, no nos atrevemos a afirmarlo; pero que esa mortal derrota de los imperios del Kaiser y de los Habsburgos, anacrónicos instrumentos de prepotencia y opresión, haya sido un bien para el mundo, es cosa de que no cabe dudar. La violación de la neutralidad de Bélgica, llevada a cabo cínicamente,— al echar por tierra lo que la humanidad creía haber levantado, aunque con penoso y contrastado esfuerzo, ya para siempre: la fe en la palabra solemnemente jurada en materia internacional

— oscurecía, a nuestro juicio, los restantes actos materiales y morales de la tragedia, y no podía, para la seguridad de las futuras generaciones, quedar impune. Los albores del siglo XX señalan la afirmación histórica de que el engaño y la falsía, que la moral y la ley condenan en las relaciones entre los individuos particulares, no han de quedar tampoco sin castigo en las relaciones entre estados. Las demás discusiones empeñadas acerca de las seculares culpas de unos y otros, beligerantes, todos los paralelos posibles entre el militarismo alemán y el navalismo inglés, entre la civilización latina y la cultura germánica, entre ambas autocracias, la rusa y la austriaca, pasaban a un segundo plano respecto al punto esencial, la violación de Bélgica. Ese fué el mayor crimen de la guerra. Cuando se produjo, el mundo entero debió alzarse contra los delincuentes. No lo hizo, lo cual prueba que la conciencia histórica y moral del mundo no estaba formada todavía. Hemos releído lo que en estas páginas escribimos sobre la guerra, en agosto de 1914, y en nuestro comentario — muchas de cuyas conclusiones, optimistas a pesar del espanto y la sorpresa del momento, nos es grato ver confirmarse — no hemos hallado siquiera una palabra de condenación contra el imperdonable crimen.

Por cierto no fuimos los únicos entonces que no distinguimos en el siniestro cuadro, lo principal de lo accesorio. En los primeros días, hombres y naciones, o no vieron bien qué retroceso moral significaba dicha violación, o callaron — sobre todo las naciones. Sin embargo, aquella conciencia, aun deficiente en 1914, fué definiéndose a lo largo de la guerra, hasta plantear la cuestión en estos términos, con un clamor casi unánime: Alemania debe ser vencida. La violación de Bélgica, la inhumana y agresiva filosofía política alemana y los documentados atentados de los ejércitos imperiales, en tierra y en el mar, contra el derecho de gentes, mostraban, sin dejar lugar a duda, que el mundo estaba amenazado por la violenta embriaguez de un pueblo, envenenado por su propia grandeza y al cual era necesario reducir y curar, para seguridad de todos y ejemplo de los pueblos venideros. La revolución rusa de 1917, al acabar con el inicuo imperio de los zares y al sacudir de los hombros de Francia e Inglaterra la odiosa responsabilidad de su alianza con aquel sangriento despotismo, acentuó aún más el contraste entre ambos bandos en lucha y mostró con mejor luz — si cabía —

cual era el régimen con que había que dar en tierra. Por fin, la palabra de Wilson, que dió a la intervención de los Estados Unidos en la guerra el alto significado que en principio pareció faltarle, terminó con las vacilaciones de todas las conciencias rectas. ¿Cómo desconocerlo? Esta guerra prolongaba la Revolución Francesa: el mundo estaba resuelto a concluir con los irresponsables monarcas de pretendido derecho divino, con los imperialismos esclavizadores de nacionalidades, con las castas guerreras en perpetuo acecho contra la paz, con los restos del régimen feudal acampados en Europa. Y ha concluido — queremos esperarlo — con todo eso.

En este sentido, la guerra ha realizado su misión histórica. Los tronos han sido aventados por la furia de los pueblos, sin que haya escapado a la justicia revolucionaria el de los Hohenzollerns, que muchos tenían por incommovible; la más peligrosa máquina de guerra de Europa ha sido deshecha; las nacionalidades oprimidas son libertadas y se erigen en estados independientes o reintegran a sus patrias originarias. Bélgica es restaurada; Alsacia y Lorena son francesas; Trento y Trieste italianas; surge el estado checo-eslovaco y el yugo-eslavo; Polonia resucita; cesa el martirio de Armenia; en Rusia las distintas nacionalidades van conquistando y afirmando su autonomía; la cuestión del Schlewig se arreglará, ciertamente, según derecho; y del mismo modo hallarán justa solución — es de creerlo — los complejísimos problemas étnicos, danubiano, balcánico y turco-asiático. La hora de Irlanda — no puede ser de otro modo — también ha sonado; y en América será necesario resolver de una vez con equidad los viejos pleitos territoriales entre nación y nación, que turban estúpidamente la tranquilidad del nuevo mundo.

Eso es mucho. La obra del Congreso de Viena y de un siglo de guerras y diplomacia secreta, ha sido revisada por los pueblos. Los vencedores están obligados, con tanto rigor como los vencidos, a reconocer y cumplir en su integridad, los catorce principios del programa de Wilson, que son las tablas de la ley política e internacional de la nueva era. La sociedad de las naciones, todas autónomas e iguales, y el arbitraje; la abolición de la diplomacia secreta; el desarme universal; la libertad de los mares; el libre cambio, fluirán del reconoci-

miento de aquellos principios. Durante cuatro años se han escuchado tantas promesas y concebido tantas esperanzas, que, ¡ay de quienes las defraudaran! Porque todo es de temer de las eternas fuerzas del mal. Las voces de odio no callan, antes ascienden más alto; incorregibles doctrinarios comienzan a hablar del deber de armarse los estados para las futuras luchas, y ya políticos y banqueros, maquinan guerras económicas y urden planes armamentistas. Peligroso y temible juego. ¿Hasta cuándo los hombres no se sobrepondrán a esta mezquina lucha de razas y no comprenderán la grandeza y ventajas de la solidaridad universal? Los pueblos no quisieron esta guerra, fueron arrastrados; han profundizado, día por día, hora por hora, durante cuatro inacabables años, el inmensurable abismo de su horror y no quieren más guerras. Si la conferencia de la paz desoyera esta firmísima voluntad, probablemente a sus espaldas la impondrían los pueblos por las sanciones actualmente incontrastables de los congresos internacionales de obreros.

*
* * *

En tanto, se ha iniciado el período de la reconstrucción, según algunos, de la revolución, según otros, que esta guerra, como estaba previsto, forzosamente engendraría en el orden interno de cada país. Las necesidades de guerra lanzaron a los estados por la vía de la nacionalización de los servicios públicos y numerosas industrias, y de la fiscalización de las provisiones y consumos. Por esa pendiente marcha el mundo ahora y no volverá atrás. La vasta obra ya realizada en Inglaterra, los recientes programas de renovación nacional de Lloyd George y Orlando, los consiguientes proyectos de ley del ministro Nitti, anuncian en Europa los albores del socialismo de estado. La concepción económica del individualismo liberal, abre paso definitivamente a las concepciones colectivistas y gremialistas. El socialismo, al cual se creyó muerto y enterrado por la guerra, está más vivo que nunca. Pero no es esto solo. A esta labor renovadora y reformista — revolucionaria en el sentido pacífico — se opone la acción violenta e inmediata del proletariado, que con la Revolución y su dicta-

dura, pretende abolir de un solo golpe de maza la división de la sociedad en clases, suprimir toda explotación del hombre por el hombre y hacer triunfar el socialismo en todos los países. Tales son la doctrina y la acción del maximalismo, de pura cepa marxista, que por el momento impera en Rusia — cuya constitución, aprobada por el tercer congreso de los soviets, puede decirse la carta magna de una nueva era del derecho—; que parece ganar terreno en Alemania y en Austria sobre las demás tendencias, y que constituye la más seria amenaza del momento para todos los regímenes en que se intenta la reconstrucción social por el camino de la conciliación de los intereses de clase y las meditadas reformas.

La hora es suprema y está preñada de posibilidades. La revolución es un hecho. O por una inteligente y rápida transformación, o por la violencia. Es evidente que la sociedad capitalista, cumplido su ciclo histórico, se desmorona. A menos que no temamos que la general miseria de Europa, la repentina quiebra de las seculares instituciones de Rusia, Alemania y Austria, la desmoralización de las masas y el nuevo estado de espíritu que origina la desmovilización de tantos millones de hombres arrancados a sus hogares y desarraigados de sus costumbres de orden y trabajo; que estos y mil otros factores nacidos de la guerra, determinen un pavoroso caos, una época de inseguridad, desenfreno y terror sólo comparable a la que sobrevino a la caída del Imperio Romano, lo cual no es imposible pero sí improbable, — el mundo hallará su equilibrio en una nueva organización social superior sin duda a ésta de la cual penosamente intentamos salir. Si hubo quien creyó que después de la guerra, la humanidad volvería satisfecha y mansa a su lecho de inquietud y dolor, narcotizada por algunas frases de efecto, confesará que erró. Sustentar en estos momentos una doctrina política, radicalmente conservadora, es ridículo. Surge una nueva concepción del Estado. Desaparece toda desigualdad legal entre los sexos. Se tiende a una repartición más justa de los bienes terrenales. Se traza un límite infranqueable a la degradación del nivel de vida de cada hombre. Lo mismo que sucederá con los códigos internacionales del siglo XIX, sucederá con los códigos civiles: muy pronto, sustituidos por un nuevo derecho, serán letra muerta.

Y así la guerra no habrá sido solamente una sangrienta locura, sino, en el férreo determinismo histórico, un formidable impulso en la marcha que lleva a la redención del hombre.

*
* * *

Nuestro país fué de los pocos civilizados que permanecieron neutrales en la universal contienda. El torbellino de la conflagración, al cual nada escapaba, nos alcanzó varias veces con sus espiras, pero no nos arrastró. El gobierno argentino se esforzó por que así fuese y mantuvo firmemente su neutralidad. Nosotros no fué partidaria de ella y así lo manifestó esta dirección en dos editoriales, publicados en abril y setiembre de 1917 (*América en la guerra*, núm. 96; *Hacia la ruptura*, número 101), adhiriendo a la opinión que pedía la ruptura de relaciones con Alemania. Fué lo que fué; mas creemos que todo ello es historia antigua y que el período de las recriminaciones ha pasado. El pueblo argentino ha estado y estuvo con los aliados, sostuvo sus principios justicieros y tiene derecho a reclamar, como todos los pueblos del mundo, que aquellos principios sean respetados y cumplidos, sin exclusiones ni distingos. Nos resistimos a aceptar por buena la ley del talión, del desquite y las represalias.

Afianzada la seguridad de nuestra nación, respetado su desenvolvimiento político y económico — no siendo concebible lo contrario — corresponde al pueblo argentino la grave tarea de marchar con el ritmo del mundo, cuya aceleración presenciaremos. Es tan estrecha nuestra dependencia de Europa y los Estados Unidos, que no es posible que allá se produzca ningún cambio sin que influya aquí. Si allá la estructura económica se transforma, si allá la sociedad capitalista origina, violentamente o por una serena obra evolutiva, otro tipo de sociedad, ¿cómo creer que la nuestra permanecerá estable? La historia argentina señala la inanidad de esta creencia. Nos adaptaremos pues a las condiciones del mundo, pero esa adaptación podrá ser más o menos contrastada y difícil. Sostener que este país es una Jauja donde todos pueden hacerse ricos, que no hay motivo para importar las novedades de Europa y que aquí falta ambiente para las doctrinas extremas, son ingenuidades periodísti-

cas, si excusables en épocas normales, no en esta hora crítica. Nada de lo humano nos es ajeno y el problema de crear un mundo mejor es tan nuestro como europeo.

El postulado: "Quien no trabaja no come", de la Constitución rusa, y su correlativo que afirma el derecho de todo individuo a una equitativa suma de protección social desde el nacimiento hasta la muerte, no ha de tardar que sean reconocidos también en esta tierra. Nos adelantaremos pues a lo inevitable, sin desgarramientos ni zozobras, yendo al encuentro de las reformas y adaptándolas a nuestras condiciones sociales, con espíritu abierto y progresista. La conciencia de esta pacífica revolución debe arraigar en todos y es justo exigirle a los gobernantes que estén a la altura de las circunstancias. Nuestra constitución es magnífica, aunque su práctica no lo sea tanto, pero el mundo ha andado mucho desde 1853. Aferrarse a su letra, proclamándola el evangelio de cualquier tiempo, es actitud de ciegos. Otra cosa es vibrar con su nobilísimo espíritu, traduciendo en la legislación que conviene a este siglo. Muchas leyes de justicia social piden urgente sanción. Diferirla es temerario. Negar y perpetuar la iniquidad del actual orden de cosas es inhumano y peligroso. Entiendan los gobernantes que si no ejecutan con generoso fervor una vasta obra económica de reparación y conciliación, sacrificando los egoístas y mezquinos intereses de clase, tarde o temprano la República vivirá días luctuosos. En esta obra de redención social pueden colaborar todos los hombres de buena voluntad; es deber de todos hacerse cargo de que entramos en una época revolucionaria — así como en 1810—; debe ser para todos el mayor orgullo, contribuir a crear, con su fe y con su esfuerzo, el mundo mejor que ya se vislumbra.

*
* *

Creemos haber expresado sin ambages nuestro pensamiento. No presumimos haber escrito ninguna novedad. Sería muy grande nuestra satisfacción si hubiéramos inequívocamente interpretado la conciencia nacional de esta hora histórica. A no haber hablado así, ¿con qué derecho nos llamaríamos NOSOTROS y pretenderíamos representar la nueva intelectualidad argentina? Fuimos muy parcos de palabras, cuando de la guerra gue-

rreada se trató. No creímos que fuese la función de esta revista, de "arte, historia, filosofía y ciencias sociales", lanzarse en medio del vórtice de las pasiones desencadenadas y agregar más palabras de odio a las tantas proferidas. Abrimos sí una encuesta, en 1915, sobre las consecuencias de la guerra, pensando más en el futuro que en el triste presente; y tanto el éxito que acompañó a la iniciativa, como la adhesión que los más de los interrogados manifestaron por la *Entente*, dominando sobre la opinión germanófila de los menos, nos dijeron que no nos habíamos equivocado, según algunos creyeron, al plantear la encuesta en los términos imparciales en que lo hicimos. Cuando esta dirección creyó oportuno hablar de los aspectos morales de la guerra, lo hizo con serenidad y firmeza, defendiendo los principios wilsonianos y nuestro derecho a la existencia y a la libertad. Ahora que la matanza ha concluído y que entran en juego las cuestiones concernientes a la reconstrucción del mundo. NOSOTROS confía ser, en su modesta esfera, un instrumento útil. No permanecerá indiferente a la tarea que a todos nos incumbe. Con este criterio, la dirección abre las páginas de la revista a sus colaboradores y lectores, y les repite lo mismo que tuvo ocasión de decir uno de nosotros hace un año, en la fiesta que celebraba nuestro décimo aniversario: "Debemos mirar hacia adelante y prepararnos. Que cada cual aporte algo a la obra: ¿quién sabe si ésta no surge? ¿quién sabe si en este rincón del mundo, algo apartado sin duda, no ha de decirse alguna palabra reveladora, no ha de construirse alguna obra perdurable? Bajemos al fondo de nuestros corazones y descubramos nuestra íntima verdad; hagamos menos literatura y más vida; preocupémonos por los problemas de la patria y la humanidad: que halle eco en nuestra alma el dolor universal; que la suerte del mundo no nos sea indiferente; tengamos el valor, si es necesario, de renegar del pasado, y la inquietud de penetrar en el porvenir...

"Yo quisiera que la revista NOSOTROS fuese de hoy más, la expresión viva de esta remoción ideológica que anhelo para mi tierra. Quisiera que fuese mejor, mucho mejor de lo que ha sido, más honda de pensamiento, más inquieta, aun más combativa, aun más valiente: quisiera que la frivolidad que todavía suele golpear a sus puertas fuese arrojada por la grave preocupación de crear una patria y una humanidad en que haya

más verdad, más bondad y más belleza de las que hay actualmente”.

Esta dirección insiste en que la revista está abierta a todos y que es su deseo, como siempre ha sido, que en sus páginas se examinen y diluciden, con entera independencia, las cuestiones sociales, filosóficas, morales y artísticas del momento. Refieren los diarios que en Europa la actividad intelectual es sin ejemplo. Esperemos que pueda decirse lo mismo de la Argentina. Y para los poetas que anhelan hechos grandes, ¿qué drama más resplandeciente que el que vivimos?

Por si NosOTROS siguiese publicando nada más que honrados artículos acerca del mundo de la luna, fáciles cuentecillos y versos ligeros, esta dirección declara desde luego, en su descargo, que no será suya la culpa. Ello significará que en el país los hombres inteligentes no piensan por ahora sino en el mundo de la luna y en la encantadora frivolidad de los lunares...

LA DIRECCIÓN.

Noviembre 28.

SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA DEL MAXIMALISMO (1)

" Mas naides se crea ofendido
" Pues a ninguno incomodo—
" Y si canto de ese modo
" Por encontrarlo oportuno.
" *No es para mal de ninguno,*
" *Sino para bien de todos*".

MARTÍN FIERRO, Parte II, P. 33

I. — LO QUE NADIE IGNORABA

Desde hace medio siglo oíanse en el mundo grandes voces augurales de una palingenesia social que aspiraba a elevar entre los hombres el nivel de la Justicia. Los principios sembrados por la Revolución Francesa germinaban con lozanía y sus resonancias eran cada vez más gratas a los espíritus libres; en cien formas distintas, en los talleres y en las cátedras, en los parlamentos y en las barricadas, signos inequívocos anunciaban la formación de una nueva conciencia moral en la humanidad.

El horizonte reverberaba luces rojizas, parpadeantes de tiempo en tiempo. Parecían preliminares de aurora a los idealistas que acariciaban un ensueño y a los oprimidos en quienes hervía una esperanza; frente a ellos, estrechaba sus filas la legión del miedo. Los viejos rutinarios y los jóvenes domesticados confiaban en que un riguroso militarismo sería dique eficaz a la ascendente marea de la democracia y esperaban que una fervorosa regresión al misticismo envenenaría en sus fuentes la ideología emancipadora.

Los servidores de los intereses creados creyeron ver en el Militarismo un baluarte contra los derechos nuevos y en la Superstición el antídoto de los nacientes ideales. Y cada vez que el

(1) Conferencia pronunciada por el doctor José Ingenieros, bajo los auspicios de la *Federación de Asociaciones Culturales*, en el teatro Nuevo, la noche del 22 de noviembre de 1918.

murmullo de la democracia se tornaba clamor, para defender una libertad o exigir una justicia, sus enemigos acentuaban su adhesión a la espada y a la cruz, como si ellas fueran los talismanes con que el Derecho Divino podría conjurar el advenimiento de la Soberanía Popular.

Los gobiernos más fuertes conspiraban contra la paz, minados por sus respectivas castas militares. En vano, durante cuatro décadas, los hombres de estudio daban el alerta a los gobernantes, asegurando que el gran resultado histórico de una guerra europea sería una crisis del proceso revolucionario cuyos síntomas eran visibles. Había comenzado ya una transformación de las instituciones políticas, de las relaciones económicas, de los ideales éticos, cuyo sentido era imposible ignorar. No podían precisarse su programa y sus métodos para cuando llegase la hora crítica: pero se consideraba evidente que, en su conjunto, haría efectivas las más radicales aspiraciones de "las izquierdas", variamente formuladas en cada país.

Nadie dudaba de ello tres días antes de comenzar el drama histórico cuyo primer acto ha terminado con el fusilamiento del Czar y con la abdicación del Kaiser, los hombres más representativos del absolutismo feudal. Pero esa convicción — no lo ocultemos — fué olvidada tres días después de encenderse la guerra. La humareda de los combates cegó a casi todos, a los sabios lo mismo que a los ignorantes; los instintos del hombre primitivo apagaron toda luz de la razón. Pocos recordaron lo que hasta la víspera había sido su espantajo o su esperanza: la revolución inevitable, espantajo para los que tenían privilegios que perder, esperanza para los que tenían derechos que reivindicar.

II. — LA TESIS OLVIDADA

Pocos, muy pocos en el mundo, pudieron sustraerse a la ebriedad general y osaron repetir su creencia, no turbada por las circunstancias. Algunas semanas después de comenzar la tragedia, mientras los ejércitos teutónicos arrasaban el suelo de Bélgica y corrían sobre París, publicamos en la más difundida de nuestras revistas un artículo, *El suicidio de los bárbaros*, que otras cien reprodujeron; cuatro años después necesitamos repetir sus textuales palabras, pues son la premisa necesaria para

juzgar serenamente la significación histórica del movimiento maximalista:

“La civilización feudal, imperante en las naciones bárbaras de Europa, se prepara a suicidarse. Este fragor de batallas parece un tañido secular de campana funeraria. Un pasado, plebérico de violencia y de superstición, entra ya en convulsiones agónicas. Tuvo sus glorias; las admiramos. Tuvo sus héroes; quedan en la historia. Tuvo sus ideales; se cumplieron.

“Esta crisis marca el principio de otra era humana. Dos grandes orientaciones pugnaron desde el Renacimiento. Durante cuatro siglos el alma feudal, sobreviviente en la Europa política, siguió levantando ejércitos y carcomiendo naciones, perpetuando la tiranía de los violentos. . .

“Ahora el destino inicia la revancha venidera de la Justicia sobre el Privilegio. La vieja Europa feudal ha decidido morir como todos los desesperados: por el suicidio.

.

“La actual hecatombe del pasado es un puente hacia el porvenir. Conviene que el estrago sea absoluto para que el suicidio no resulte una tentativa frustrada. Es necesario que la civilización feudal muera del todo, exterminada irreparablemente. ¡Que nunca vuelvan a matarse los hijos con las armas pagadas con el sudor de sus padres!

“Una nueva moral entrará a regir los destinos del mundo. Sean cuales fueren las naciones vencedoras, la barbarie militarista quedará aniquilada. Hasta hoy fué la Violencia el cartabón de las hegemonías políticas; sobre la carroña del feudalismo suicida se impondrá otra moral y los valores éticos se medirán por su Justicia. En las horas de total descalabro, ésta sola sobrevive, siempre inmortal. . . .

“Aniquiladas las huestes bárbaras en esta conflagración abismática, dos fuerzas aparecen como núcleos de la civilización futura y con ella se forjarán las naciones de mañana: el Trabajo y la Cultura. Cada nación será la solidaridad colectiva de todos los que piensan y trabajan bajo un mismo cielo, movidos por intereses e ideales comunes. . . .

.

“¡Hombres jóvenes y raza nueva!: Saludad el suicidio del mundo feudal, con votos fervientes para que sea definitiva la catástrofe. . . .

“Frente a los escombros del pasado suicida levantaremos ideales nuevos que nos habiliten para luchas futuras, propicias a toda fecunda emulación creadora...” (1).

No recordamos estas palabras porque ellas sean proféticas ni originales. Reflejan la creencia más difundida durante medio siglo, la que ningún hombre de pensamiento debió olvidar ni callar: la guerra marcaba el crepúsculo de un régimen y después de ella amanecería para la humanidad un nuevo orden social...

Siguieron las batallas un mes y otro mes, un año y otro año. Las gentes más pacifistas perdían la cabeza, tomaban partido por uno u otro bando contendiente, mirando la victoria militar como la finalidad histórica de la guerra. Momento hubo en que el corazón estuvo a punto de imponernos sus razones: cuando nos indignó la inmólación de Bélgica, cuando nos conmovió la firmeza de Francia.

La cuestión era otra, sin embargo, hasta ese momento. Los ases de la guerra eran las dos naciones imperialistas: Alemania e Inglaterra, apoyadas por los cómplices más vergonzosos, el Austria de los Habsburgos y la Rusia de los Romanoff. Si Francia no hubiera estado en lucha, ninguna conciencia democrática habría vacilado un minuto en desear el inmediato exterminio de los cuatro imperios combatientes, sin distinción. Se equivalían uno a uno: Alemania a Inglaterra, Austria a Rusia.

III. — SIGNIFICACIÓN MORAL DE LA GUERRA

La opinión pública del mundo entero comenzó a ser corrompida por las potencias imperialistas; no hubo gran ciudad que no sintiera la epidemia del espionaje y la infección de los gacelines mercenarios, a tiempo que Alemania parecía triunfar en tierra e Inglaterra comenzaba a dominar los mares.

La guerra, hasta ese momento, carecía de ideales. Era guerra en su sencillez materialista, guerra entre imperios, guerra entre castas, guerra de comerciantes, guerra para vencer y para dominar...

De pronto, a principios de 1917, algunos sucesos fundamentales dieron una bandera ideológica a las naciones aliadas y la guerra adquirió un sentido moral. La revolución rusa libró a

(1) *Caras y Carctas*, año 1914, núm. 835.

Francia de la deshonrosa complicidad de una siniestra autocracia; el presidente Wilson tomó partido en la contienda formulando un loable programa de principios democráticos, dentro de los cuales podía ampararse el régimen socialista de Kerensky; todas las naciones aliadas dieron participación en el gobierno a representantes de las más radicales izquierdas democráticas.

Fué un momento decisivo. Incidencias harto notorias plantearon para los sudamericanos el problema de adherir a la causa aliada o de mantener la neutralidad. Un escritor justamente admirado — cuyo nombre no deseo complicar en esta conferencia — publicó su artículo decisivo: *Neutralidad imposible*. Sus razones nos parecieron excelentes y no vacilamos en adherir a su actitud, en palabras que no se apartaban de nuestra primitiva convicción:

“Enemigos como él del despotismo y del dogmatismo, en todas sus formas, amamos como él la Justicia y la Democracia: las vemos en el nuevo Derecho político y social afirmado por las Revoluciones Norteamericana y Francesa, las vemos en los gobiernos que en las últimas décadas han regido los destinos de la Francia, las vemos representadas en los ministerios de Bélgica e Italia, las vemos realizando la Revolución social en Rusia, y las vemos consagradas en la declaración del presidente de los Estados Unidos.

.....

“Al reiterar, sin reservas, nuestra adhesión a los ideales de filosofía política y social que en esta hora reivindicán los aliados de Francia, reafirmamos nuestra habitual reprobación a todas las violencias que tienen por condición el absolutismo de los gobiernos, y por instrumentos la insanía militarista y el misticismo supersticioso. No creeríamos totalmente estériles los pavorosos horrores de esta guerra — ya que no hay parto sin sangre y sin dolor — si después de ella los pueblos civilizados se vieran libres de todas las instituciones feudales que radican en el *Derecho Divino*, reiteradamente invocado por los monarcas de los imperios centrales, — y se encaminasen hacia una práctica leal de instituciones cimentadas en la *Soberanía Popular*, conforme al pensamiento más difundido entre las naciones aliadas”. (1).

Principios bien definidos determinaron nuestra simpatía por

(1) *Revista de Filosofía*, mayo de 1917, pág. 474.

los aliados; basta reflexionar sobre ellos para comprender que no podíamos mezclarnos en actos públicos realizados por personas que demostraban análogas simpatías, pero las fundaban en principios absolutamente distintos.

Ello pudo advertirse con motivo de la memorable revolución que en Rusia puso fin al gobierno despótico de los czares. Desde ese momento hubo dos clases de aliados en el mundo. Algunos, que anhelábamos el triunfo de la democracia y de la libertad, celebramos jubilosamente la emancipación de cien millones de hombres del más tiránico feudalismo de los tiempos modernos, viendo en ello un primer paso hacia la victoria final de nuestra causa; otros, que sólo anhelaban el triunfo militar de los gobiernos, comenzaron a denigrar a los revolucionarios, no vacilando en calumniarlos como serviles instrumentos del imperialismo alemán. Algunos fanáticos hubo que osaron llamarlos traidores y vendidos... ¿Nada significaba para ellos que la bandera roja flameara en las antiguas residencias de los déspotas?... ¿No comprendían que el pueblo, en uso de su soberanía, acababa de aniquilar a uno de los más conspicuos representantes del derecho divino?... Perdonemos a los necios difamadores, solamente culpables de ignorancia; perdonémoslos, hoy que los sucesos permiten hacer justicia a la revolución, aunque la miserable calumnia sigue envenenando los cables militarizados. Los que hemos seguido con ecuanimidad el proceso revolucionario ruso sentimos desde el primer día consolidarse las creencias adquiridas por el estudio: con el fin de la guerra las naciones civilizadas entrarían al previsto período crítico de la revolución social.

IV. — LA REVOLUCIÓN RUSA

Fuerza es reconocer que el primer gobierno de la Rusia libre se caracterizó por cierta ineptitud revolucionaria. Pretendía seguir recibiendo el apoyo de gobiernos aliados que no tenían su mismo concepto doctrinario de la finalidad del conflicto; el presidente Wilson, dicho sea en su honor, fué el único que se solidarizó con ellos, afirmando que, más allá de sus fines militares, la guerra debía tener generosas proyecciones democráticas.

En Rusia todo era inseguro. El grupo militarista, que había engañado al mismo czar y contribuido a encender la mecha de la guerra, conservaba su libertad de acción y manejaba millones;

NOSOTROS

su influjo era suficiente para intentar la restauración del régimen caído y buscaba descaradamente la complicidad de los gobiernos aliados para ahogar en su cuna a la democracia naciente.

Kerensky empezó a comprometer la revolución con sus vacilaciones; olvidó que en ciertos momentos críticos todo el que contemporiza sirve a la causa de sus enemigos y no a la propia; temió usar los medios enérgicos que las circunstancias imponían, asumiendo con entereza las responsabilidades de la gran hora histórica. ¿Está derribado el despotismo mientras viven los déspotas y sus parciales conspiran para restaurarlos?

No condenamos por ello a Kerensky; fué útil para la revolución en el primer momento, pero habría sido funesta su permanencia en el gobierno. No olvidamos que análogas vacilaciones había mostrado con su dinastía la Revolución Francesa; y entonces, como ahora, fué necesario que ella se desligase de sus elementos indecisos, para que el antiguo régimen fuese mortalmente herido en la persona de sus simbólicos representantes.

El vuelco decisivo ocurrió en Rusia a principios de 1918. La fracción radical de los partidos revolucionarios comprendió que era peligroso seguir caminos oblicuos; desalojó del gobierno al partido que ya estorbaba, sacrificó la vana ilusión de combatir contra los ejércitos teutónicos y se contrajo a reorganizar democráticamente los diversos pueblos avasallados por el czarismo.

Wilson y Kerensky habían dado a la democracia un programa "minimalista", más parecido a una concesión que a un reclamo; Lenin y Trotsky creyeron que la oportunidad imponía formular sus aspiraciones máximas, lo que hizo dar al movimiento el nombre de "maximalismo".

La actitud que asumieron frente a él los gobiernos beligerantes, fué lógica. Los aliados se inclinaron a mirarlo como una lisa y llana defección militar; los germanos, militarmente beneficiados por el suceso, lo vieron con discutible agrado, sospechando que el espíritu revolucionario podría contagiarse a sus propios pueblos.

Desde ese momento, día a día, las agencias telegráficas comenzaron a injuriar la revolución que había destruído el despotismo de los zares y buscaba dificultosamente un nuevo estado de equilibrio, no muy fácil de encontrar en pocos días, después de tan brusca sacudida. El cable se hinchaba a cada hora con noticias terroríficas que los gobiernos interesados difundían por

el mundo, presentando a los maximalistas como una banda de malvados e insensatos.

Se habló del terror. ¿Qué terror? ¿El de los czares, que habían asesinado en las cárceles y en Siberia millones de ciudadanos que amaban la libertad, o el de los maximalistas que fusilaron unos cuantos centenares de domésticos que conspiraban para volverlos a la esclavitud?

Hemos tenido en nuestras manos periódicos rusos, opositores al movimiento maximalista, pues son esos los únicos que deja circular la censura aliada; sólo nos sorprende en ellos la libertad con que lo critican, realmente inexplicable si reinara el terror que mienten los cables. Hay una verdad que es necesario afirmar, porque callarla equivaldría a mentir; comparando la revolución rusa con sus congéneres, ella se caracteriza hasta ahora por la dulzura de sus procedimientos, casi angelicales, frente a los de la gloriosa Revolución Francesa, cuyos beneficios disfrutamos sin recordar la mucha sangre que costó.

No pretendemos sugerir que la crisis maximalista se efectuó con pelucas empolvadas, como una tertulia de cortesanos; sería, indudablemente, exagerado. Pero, sí, sorprende que sus únicas víctimas, según los diarios rusos que ponen el grito en el cielo, hayan sido una familia de autócratas, diez o veinte obispos, cuatro docenas de jefes militares y varios cientos de burócratas, espías y cosacos, en cifras apenas apreciables en un imperio de tantos millones de habitantes. Son más víctimas, sin duda, que las de esa incruenta revolución estudiantil que acaba de triunfar en Córdoba; pero convengamos en que no es lo mismo desalojar a una docena de sabios solennes que demoler una siniestra tiranía secular. . .

V. -- WILSONISMO Y MAXIMALISMO

Las pocas noticias que tuvimos del movimiento maximalista nos indujeron a poner en cuarentena las tonterías alarmistas de los cablegramas. Y en la primera oportunidad que tuvimos de hablar en público — el 8 de mayo de 1918 — no vacilamos en decir que la revolución maximalista era una de las diversas formas que tomaría el programa democrático con que Wilson había ennoblecido la causa de los aliados.

Refiriéndonos a la lucha secular entre *ideales viejos e idea-*

les nuevos, llegamos a hablar de la guerra que señalaba “un momento crítico de la lucha entre un mundo moral que nace y un mundo moral que llega a su ocaso”...

“Considero un deber de lealtad — dijimos entonces — repetir que mis simpatías en la gran contienda no pueden estar por el kaiser que a toda hora habla en nombre del derecho divino e invoca para sus ejércitos la protección de Dios, como en la Edad Media; mis simpatías acompañan al presidente yanqui que ha intervenido en la guerra en nombre de la democracia y del derecho, no para extender en el mundo el dominio de su pueblo, sino para sembrar en todos los pueblos del mundo los ideales que han cimentado la felicidad del propio. Mis simpatías no pueden estar por el gobierno de Austria, símbolo consagrado de obscurantismo y de espíritu feudal; no pueden estar por el gobierno de Turquía, que por siglos y siglos ha sido la mancha negra de la civilización europea. Ni pueden estar, en fin, por el monarca ficticio que desde el Vaticano teje incesantemente su telaraña sutil al servicio de los emperadores por derecho divino, sin haber encontrado todavía la palabra de excomunión definitiva contra todos los que siembran en el mundo la consternación y el exterminio.

“Mis simpatías están con Francia, con Bélgica, con Italia, con Estados Unidos, porque esas naciones están más cerca de los ideales nuevos y más reñidas con los ideales viejos. Mis simpatías, en fin, están con la revolución rusa, con la de Kerensky, con la de Lenine, con la de Trotsky; con ellos, a pesar de sus errores; con ellos, aunque sus consecuencias hayan sido por un momento favorables a la causa de los ideales viejos; y creo que la palabra más noble y más leal pronunciada desde el principio de la presente guerra, es la palabra de solidaridad con que el presidente Wilson saludó el triunfo de los revolucionarios rusos, viendo en sus actos una expresión inequívoca de los ideales que han sido la bandera de la humanidad en el siglo XIX y que esperan una realización creciente en el que vivimos”. (1).

Creíamos y lo dijimos, que ese no era el punto de vista de los que miraban la guerra como un escueto problema político o militar; dijimos que ellos no pensaban en vencer el pasado y favorecer el porvenir; dijimos que la otra guerra, la de principios, la de ideales, sería independiente del resultado a que se llegara en

(1) *Ideales viejos e Ideales nuevos*, publicado en la revista *NOSOTROS*, mayo de 1918, págs. 16 y siguientes.

los campos de batalla; dijimos que en todas las naciones, en las vencidas antes, pero después también en las vencedoras, asistiríamos al florecimiento de nuevos ideales democráticos; dijimos que o los gobiernos concedían a los pueblos todas las libertades y franquicias que éstos habían pagado con su sangre, o los pueblos se decidirían a barrer los últimos rastros del imperialismo y del privilegio; creíamos, en fin, y también lo dijimos, que al terminar la guerra feudal de los gobiernos, comenzaría la guerra civilizadora de los pueblos!

Pronunciamos esas palabras en los momentos en que parecía más formidable la capacidad ofensiva de los ejércitos alemanes: pero, ganaran o perdieran, lo que vendría después sería lo mismo en todas partes, "primero en las naciones vencidas, después también en las vencedoras".

Era lógico pensar así y los hechos parecen justificar esa opinión. Nos constaba que una de las grandes tareas de los revolucionarios rusos había sido provocar movimientos análogos en toda Europa; aunque los imperios centrales lo ocultaban, tenía noticia de agitaciones graves en Alemania, Austria, Polonia y Hungría; aunque lo callara el cable aliado, sabíase que hechos semejantes habían ocurrido en Francia, en Inglaterra y en Italia. Y no se ignoraba, en fin, que el movimiento florecía en países neutrales, como Holanda, Suecia y Dinamarca, y que en Suiza había tenido lugar en las calles de Zurich una verdadera batalla de artillería, con centenares de muertos y heridos, entre el soviét maximalista y las tropas federales. . .

No se trataba, pues, de meras hipótesis, sino de informaciones exactas en su conjunto, aunque no pudieran precisarse sus detalles.

Mientras tanto, del 5 al 10 de Julio de 1918, se reunía en Moscú el V congreso panruso de los soviets y daba a los pueblos emancipados un Estatuto Constitucional; toda persona culta que lo haya leído reconoce que él, con toda su acidez de fruto primerizo, abre un capítulo en la filosofía del derecho político; imprime caracteres nuevos al sistema republicano federal y pone directamente en manos del pueblo la soberanía del estado; nacionaliza los feudos territoriales y las grandes fuentes de la producción; suprime la división de la sociedad en clases y convierte en productoras a las ociosas; y fuera de eso, para sintetizar, con-

sagra casi todas las reformas que desde hace medio siglo constituían la aspiración de los partidos radicales y socialistas.

Este régimen dura desde hace un año y la prensa rusa opositora no le hace críticas más graves que las usuales contra cualquiera de los gobiernos precedentes. En cuanto a la Constitución, debemos mirarla como un primer tanteo inseguro hacia el porvenir, experimento que no es lícito juzgar en conjunto sin tomar en cuenta las condiciones particulares del medio social a que está destinada.

VI. — LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Estaba en ese punto el proceso revolucionario ruso cuando se produjo el derrumbamiento de la autocracia alemana, convenciendo a su pueblo que las relaciones entre el Kaiser y Dios era una de tantas farsas con que los pícaros engañan a los tontos. La victoria de los aliados provocó en Alemania y en Austria la esperada revolución; hace tres semanas que la bandera roja flamea en los castillos imperiales y el poder ha pasado a manos de los partidos revolucionarios.

¿Qué eco han tenido esos acontecimientos en los demás países europeos? Guiándonos por una información parcial, la única que hasta hoy tenemos, es visible que en el primer momento de la crisis los gobiernos aliados exageraron el carácter maximalista de los sucesos, mirándolos como una consagración de su victoria militar. Pero muy pronto las informaciones se tornaron tranquilizadoras y quieren dar la impresión de que el cambio de régimen se ha operado sin los caracteres explícitos de una verdadera revolución social.

Es verosímil que el pueblo alemán, más disciplinado que el ruso, haya sido capaz de ejecutar hasta ahora su revolución con cierto orden; pero no debemos excluir que los gobernantes vencidos pueden consentirla como una farsa necesaria para eludir el cumplimiento de algunas condiciones reclamadas por los vencedores. Nos inclina a desconfiar de los revolucionarios alemanes la inesperada simpatía que manifiestan por el maximalismo algunos impúdicos germanófilos, que hasta hace un mes adoraban al Kaiser y hoy sonríen de felicidad bajo el gorro frigio...

No nos equivoquemos. La crisis revolucionaria alemana está en su primer período, como la rusa en tiempos de Kerensky; es

creíble que pronto serán desalojados del poder los sospechosos y vendrán hombres que por sus principios probados constituyan una garantía de lealtad para propios y extraños. Cuando ello ocurra no es difícil que la agitación maximalista, definida ya en Suiza, Holanda, Suecia y Dinamarca, se pronuncie abiertamente en Francia, Italia, Bélgica, Polonia e Inglaterra, si es que ya no ha comenzado en los pueblos y la calla el cable que manejan los gobiernos.

Creo, firmemente, que la paz definitiva no será firmada por los actuales gobernantes; dentro de pocas semanas o de pocos meses, casi todos los gobiernos europeos habrán pasado a otras manos, libres para preparar una paz cimentada en aspiraciones distintas de las que mareaban a los mangoneadores de la guerra. Aquélla paz de Estocolmo que fué obstaculizada por la vanidad de los gobiernos, será, probablemente, impuesta al mundo por la cordura de los pueblos.

VII. — LAS ASPIRACIONES MAXIMALISTAS

Sin mucho don profético puede preverse que ahora vendrá lo que desde antes de la guerra se miraba como su consecuencia: una transformación profunda de las instituciones en todos los países europeos y en los que viven en relación con ellos. Eso, solamente eso, merece el nombre de Revolución Social—con mayúsculas—y no los pasajeros desórdenes y violencias que la acompañarán.

El resultado final será un bien para la humanidad, como el de la precedente Revolución Francesa; pero muchos de sus episodios serán, sin duda, desagradables en el momento de ocurrir. Las revoluciones se parecen en esto a ciertas medicinas, al aceite de castor pongamos por caso; en el acto de tomarlo produce disgusto o náuseas, pero después obra bienes muy grandes sobre el organismo, depurándolo de sus residuos inútiles o nocivos.

El momento histórico actual es de los que se producen una vez en cada siglo, determinando una actitud general favorable a toda iniciativa renovadora; *el maximalismo es la aspiración a realizar el máximo de reformas posibles dentro de cada sociedad, teniendo en cuenta sus condiciones particulares*. No puede concretarse en una fórmula única, siendo una actitud

más bien que un programa. ¿No es legítimo pensar que las naciones civilizadas querrán ensayar las innovaciones discutidas desde hace medio siglo? ¿Muchas de ellas no se han ensayado ya en estos años de guerra, sin que nadie piense volver atrás? ¿Qué mejor oportunidad para efectuar tan generoso experimento? Lejos de inspirarnos el menor recelo, el maximalismo debe mirarse como un desarrollo integral del minimalismo democrático enunciado por Wilson.

Conocemos la objeción de los espíritus tímidos; hace varios meses que la escuchamos. Dicen que el maximalismo se propone simplemente matar y saquear a todos los que tienen algo, en beneficio de los que no tienen nada, como ciertos conservadores españoles que todavía llaman a la república *la repartidora* y a sus partidarios *la canalla*, sin sospechar que recibirán sus beneficios mucho antes de lo que creen...

No caeremos en la paradoja de afirmar que la revolución social a que asistimos tiene por objeto favorecer a los ricos contra los pobres... Creemos, en cambio, que las aspiraciones maximalistas serán muy distintas en cada país, tanto en sus métodos como en sus fines. Nos parece natural, por ejemplo, que se nacionalicen los inmensos latifundios de Rusia, pero creemos que ese problema no se planteará en Suiza o en Bélgica, donde la propiedad agraria está ya muy subdividida en manos de los mismos que la trabajan. Concebimos la nacionalización de las industrias que emplean millares de obreros, pero no la de pequeñas industrias individuales o demésticas. Nos explicamos la libertad de las iglesias dentro de los estados cuando por su organización ellas no constituyan un peligro social, pero creemos probable en otros casos la nacionalización de todas las iglesias y su contralor uniforme por el Estado. Encontramos posible que en pueblos muy civilizados los municipios sean la célula fundamental de federaciones libres, pero en villorrios atrasados y rutinarios el cambio de régimen sólo podrá ser establecido bajo el legítimo influjo de los más adelantados y progresistas.

Esos ejemplos, harto fáciles de comprender, nos permiten fijar este concepto general: las aspiraciones maximalistas serán necesariamente distintas en cada país, en cada región, en cada municipio, adaptándose a su ambiente físico, a sus fuen-

tes de producción, a su nivel de cultura y aún a la particular psicología de sus habitantes.

No habrá un maximalismo uniforme y universal, sino tantos programas maximalistas cuantos son los núcleos sociológicos que reciban el benéfico influjo de la presente revolución social.

VIII. — EXPANSIÓN EN AMÉRICA

¿Qué interés tienen estas reflexiones para los habitantes de América? Si aquí no ha habido guerra — se dirá — no hay razón para desear o temer que nos alcance la revolución social que es su consecuencia.

Quien tal dice ignora la historia, carece de conciencia histórica, olvida que todos los movimientos políticos y sociales europeos han repercutido en América, en proporción exacta de ese grado de europeización que suele llamarse civilización. Es indudable que los indios residentes entre los Andes y las fuentes del Amazonas, no sentirán los resultados de la guerra; probablemente ignoran que ha existido una guerra europea, en el supuesto improbable de que conozcan la existencia de Europa.

Pero en todos los países que han nacido de colonizaciones europeas, desde Alaska hasta el estrecho magallánico, lo que en Europa suceda tendrá un eco, tanto más grande cuanto mayor sea su nivel de civilización. Nuestro destino, ineludible, como decía Sarmiento, es "nivelarnos con Europa"; y la experiencia del último siglo demuestra que allá no ha aparecido un invento mecánico, una ley política, una doctrina filosófica, sin que haya tenido aplicación o resonancia en este continente. Mientras en Europa se desenvuelve la actual revolución social ya iniciada, aquí participaremos de sus inquietudes primero y de sus beneficios después. Inquietudes mientras se subviertan las instituciones existentes para probar otras nuevas; beneficios cuando por simple selección natural se arraiguen las útiles y desaparezcan las nocivas. La experiencia social no pide consejo a los conservadores espantadizos ni presta oído a los optimistas ilusos; en cada lugar y tiempo se realiza todo lo necesario y fracasa todo lo imposible. ¿No sería absurdo cortar las alas, anticipada-

mente, a los idealistas que pidan lo más? ¿Si sólo consiguieran lo menos, no sería en bien de todos los que anhelan un aumento de Justicia en la humanidad?

Los resultados benéficos de esta gran crisis histórica dependerá en cada pueblo, de la intensidad con que se definan en su conciencia colectiva las aspiraciones maximalistas. Y esa conciencia sólo puede formarse en una parte de la sociedad, en los jóvenes, en los innovadores, en los oprimidos, pues son ellos la minoría pensante y actuante de toda sociedad, los únicos capaces de comprender y amar el porvenir. ¿Exagerarán sus ideales o sus aspiraciones? Seguramente; ¿no es indispensable que las exageren para compensar el peso muerto que representan los viejos, los rutinarios y los satisfechos?

IX.—¿CÓMO VENDRÁ?

Algunos curiosos desearán, sin duda, saber de qué manera se desenvolverá esta revolución social en que todos somos actores o testigos. La respuesta, naturalmente hipotética, obliga a precisar el término básico de la pregunta. Una revolución social es un largo proceso histórico, compuesto de preparativos, resistencias, crisis, reacciones, después de las cuales se llega a un estado de equilibrio distinto del precedente.

La revolución a que asistimos ha comenzado hace muchos años; la guerra la ha hecho entrar en el período crítico; seguirán muchos impulsos y restauraciones; de todo ello, dentro de uno o veinte años, según los países, resultará un nuevo régimen democrático que oscilará entre los ideales minimalistas enunciados por Wilson y los ideales maximalistas formulados por los revolucionarios rusos.

Si los hombres fueran ilustrados y razonables, sería muy bonito que se pusieran de acuerdo para navegar juntos en favor de la corriente, con buena voluntad y corazón optimista, decididos a ir tan lejos como se pueda, en bien de todos. Esa hipótesis, con ser tan agradable, nos parece la más absurda.

No lo es tanto pensar que algunos gobiernos inteligentes, entre los muchos que se turnarán con frecuencia en cada

país, podrán dar saludables golpes de timón y poner la proa hacia el puerto feliz de las aspiraciones legítimas, pensando más en construir el porvenir que en defender el pasado.

Donde eso no ocurra, la transformación se hará irregularmente, por conmociones, como producto de choques, con violencias inevitables y represiones crueles; los excesos de los revolucionarios y de los restauradores determinarán una resultante final, que realizará, aproximadamente, el máximo posible de las aspiraciones que tenga cada pueblo al comenzar la fase crítica de su ciclo revolucionario.

¿Qué hacer, pues, frente a las aspiraciones maximalistas? Depende. Los que tengan anhelo de más Justicia, para ellos o para sus hijos, pueden saludarlas con simpatía; los que no crean que puede beneficiarles, deben recibirlas sin miedo. Eso es la esencial: ser optimistas y no temer lo inevitable. Cuando llegue, en la medida que deba llegar, sólo causará daños graves a los que pretendan torcer el curso de la historia y a los espantadizos; la rutina hará víctimas, porque es causa de miedo, y el miedo ha engendrado los mayores males de que tiene memoria la humanidad.

El desarrollo de esta revolución no incomodará a quienes la esperen como la cosa más natural, anticipándose a ella, preparándola, como expertos navegantes que ajustan las velas al ritmo del viento, recordando las palabras de Máximo Gorky: "Sólo son hombres los que se atreven a mirar de frente el Sol"...

JOSÉ INGENIEROS.

POESIAS (1)

El Pino.

Soy un piñón, el fruto y simiente del pino,
¡No hay perla más pequeña en estuche más fino!
Me desdeña la almendra, me ignora la bellota.
Soy manjar de la hormiga, si mi cáscara es rota
por el pico protervo del pájaro enemigo,
o la mano del hombre, que es a veces mi amigo,
pues no ignora, a pesar de mi forma sencilla,
que puedo transformarme en una maravilla.
Cójeme, sembrador, ocúltame en la tierra,
y verás, con el tiempo, lo que mi cuerpo encierra.
Mi cuerpo tan ligero, tan frágil, tan menudo,
dará vida a un gigante, un gran pino copudo...
Plántame labrador, la tierra es mi defensa,
te prometo que un día tendrás tu recompensa,
y lo mismo te digo a ti, hombre de mar,
y a ti también, guerrero; sabré recompensar
a todos, al obrero, al artista y al vate,
al que surca la tierra o el mar, al que combate
en todas las batallas del mundo y de la vida,
para todos tendré la dádiva ofrecida...
Cuando yo crezca y sea un pino alto y frondoso
extenderé mis ramas bajo el cielo, amoroso,
y ofreceré en racimos, no el fruto de las viñas
sino mi propio fruto en apretadas piñas,
para que los labriegos repueblen los pinares
y no vean extinto el fuego de sus lares;
y haré por el obrero, gustoso, el sacrificio
de mi madera, para útiles de su oficio.

(1) Del libro *Rosa de las Horas*, próximo a publicarse.

y ofrecere al guerrero mi rama esbelta y dura
con que pueda a su lanza poner fuerte armadura.
Mi madera más fina, la de mayor virtud,
será para que el vate construye su laud:
un laud armonioso, cuyas voces suaves
sean el eco mismo del coro de las aves
que aniden en mis ramas, entre cantos de amor
que comience la alondra y acabe el ruiseñor...
Y cuando yo no tenga, ya, nada que ofrecer,
dada mi última rama y después de verter
hasta la última gota de mi vital resina,
entonces... ¡ay, entonces!... diré a la golondrina:
"Ven, ave viajera, construye en mi tu nido.
Sé el alma que me lleve en viaje de olvido"...
Diré al marino: "Quiero ser mástil de tu nave."
Recorreré los mares ligero como un ave...
Siendo el palo mayor de tu nave velera
Pasearé orgulloso, por el mar, la bandera
de la patria querida donde tú y yo nacimos"...
¡Qué gloria; al fin, ser mástiles, después de lo que fuimos!:
Un piñón tan pequeño, tan insignificante,
que la Naturaleza trocó en árbol gigante
para dar sombra y fuego y cobijo y encanto
y fruto y alegría, y ser padre de tanto
pino, tanto que deje un extenso pinar
con qué poblar un día, de mástiles, el mar...
Y así, correr, en alas de las velas gloriosas
tendidas a los vientos, las aguas rumorosas;
ir, desde el Norte helado, por la girante Esfera,
hasta el desierto cálido donde está la palmera,
amaña de mis sueños, y unir nuestros destinos,
¡ser cabaña, a su sombra, al fin de mis caminos!...
después de recorrer los mares, noche y día,
conduciendo mi nave a toda lejanía,
de una playa a otra playa, de una aurora a otra aurora,
y cuando haya llegado nuestra postrera hora,
heridos por el tiempo, por el rayo o la guerra,
servir para llevar el naufrago a la tierra.
Y, al fin, después de árbol, de mástil y laud,
arma, herramienta y choza... ¡ser cuna y ataúd!...

¿Y si al polvo da alas, qué no dará al gusano...?
 No cerréis vuestras tumbas, para que el polvo humano
 pueda volar un día hasta los puros cielos
 y se cumplan del alma los divinos anhelos...
 ¡La luz! ¡La luz...!

¡Mi luz es fuente de la Vida...!

Corazón del Eterno, por la celeste herida
 vierte tus energías generosas, fecundas,
 sobre las altas cumbres y en las simas profundas...
 sobre todos los surcos, sobre todas las ondas,
 sobre los arenales, los campos y las frondas...
 sobre el taller y el templo, la nave y la cabaña...
 Que no haya un solo abismo, ni una sola montaña
 dónde la luz no lleve su bendición gloriosa:
 Al hombre y a la bestia, al ave y a la rosa,
 y a las nubes, sirenas de los celestes mares.
 ¡Que la luz sea el idolo de todos los hogares...!
 Sea antorcha del Arte, lámpara de la Ciencia,
 ala del pensamiento, ojo de la conciencia...
 Maravilla del cielo, que si fuese negada,
 ¡Oh, mundos! ¡Oh, mortales...! ¡No existiría nada...!

Así habló el gran Aeda de los dioses ocultos,
 mensajero celeste de todos los indultos.
 Hecha la paz, los dioses perdonaban los daños,
 todas las rebeldías y todos los engaños
 al Hombre, y olvidaban todas sus inconstancias...
 Llegó el pregón divino a todas las distancias...
 ¡Y así como es la Noche el volcán de la Aurora,
 es cráter de la Paz la Guerra redentora...!

GÓY DE SILVA.

Madrid, 1918.

LA SUPERSTICION NACIONALISTA

Soy argentino, soy francés, soy alemán. Todos afirman su nacionalidad de una manera rotunda, enfática, orgullosa, como el antiguo cuando decía: *Civis romanus sum*.

El amor a la tierra nativa es, al parecer, un sentimiento común a la inmensa mayoría de los hombres. No en todos, es claro, es presenta con igual intensidad: en unos es profundo, enraizado en la médula misma, se diría un eco ancestral de la raza; en otros es tibio, casi indiferente, asunto de epidermis afuera, y se manifiesta por el culto ostentoso a ciertas cosas materiales que por convención simbolizan la patria. Cuestión de temperamentos. Pasa lo mismo que en la esfera religiosa: los unos sienten a Dios en lo hondo de su espíritu y los otros lo buscan en los altares de los templos.

¿Cómo nace este sentimiento de la patria?

Todos podemos, con un pequeño esfuerzo de memoria, reconstruir el proceso de maduración que ha seguido en nuestro espíritu a partir de la niñez. Todos podemos recordar cómo este sentimiento de patria fué haciendo nido sigilosamente en nuestro corazón infantil por obra de una insensible educación de todo lo circundante.

Esta educación comienza a veces en el hogar, pero lo más frecuente es que se inicie en la escuela. Nuestra escuela primaria, por ejemplo, no tiene rival en esta suerte de educación patriótica, en el arte de inyectar en los niños todos los días una dosis de patriotismo, pues en ella, adrede, todo se conjura para patriotizar los espíritus: ambiente y enseñanza. Iconos representando próceres y fastos de la historia nacional penden, profusos, por aulas y pasillos. Y en lecciones, lecturas y cantos se hace de estos próceres y de estos fastos una machacante apología. Y el resultado es infalible. ¿Quién no recuerda la unción patriótica

que le embargaba el alma en las fiestas escolares, cuando decía cármenes y discursos, acariciado por el suave ondular de las banderas y ostentando, orgulloso, la escarapela azul y blanca?

Más tarde, las instituciones armadas, la prensa, el libro, el medio social, reafirman las primeras sensaciones de patria. Y ya no se desprenden más: quedan como embutidas en nuestra naturaleza. Hay casos en que el individuo se cree indiferente, imagina que ha podido zafarse de la red sutil que lo aprisionaba. Absorbido por el trajín de los negocios, la idea — fuerza de patria — como la de Dios, en muchos puntos semejante — dormita en un “empolvado rincón” de la memoria. La cree muerta, como el amante que apacentando en la quietud rutinera de una larga convivencia, supone seca su fuente de amor. Pero prodúzcase una ruptura, una separación impensada, y entonces se abrirá el pozo cegado y rebrotará la vieja planta dormida. De la misma manera aléjese al indiferente de las arenas nativas y será el renacer nacionalista, el añorar la tierra madre dejada tras las quillas. ¿Quién no ha sentido, fuera de su país, esa emoción inconfundible de vacío y desconsuelo que llamamos nostalgia?

De lo dicho, sería lícito desprender que la educación interviene capitalmente en la formación del sentimiento de la nacionalidad, lo cual nos enseña una vez más cómo el Estado puede infiltrar en el pueblo, por el vehículo de la enseñanza dogmática, las creencias que mejor convengan a la clase directora. Cosa patente en Alemania donde el Estado docente ha conseguido inculcar, en las masas, con la tenacidad de una creencia, el principio de que la fuerza engendra la razón y el derecho. Pero otra es la consecuencia que ahora nos interesa. Hele aquí: si el nacionalismo es, ante todo, fruto de la educación, deja de ser lo que muchos suponen, un sentimiento *natural*, es decir, hijo de instinto, como la atracción de los sexos, y desciende a la categoría de los pseudo-sentimientos, de los sentimientos artificiales, creaciones, diremos así, del hombre al margen de la naturaleza, como el pudor y como esos remordimientos de conciencia por causas baladíes y ridículas que llamó Schopenhauer de *conscientia spuria*.

Mirando hacia atrás, en la dilatada perspectiva del tiempo, algunos hechos que la historia nos brinda, parecen a propósito

para apuntalar esta idea de que el nacionalismo es un ente subjetivo, miembro de la familia de las ilusiones, que ha crecido a la grupa de la civilización, parasitariamente, y que el mejor día, después de un sacudimiento de ésta, se volatilizará, dejándonos, con sus efectos, memoria amarga de sí, como tantas otras supersticiones hundidas en el pasado.

En las tribus primitivas, en esas tribus nómadas que vagaban de comarca en comarca en procura del diario sustento, no se concibe la afección hacia la tierra nativa. Se ve claro, entonces, que esta afección no la impone la naturaleza. Más tarde, cuando la agricultura rudimentaria, la industria naciente y el comercio en pañales se apoderan del hombre y lo atan a su medio físico, se fortifican los lazos de civilidad y comienza a nacer el amor a la tierra, que se confunde con el amor a las cosas que esa tierra produce y contiene. La emoción de patria y la emoción de propiedad fueron, pues, en un principio, una misma emoción. Corriendo el tiempo, las tribus se consolidan, el instinto de conservación las suelda y amalgama y forman, entonces, la *ciudad*, la ciudad antigua, conjunción de burgos, como la Atenas de Teseo. ¿Y qué ha ocurrido con aquella emoción larval de la tierra nativa identificada con el sentimiento de la propiedad? Esto: ha rebasado su foquillo primitivo y se ha extendido, por así decirlo, hasta los contornos más lejanos de la ciudad. Pero fijémonos en ésto: no ha pasado de esos contornos, se ha detenido "precisamente" en ellos. Pues más allá, un poco más allá, se encuentra el extranjero, el "bárbaro", el enemigo acechante y acechado.

Más adelante, "la ciudad alegre y confiada", pacífica y sibarita, cae bajo la garra de alguna otra más primitiva y belicosa. O, sino, amigablemente se confedera con sus vecinas y adquiere, así, la fuerza que da la unión. La ciudad, mediante este acoplamiento, forzado o amistoso, se ha convertido de patria que era en un retazo de patria, en un pequeño fragmento de una nación más o menos extensa. El "ciudadano" que antes veía como a cosa extranjera todo cuanto sobrepasaba los extramuros de su ciudad, ahora proyecta su emoción de patria hasta los nuevos confines de la nueva nación. El regionalismo se convierte, así, desbordando la tierra, en sentimiento nacionalista. Al napolitano, antes del año 1861, le era indiferente el destino, verbigracia, de Venecia o Lombardía. En cambio, hoy defiende esa

tierra, antes extranjera para él, con el mismo ardor patriótico con que defendería el propio solar nativo. El montevidiano dilata su sentimiento nacionalista hasta las fronteras políticas del Uruguay. Pero si este Uruguay por el azar de los acontecimientos hubiera formado parte de la Nación Argentina, el montevidiano extendería su emoción de patria hasta los Andes, la Quilicura y el Cabo de Hornos. Los ejemplos podrían fácilmente multiplicarse.

Vemos, pues, cómo el sentimiento nacionalista se alarga o se acorta al par de las transformaciones que la fortuna depara a las fronteras. Tal "elasticidad" nos revela cuánto hay de convencional en eso que llamamos patriotismo. La verdadera patria, hoy como antaño, acaso se reduzca a la "ciudad", a la región, a lo vernáculo, a ese pequeño mundo donde hemos nacido, o donde hemos pasado la mayor parte de nuestra vida, y cuyas cosas, familiares y amigas, nos parecen impregnadas de nuestra propia alma. Las *saudades* que sentimos en nuestras andanzas por el mundo no son, en realidad, como creemos, por nuestro país ausente, sino por el rinconcito de mundo donde están nuestros afectos más hondos: madre, esposa, hijos, los amigos fraternos, el perro fiel y bondadoso, las paredes queridas, los viejos muebles compañeros, los árboles mil veces vistos, las caras de todos los días... ¿Acaso no sentimos esa misma nostalgia cuando viajamos por nuestro propio país?

Pensando un poco más en esa condición de convencional que tiene el nacionalismo, surge, naturalmente, esta reflexión: si expandimos el sentimiento patrio "justamente" hasta los límites políticos de nuestro país, ¿por qué semejante irradiación afectiva no ha de traspasar esa barda artificial? ¿Por qué a un argentino no ha de interesarle, tanto por lo menos, la suerte del vecino Paraguay o de la Bélgica pisoteada, como la suerte del territorio de los Andes?

Pero esto significaría abogar por el internacionalismo, por esa cosa que asusta, que huele a azufre, y que el simple de espíritu considera no como una superación del nacionalismo, sino como sinónimo de anti-patriotismo, y como una de las tantas utopías que ha disipado la guerra.

¡Utopías! He ahí el término lapidario con que la gente conservadora se defiende de los avances, para ella peligrosos, del pensamiento. Pero hay "utopías" que se realizan, como hay

“muertos” que viven y gozan de buena salud (por ejemplo, todos esos autores consagrados que ciertos pedantillos “matan” de una plumada). Y esta “utopía” del internacionalismo es, precisamente, de las que hace rato comenzaron a realizarse, sin ruido y con la impavidez y firmeza de los hechos fatales. Vamos a verlo.

Hace apenas un siglo, no había país que no fuera capaz, en lo tocante a las necesidades primordiales, de bastarse a sí mismo. La población era entonces menos densa y había más tierra vacante para las faenas de la agricultura. A la sazón, podían los Estados, hasta cierto punto, aislarse y empenacharse y entonar en sus himnos loas a la libertad. Pero hoy las cosas han cambiado profundamente y sólo por rutina mental seguimos empleando la vieja terminología patriotista. Hoy ya no existen, propiamente hablando, países independientes. El mundo se ha convertido en una tácita confederación de Estados interdependientes, en un organismo cuya sinergia funcional se va perfeccionando a medida que se enriquece y afina su sistema nervioso, es decir, sus medios de comunicación. Entre las naciones se ha establecido una como simbiosis, una irrompible comunidad de vida. Y he ahí por qué, como se ha observado tantas veces, una guerra o un gran desastre económico, repercute en todo el mundo, como el dolor en un organismo herido. El aumento fabuloso de la población en el siglo pasado, posible en las viejas naciones gracias al avance paralelo de la gran industria, ha precipitado este proceso hacia la interdependencia mundial, haciendo cada día más indispensable la reciprocidad de servicios:

Esta guerra nos ha metido por los ojos hechos que antes podíamos considerar de pura imaginación. Ahora sabemos qué hubiera sido de Inglaterra, por ejemplo, si los submarinos hubiesen conseguido bloquearla y someterla a la necesidad de vivir de sus propios recursos. Ese “magnífico aislamiento” de que los ingleses se jactaban, sólo era leyenda, *flatus vocis*, pues ningún pueblo como el británico tan relacionado y dependiente del resto del mundo. Alemania misma, a pesar de su industria todopoderosa y de las tierras vastas y ricas que la ocupación militar y sus alianzas le deparan, está sufriendo las agonías de la asfixia. En cuanto a nosotros, ¿qué haríamos con nuestro infanzonado patriotismo si los barcos extranjeros siguieran otros rumbos y dejaran de traernos máquinas, libros, medicamentos y los mil

artículos que nuestra civilidad exige y que nuestra incipiencia industrial y cultural aun no produce? No sólo de carne asada, mazamorra y mate, vive el hombre a esta altura de la civilización.

La independencia de los pueblos resulta, pues, una ilusión. Por eso, el odio al extranjero, la xenofobia, el nacionalismo agresivo y cyranesco propio del *jingo*, del *chauvin*, del *junker*, del patriotero, son una miope y grotesca majadería.

Se ha abusado tanto aplicando principios de biología a cuestiones de orden psicológico y social, que no sin cierto recelo uno se atreve a manipular esos principios para robustecer una tesis. Sin embargo, ¿por qué no ha de verse con visos de legitimidad en la creciente subordinación del interés nacionalista al interés humano, el cumplimiento de esa ley biológica que supe dita el individuo a la especie, la célula al individuo? Sabemos que el entezuelo celular, a medida que el metazoario se "aristocratiza", a medida que se eleva en jerarquía, pierde su independencia, su "personalidad" podría decirse, y se convierte en un obrerillo especializado, incapaz de funciones emancipadas, y sometido, como un prusiano, al interés del conjunto. También sabemos que el hombre en las sociedades rudimentarias podía bastarse a sí propio, a lo Robinson Crusoe, y llevar una vida de individualismo anárquico y que luego, metido en el seno de grupos humanos de civilización avanzante, ha ido perdiendo su independencia de fiera y deponiendo su mezquino egoísmo personal en los altares del egoísmo colectivo.

Marchamos, según todas las apariencias, hacia el socialismo de Estado, y esta marcha que la guerra ha tenido la virtud de acelerar, nos patentiza la depreciación de los valores individuales, considerándolos en su significado antiguo. El individuo, esfumada la vieja ilusión de la libertad, de la libertad en lo social, se resigna a una situación de dependencia consciente. Y bien, los pueblos tendrán que hacer igual cosa: resignarse a una dependencia consciente cuando el contacto con la realidad esfume, también en ellos, la ilusión de la soberanía absoluta.

Este modo de pensar no parece compartido, en la Europa conflagrada, por los que se erigen en portavoces de su pensamiento. Con un regodeo solapado comentan el "fracaso" de la

Internacional! y ponen de relieve la falacia del pacifismo teórico y sentimental y lo perenne de los viejos principios de patria, religión y propiedad. Comentando, por ejemplo, el centenario de Marx, un telegrama de Roma aparecido en *La Nación* decía, entre otras cosas contrarias al marxismo, que "la idea de la nacionalidad se ha vuelto a afirmar, junto con el amor de patria", (se entiende, como consecuencia de la guerra). En efecto, ¿no luchan, acaso, tantos millones de hombres por sus patrias respectivas?

Todos los días, entre los resuellos de la infernal tragedia, aparecen ideas semejantes. Pero, ¿quién toma en serio lo que hoy se vocea y escribe en los países en guerra donde los labios independientes están amordazados y las ideas enjauladas por el régimen marcial y se vive en una sobreexcitación nerviosa que impide el justo razonar? ¿Haríamos caso de lo que dice un febricitante en sus momentos de delirio o un espíritu amilanado por la perspectiva del castigo? Nada sabemos de lo que hará el hombre de las trincheras una vez que recobre su blusa, su traje civil, y haga en frío el balance de la inaudita matanza y del fantástico derroche. Las cuentas están aún por saldarse. Entonces, acaso sea el rechinar de dientes, como dice el Evangelio, y se encienda (todo puede ser) una nueva guerra, pero una guerra social contra el despotismo y el privilegio.

Antes de la actual conflagración, en algunos libros bien intencionados se combatía la expansión violenta, el "darwinismo social", tan caro a los defensores del pangermanismo y a los imperialistas, pululantes en todas las grandes potencias; y amaneecía, tímido e impreciso, el pensamiento de una confederación del género humano, de una sociedad de las naciones, como se dice ahora. En esa época nadie reparaba en tan peregrinas ideologías. Pero ogaño, la idea ha tenido un retoñar milagroso. Deslizada de esos buenos libros y posando en las infinitas alas del periodismo, ha sembrado generosamente por el mundo, y hoy se la ve prender aquí y allá, en tierra de tirios y troyanos, en el corazón de las masas populares y en el cerebro de los estadistas más eminentes.

Los ingleses la predicán a todo viento y son sus voceros y

sostenedores más resueltos (1). Wilson le ha transfundido la autoridad de su verbo luminoso y le ha dado, por lo tanto, un principio de realización. La Francia sangrante, es natural, no está del todo conforme con una sociedad donde "también" figure Alemania, segadora de la flor de sus hombres y azote de sus ciudades rientes y laboriosas. Sin embargo, hay en Francia quienes defienden este proyecto de consorcio mundial viendo en él la mejor muralla contra las agresiones de los pueblos de presa (2). Y todavía más. El partido socialista austriaco ha recogido la idea; y en la misma Alemania, imperial y soberbiosa, la hacen suya, entre otros, von Hertling, ex-canciller; Erzberger, "leader" católico; el general conde Montgolas y el valiente periodista Maximiliano Harden. Todo esto si la información telegráfica no nos ha mentido.

Esta liga de las naciones cuya realización parece, tarde o temprano, ineludible, no crearía ningún hecho nuevo sino que formalizaría una vieja relación, un orden de cosas ya existente para los que no cierran los ojos, esa interdependencia vital cada vez más prieta e indisoluble a que nos hemos referido. Y bien, ¿no significaría esta liga, por el hecho de subordinar el interés nacional al interés supremo de la humanidad, una sustracción de soberanía, una merma de independencia, un golpe recio al presuntuoso individualismo nacionalista? ¿Dónde habrá quedado la libertad de un país si ha de someterse, *velis nolis*, en sus trances supremos, a la autoridad de un concilio internacional?

Con la relación de estos hechos — los cuales, en parte, son ajenos a nuestro albedrío y, en parte, fruto del esfuerzo voluntario del hombre, — hemos pretendido: primero, reforzar nuestra tesis de que el nacionalismo es un sentimiento postizo, una superstición sobreviviente, una sombra, una ilusión, una creencia que se ha convertido en dogma; y, segundo, de que tiende a

(1) Pueden citarse entre otras figuras de relieve que la sostienen en el gabinete, en el parlamento, en la tribuna pública, en el periodismo y en la milicia de la vida, a Lloyd George, Mr. Balfour, Lord Curzon, Vizconde Grey, Lord Milner, Lord Cecil. Sir Bunsen, Arnold Bennet. H. S. Wells.

(2) Por ejemplo, el ex Ministro M. Thomas, el *leader* de la minoría socialista M. Longuet, los miembros de la sociedad Proudhon y los pacifistas "profesionales", como dice la gente belicosa con retintín desdeñoso.

debilitarse por la simple acción del tiempo que desgasta las creencias como desgasta los metales.

¿Es éste un bien? ¿Debemos contener la muerte insensible y tarda de este ente de imaginación que llamamos nacionalismo, o apurar su fin por medio de una crítica socavante e implacable?

Hay, indudablemente, creencias útiles, ilusiones que reconfortan, sombras que protegen (como los manes de Licurgo), supersticiones que embellecen la vida, dogmas que nos incitan a la acción, que nos sustraen de la escéptica noncuranza. Y bien, la idea-fuerza de patria, ¿merece gozar de ciudadanía en la república de las ilusiones estimulantes? Para el común de las gentes, la pregunta resulta ociosa. Sí merece. No obstante, he aquí algunos reparos:

Por lo pronto, esta idea-fuerza de patria sirve en los países imperialistas para dorar el crimen de las matanzas colectivas. "Luchamos por nuestra existencia nacional", dicen los alemanes después de haber cebado, años y años, a las furias de la guerra esperando la sazón propicia para soltarlas. En este papel de escudo, de pantalla, de pretexto, la Patria ha reemplazado a Dios.

En el culto a la patria, que se traduce en culto a los próceres "que hicieron patria", como dice la gente de oratoria piro-técnica, perdemos el sentido de la medida y el de justicia distributiva agigantando el valor de nuestros héroes y empequeñeciendo, por oposición, el valor de los héroes extranjeros. Para un estudiante nuestro, el sargento Cabral es superior a Washington.

La emulación, la aspiración legítima de superar, se convierte entre naciones en una rivalidad subalterna. Así, cuando un militar argentino cruzó los Andes en aeroplano, no faltaron en Chile periódiquines que recibieran la hazaña como una afrenta al orgullo nacional. Y es que el nacionalismo parece transmitir a los hombres la estrechez comadrera del foco lugareño de donde ha surgido. No es esto todo: sirve como asidero para torcer sin protesta los principios más respetados de la moral humana. Actos ruines como el espionaje, y acciones vandálicas como la "masacre" ciega y alevosa de niños y mujeres, se premian como honrosos si han sido ejecutados en nombre de la patria.

El superegoísta aprieta su gabán, se encierra en sí mismo en una actitud de desconfiante acecho y, falto de simpatía hu-

mana, se abroquela contra sus semejantes, temiendo que le desfloren la integridad de su bolsa. El hombre más patriota no aceptaría este tipo humano como ideal. Sin embargo, pretende que su país se acomode a esa norma superegoísta de vivir, esto es, que se encierre también en sí mismo, viviendo en lo posible de su propia sustancia, que se “defienda” contra la industria de los otros países por medio de aranceles prohibitivos, y que no saque del horizonte extranjero el ojo vigilante y receloso. Y ésto porque el nacionalista puro tiene dos éticas contrarias: una para sí y otra para su país. Incapaz de inferir el menor daño a su prójimo, afirma no importarle que el mundo entero se hunda con tal de que su país se salve.

He aquí el dogma que la escuela nacionalista procura incrustar en las almas infantiles, sabiendo que se fijan tenazmente las impresiones recibidas en la virginidad de la puericia. Tan tenazmente que mucho más tarde, cuando nuestro entendimiento, adulto y maduro, quiere pensar con libertad, las primeras enseñanzas, convertidas en creencias, nos tironean desde los sótanos del espíritu. Con todo, la razón no debe nunca darse por vencida, sino forcejear hasta desasirse de toda pringue afectiva. Y ella nos dice con su voz limpia y oracular que el nacionalismo como ideal político resulta pequeño y poco generoso, que hay cumbres más altas hacia las cuales debe tender nuestra aspiración de subir. Así, el amor a los hombres, a todos los hombres, debe estar por encima del amor a la patria.

Las almas vulgares debemos modelarnos en la contemplación de los arquetipos humanos. Y éstos, en contra de las apariencias, han sido todos universales, han irrumpido por encima de las mudantes fronteras y espaciado su influjo por lo ancho del mundo, como la luz solar. Nadie concibe a Cristo nacionalista y dicen de Sócrates que se declaró antes que ciudadano de Atenas, ciudadano del mundo.

Hay, además, un hecho de orden distinto que podría también venir a fortalecer la doctrina de que el nacionalismo, al aflojarse, nos conduce a una civilización mejor: Al margen de la turbamulta pancista que suda el hopo, merca, se enriquece, engorda y procrea, existe un mundo superior, el de la ciencia, la filosofía y el arte, especie de Olimpo, común a todos los cla-

ros espíritus de la tierra, y donde el artificio de las fronteras no tiene ningún valor. Tómese un libro meduloso y en él será fácil encontrar, en citas o en forma implícita, ideas de todos los tiempos y todas las latitudes. Los sabios, los filósofos y los artistas, forman como una sola y vasta familia cuya misión es buscar sin descanso la verdad, siempre escondida, y perseguir la belleza, siempre evanescente. Todos ellos comercian libremente con las ideas, las cuales peregrinan por países y países sin que los hitos divisionarios consigan entorpecer su alada circulación. Así, las ideas del inglés Darwin (un caso entre ciento) pasan la Mancha y se difunden y prenden por todas las tierras como la flor de los cardales. Lo mismo, las ideas del prusiano Marx. ¿no rebrotan en todos los rincones del mundo donde la explotación del hombre por el hombre aprieta demasiado? A los docentes que siguen a Pestalozzi, poco les interesa si éste nació aquende o allende los montes Alpes. Y para un médico razonante, Pasteur, Behring, Metchnikoff, pertenecen a una misma cofradía. Y en arte lo mismo. Por eso, cuando algunos obcecados, por beligerancia, vetan a Goethe, a Beethoven, a Wágner, se hacen reos de una majadería tan inútil como si, por su parte, los alemanes pretendieran borrar de la literatura a Dante, a Shakéspere, a Molière.

Echemos, por último, una mirada a nuestra biblioteca. Observamos la más peregrina de las misceláneas: Plutarco junto a Montaigne; Sarmiento apareado con Emerson, France con Eça de Queiroz; y más allá, promiscuamente, Maeterlink, Cervantes, Ibsen, Benavente, Rodó, Marco Aurelio, Pascal, Stuart Mill, Max Nordau, Goethe, Tolstoy, Flaubert, Salustio... y párese de contar. Y bien, con este entrevero, no preconcebido, de los autores más diversos, (muy frecuente en las bibliotecas "vivas" y formadas libro a libro,) estamos declarando tácitamente que nada nos importa el país donde nacieron los varones ilustres que han hecho grávida y sustanciosa nuestra soledad.

¡Pobre país el que llevara el prurito nacionalista a las esferas del pensamiento y del arte y cerrara sus puertas a los vientos de afuera! Su *idearium* olería pronto a ranciedad e iría quedando cada vez más a la zaga comparado con el de los países que, gracias al intercambio, renuevan y acrecientan su capital de ideas. Muchos aceptan el libre comercio de las ideas, pero reparan que en el terreno del arte el contacto quita originalidad.

y arguyen que el arte castizo y autóctono de los países encastillados en sí mismos, tiene un sabor de originalidad que falta en el arte cosmopolita. De ahí que el arte deba resistirse a la influencia extranjera y ser sustantivamente nacionalista (1). Entre nosotros, por ejemplo, se pretende que la argentinidad penetre en todas las ramas del arte, y haya, así, poesía argentina, novela argentina, música argentina, pintura argentina. Todos los días se oye decir: es menester completar la independencia política, emancipándose de la tutoría extranjera no sólo en las industrias sino también en las ideas, en el arte y hasta en la lengua. Esta "fobia" a la influencia extranjera recuerda la de esos rígidos gramáticos españoles, patriotas de la lengua, que se agrían la vida pescando galicismos y barbarismos en nuestra parla desgairada y libre, sin reparar en que no hay tabique capaz de impedir, entre idiomas, la filtración silente de las palabras.

A todo esto podría observarse que la influencia de lo extranjero suele ser tonificante y mejoradora, porque siempre influye lo potente sobre lo débil, lo mejor sobre lo mediocre, lo claro sobre lo turbio. Entre dos amigos, domina el de más fuerte personalidad. Entre dos países, lo mismo. *Graecia capta, ferum victorem cepit, et artes intulit agresti Latio*. La tarda mentalidad del pueblo-rey, tuvo que someterse al pensamiento creador del pueblo-luz, pequeño y prisionero. Hubo una época — siglo de oro — en que el teatro español influyó sobre el francés. ¿Por qué? Sencillamente, porque era entonces superior. Más tarde, los papeles se trocaron, y ello coincidió con el repunte del teatro francés y la decadencia del español.

Este influjo de lo superior sobre lo inferior se produce como un fenómeno natural, sin la intervención consciente de la voluntad humana (2). He ahí por qué Buenos Aires, mientras

(1) "Toda obra de arte, dice el brillante periodista italiano Aquiles Ricciardi — haciendo suyas las palabras de M. Nozieres, — que aspira a la belleza, para subir al cielo tiene que estar profundamente arraigada a un suelo y tiene que nutrirse con la riqueza acumulada durante siglos en ese terreno, el terreno de la patria."

(2) Aquiles Ricciardi sigue diciendo (en un artículo aparecido en *La Nación*, titulado *La ofensiva artística* y sobre el cual insistimos por ser un espécimen típico del modo de pensar que criticamos,) sigue diciendo respecto de la expansión cultural del "enemigo": "Su música había invadido nuestros países; los resultados de la penetración de su filosofía se hacen ver ahora en España; su escultura decora los parques de Roma; su *misc en scene* se practica aún en los teatros de París." Y llama a esto "conquista solapada". Muy humano. Nada más cómodo que atribuir el éxito ajeno a todo antes que a la falta de *tonus* de nuestra propia médula.

dure su adolescencia cultural, tendrá que moderar sus pujos de independencia y resignarse a su papel de luna: recibir la luz de los países delanteros en civilización y proyectarla sobre los pueblos menores. Esto es, cabalmente, lo que ocurre. Todos nuestros intelectuales, inclusive los más airados nacionalistas, han bebido su cultura en las fuentes extranjeras, y piensan en extranjero, aún cuando no lo quieran reconocer. Sin embargo, llegará, tarde o temprano, el día de la plenitud. Y entonces la luna, convertida en sol, irradiará a su vez (como empiezan a hacerlo los Estados Unidos) sobre los viejos fanales cansados ya de alumbrar. Pero no olvidemos que este sol de artificio no luce mucho tiempo sin el aceite de afuera.

El nacionalismo en el arte... ¿No será una cuestión ociosa esta del nacionalismo en el arte? Lo único que importa es que se acrezca y aquilate el acervo artístico de la humanidad para regalo y liberación de todos. Hay artistas que elaboran su miel sin alejarse de la colmena familiar; otros, en cambio, necesitan el vagabundeo constante, y la tierra entera les parece chica para saciar la pupila infatigable. Unos y otros algunas veces aciertan y engendran obras de larga y dichosa juventud. Hay, así, obras maestras "arraigadas a un suelo" y obras maestras que no lo están. Con lo cual se confirma una vez más que los valores estéticos no dependen de condiciones físicas o externas sino, simplemente, de la potencia creadora del artista y de su capacidad de expresión. *Sotileza* vale por Pereda, no por Santander. *Facundo* vale por Sarmiento, no por los actores evocados ni por el escenario reproducido. Al juzgar un cuadro, no decide nuestro juicio la cosa representada. Locos estaríamos. Que se trate de un paisaje argentino o escandinavo, de una cara morena o de un tipo rubio, lo mismo da. Sólo buscamos en la tela el espíritu del pintor y su maestría técnica.

Luego, pues, el regionalismo — y, por extensión, el nacionalismo — es un factor *indiferente* como determinante de belleza.

Indiferente... ¿No estamos tentados de decir *negativo*? Porque, pensándolo un poco, la obra vernácula adolece, precisamente por su condición de vernácula, de una cierta limitación, pecado original que obstaculiza su universalidad. Y no se olvide

que la universalidad es el rasgo específico de la obra de arte superior. Don Quijote es ciudadano universal, Hamlet lo mismo, Fausto lo mismo. En literatura, el regionalismo pide cierta dosis de giros dialectales que, por naturaleza, son de comprensión localista; y el escritor se pierde, así, en los riachos del idioma en lugar de tomar el ancho cauce de la lengua que conduce a los puertos bien poblados. Más de una página de Quevedo nos resulta muerta por escrita en una germanía para nosotros indescifrable. Sin embargo, ¿quiérese algo más castizo, más aborigen, más identificado con su medio físico-social? Es claro que si una obra regional aparece henchida de sustancia humana, respetada la verdad psicológica y feliz la expresión, romperá la envoltura caseña y se difundirá por el mundo. Pero ésto, no por su regionalismo, sino *a pesar* de su regionalismo. Y basta.

Los hechos irán depurando, lentamente pero seguramente, las ideas actuales acerca de la nacionalidad. Iran éstas perdiendo su aspereza agresiva y haciéndose compatibles con ideas de solidaridad social. Si el amor hacia la madre no desplaza el amor a la esposa y a los hijos, no hay razón para que el amor al terruño, a nuestro mundillo doméstico, absorba totalmente nuestro fuego cordial y contenga el rebasar de nuestra simpatía hacia toda criatura humana.

Y, entre tanto, que no se nos venga en la escuela con la charanga patriotista que nos encanuta el juicio; que no se manosee el espíritu indefenso de la niñez; que ese empeño en lanzarnos a la vida cargados de dogmas, de *principios*, que luego nos pesarán como grilletes, lo pongan en darnos conocimientos y capacidad para repensar por nuestra cuenta, y potencia para ser nosotros mismos los forjadores de nuestras creencias y los padres de nuestros ideales.

CARMELO M. BONET.

Octubre 12 de 1918.

EL TESTIGO

Aquel peligro con el que había jugado noches y noches hasta aclimatarse a él y casi olvidarlo, sobrevino al fin. Apenas oyó las palmadas llamando al sereno en la calle, tuvo el presentimiento de que su marido venía a sorprenderla, y sólo entonces su conciencia, adormecida durante tantos días entre la molicie del pecado, dió un salto en su alma; un salto casi igual al de su amante que había comenzado a vestirse apresurado y trémulo. Un repentino instinto le hizo comprender los inconvenientes de aquel descenso peligroso y sobre todo, escandaloso al través del balcón, decidido desde el principio de sus relaciones, y sustituirlo por otro plan no tan arriesgado y más factible; sí, era mejor. Con esa fe irreverente de algunas mujeres, invocó a su Virgen venerada para que la valiese en el trance, prometiéndole, en cambio, no delinquir más, y ya tranquila, le dijo a su cómplice con desprecio, con ira de verlo acobardado:

—No te asustes: aun tiene que subir y que abrir la puerta... Mira, en vez de saltar por aquí, es mejor que cojas todo y esperes en el cuarto del niño; allí no ha de entrar él. Vendrá directamente aquí, y mientras que yo le entretengo, tú descorres sin hacer ruido el pestillo y te vas.

Salieron en puntillas de la alcoba y entraron en el cuarto del niño que estaba próximo a la puerta de la calle. La luz de la lamparilla hizo bambolearse sobre una pared las dos siluetas; y ella, mientras escondía al amante bajo la cortina de un perchero, miró la cara de su hijito y tuvo la momentánea ilusión de verlo parpadear. Pero no; el niño dormía sosegadamente, bastaba oír su respiración apacible... Era la cobardía del hombre que la había contagiado. En seguida volvió a la alcoba, borró en la cama y en las almohadas las huellas del cómplice y se estuvo quieta, esperando. Ya la llave giraba con ruido mal cortado en la ce-

rradura. ¡ Su pobre marido era torpe para disimular hasta cuándo pretendía sorprenderla! Y por vez primera se le manifestaron la franqueza y la hidalguía implícitas de esa dificultad para el disimulo. “Yo, en su lugar—pensó—habría aceitado la cerradura, me habría procurado de antemano una llave de abajo para no tener que llamar al sereno, y en lugar de someterlo a aquel interrogatorio, de seguro estéril, que a pesar de las voces veladas resonaba en el silencio de la noche como un aviso, dándole tiempo para apercebirse, habría subido silenciosa, felina”... También por primera vez aquella idea de inferioridad del marido le produjo ternura: estaba cierta de poder engañarle; estaba cierta de que al llegar delante de ella y no encontrar un hombre a su lado, se excusaría torpemente, arrepentido, convencido... Y esta inferioridad le hizo sentir toda la vergüenza de su culpa. Fué uno de esos instantes inmensos que dan espacio a todas las recapitulaciones: pensó en la estupidez de su falta, en el hijito idolatrado que iba a escudar con su inocencia al que por sensual capricho había hecho ser mala a su madre, comparó al marido con el otro que ante sus proposiciones de salvarlo y de quedar ella sola expuesta a la venganza, no tuvo ni una sola protesta, y comparó también al hombre que había surgido mezquino, cobarde tal como era, ante el peligro, con el otro tan diferente que se había imaginado, con el que la sedujo favoreciendo con mentiras su frivolidad novelesca, haciéndole creer que era distinto a los demás hombres, y entonces comprendió, tardíamente, como llega tantas veces la comprensión, que aquel hombre había maleado su alma, para poder apoderarse de lo único que deseaba en ella: de su cuerpo. Pero ya los pasos resonaban en el pasillo y se percibía por la rendija de la puerta el resplandor de la luz, ya los pasos habían dejado detrás el cuarto del niño... Y de súbito la puerta de la alcoba se abrió con violencia. Ella, desde la cama, fingió despertar, y en cuanto vió en el rostro del marido la turbación, comprendió que estaba salvada. Apenas se cruzaron las primeras palabras estuvo dominado, parecía él el culpable; y con conmovedora sorpresa trataba de justificar su regreso del círculo a hora extemporánea:

—Me encontraba mal... Ya repararías que casi no cené. Y al llegar y abrir la puerta me pareció oír ruido, y por eso saqué el revólver. Perdóname el susto... No, no te molestes en hacerme nada... Me voy a acostar.

Mientras se desnudaba, ella no dejó de hablar volublemente, fingiendo haber creído todos los pretextos; hablaba esforzando un poco la voz, para amortiguar cualquier ruido lejano. Al cabo oyó o adivinó que la puerta se cerraba sigilosamente, y con esa imprudencia, hija a veces del triunfo, dijo a su marido:

—¿Ese es el ruido que sentiste antes? Debe de ser alguna ventana abierta; ve a ver.

El tuvo un movimiento hacia la puerta y luego, encogiéndose de hombros y ruborizándose, repuso:

—No, no... Hazme sitio... ;Tengo un cansancio!

—¿No quieres que hablemos un rato?

—No, no... Hasta mañana.

Pasó largo rato. A pesar de la oscuridad y de la quietud, ella comprendió que estaba despierto. Algo eléctrico y febril hacía vibrar los cuerpos al menor contacto. De pronto, él le dijo con voz violenta y conmovida:

—Oye; yo no quiero vigilarte nunca, ni hacer más caso de anónimos ni habladurías. Necesito tener confianza en tí... ;Pero si algún día te cojo en lo más mínimo, te mato, por éstas!

Y cuando ella, sintiendo en el alma y en la carne la verdad de aquella amenaza iba a incorporarse para responder, sintió su mano callosa y rotunda sobre la boca, impidiéndole hablar.

—No me contestes nada; es mejor... Ya está dicho.

Luego la abrazó con abrazos espasmódicos que tenían algo de goce y algo de tortura, como en aquellos primeros tiempos del matrimonio; y mientras ella se abandonaba pesarosa y feliz a las caricias, propósitos de fidelidad llenaban su mente. No era miedo a que el alma primitiva del marido al saber su deshonra la matara, no; ahora prefería morir a faltarle de nuevo; ya conocía el gusto agrio del pecado; ya sabía lo que era ser infiel... Lo había sido por malsana curiosidad, pero sin causa, casi sin goce... Ningún hombre había de valer más que el suyo y, en todo caso, aunque alguno valiese un poco más, debería conformarse y pensar en los que valían menos... Por que en todas las cosas de la vida tenía que haber siempre ricos y pobres, y además, él era bueno, un poco brusco, pero la quería, y era sobre todo el padre de su hijo idolatrado y ellos dos eran la única familia que tenía en el mundo, y...

Otra vez, de súbito, él le preguntó:

—¿En qué piensas?

—¡En tí, en tí, en tí!

La sinceridad y la vehemencia del tono lo convencieron. La volvió a acariciar y también la carne con su elocuencia muda le dijo que pensaba en él y que correspondía a sus caricias con esa violencia inconfundible de la pasión. Y a la mañana siguiente, contra la costumbre, se levantaron tarde. Toda la mañana estuvo aturdida de dicha; hasta la criada se lo notó. De tiempo en tiempo tenía que decirse a sí misma: “Cálmate, cálmate”. . . Una necesidad de ejercicio la obligó a trabajar y, le sobró tiempo para todo: a medio día quiso preparar una sorpresa al marido con uno de sus platos predilectos. Luego mandó a comprar flores y adornó la mesa. Estaba saturada de alegría, igual que una persona que creyéndose irremediabilmente perdida, encontrase de pronto el camino. Era como si se acabase de casar, como si tuviera otra vez toda la vida por delante, como si hubiera pasado una enfermedad grave. La monotonía de diez años de matrimonio habíase desvanecido. Y a las doce y media sintió aquella feliz impaciencia que al comienzo del matrimonio le producía la menor tardanza del marido y se asomó al balcón para esperarlo. Al fin lo vió: venía allá lejos, con el niño, a quien todos los días recogía del colegio. Una ola de ternura le subió a los ojos. ¡Ya su hijito era casi un hombre! Bastaba mirar su aire serio, el esmero con que traía el portalibros y su aspecto a la vez despierto y ponderado. ¡Pocos niños de nueve años habría como él, tan reflexivo, tan fornal! ¡Si no merecía ella volver a ser feliz después de. . . ! Pero su nueva vida rescataría la otra. Los vió entrar, fué a abrirles la puerta y los besó a los dos con toda su alma. Después, en la mesa, tuvo que hacer esfuerzos para que no advirtiesen que estaba emocionada, hubiese querido poder gritar: “Voy a ser buena”; hubiera querido arrodillarse, confesar su maldad y pedir perdón a todas las cosas profanadas: a las ropas íntimas, a los muebles, a aquella cama sobre todo, que la había conocido pura. La luz, tamizándose en una cortina, suavizaba la blancura del mantel y la de las flores, y el humo de la sopera, la carita del hijo, la sana confianza del padre, todo adquiría para ella un sentido de pureza y de paz. ¡Esta era su verdadera vida! ¡Ahora sí que iba a ser feliz! Más que una comida, aquella fué una comunión. A los postres dió de su plato una cucharadita al

niño y otra al marido... Sí, no bastaba ser buena, además sería mimosa en adelante porque los mimos contrarrestan el frío de la costumbre; era una vergüenza la mancha que llevaba el marido en la solapa... No, no pasaría más. Al verlos levantarse para irse, se sorprendió. ¿Era ya tiempo? Fue la hora más corta de su vida. Luego los acompañó hasta la puerta.

Por la tarde salió decidida a ver al otro y a romper de una vez. Tenía cita con él en un parque lejano; pero no queriendo hablarle para evitar explicaciones y posibles desfallecimientos, escribió una carta seca e irrevocable. Cada vez que recordaba su egoísmo y su miedo ridículo ante la posibilidad de la sorpresa, sentía hasta rubor. Lo que es él, caso de tener una mujer infame como había sido ella, preferiría aguantarse a matar... Su marido si que era un hombre. Al verlo de lejos advirtió en su figura detalles defectuosos en que nunca se había fijado.

¿Y era aquél el hombre que a poco tuerce para siempre su vida? Ahora era cólera contra sí misma lo que sentía, por ciega, por viciosa, por necia... Cuando estuvo junto a él le dijo, dándole la carta:

—Toma, toma y vete... Creo que me siguen.

El balbuceó nervioso casi al mismo tiempo.

—Estaba intranquilo por tí. ¿Te ha dicho algo tu hijito? Es monísimo. Anoche en cuanto saliste abrió los ojos y me habló. Debe de haberme visto ya otras noches, cuando no gritó y se dió cuenta... El mismo cerró la puerta del pasillo para que no me oyeran salir.

Varias gentes se aproximaban y él separándose, siguió a paso largo por la avenida. Ella hubiera querido detenerlo, gritar, pedirle detalles; pero durante un largo minuto estuvo sin movimiento y sin voz, las ideas dispersas igual que si aquellas palabras que acababa de oír fueran de plomo y le hubiese caído sobre la nuca... Acaso su rostro reflejara su estado interior, porque algunos se volvían a mirarla con extrañeza. Inconscientemente anduvo sin rumbo más de dos horas, pasando y repasando por los mismos sitios. El frío de la tarde le restituyó la lucidez, y una idea única se hizo luminosa en su cerebro, lo llenó todo y calcinó su alma: ¡El niño lo sabía! Ya no era posible aquella vida de ventura y de bien a cuyo solo anuncio debía sus horas más felices. ¿Cómo habría sido? ¿Qué palabras a la vez atroces e ingenuas se habrían cruzado entre aquel mal-

dito hombre y su hijito? ¿Podría el niño haberse dado cuenta de todo? ¡Si fuera posible engañarlo!... Pero no, ahora recordaba el aire sombrío del niño desde algún tiempo, y relacionándolo con la precocidad de la criatura, comprendía que ninguna esperanza era posible. El mismo hecho de no haberle dicho ni una palabra, ni una alusión, confirmaba su certidumbre. Aquella inteligencia precoz con que ella, con orgullo de madre, se había tantas veces ufanado, hábale servido al propio hijo para abrirle prematuramente esas cortinas de ilusión que ocultan durante algunos años la acritud de la vida. Por ella, y por la cobardía de aquel hombre, iba a ser desgraciado su hijo. Hubiera preferido mil veces que la noche antes la hubiera sorprendido y dado la muerte que merecía. Dios podía perdonarle la traición al hombre; pero no la traición al niño; por que un hombre puede insultar, puede matar, mientras que un niño... Imaginaba el doloroso esfuerzo de su hijo para sobrellevar en silencio el descubrimiento de que tenía una mala madre. ¿Por qué había hecho ella eso? ¿Cómo iba a resistir ahora toda la vida aquella mirada de reproche? ¿Cómo iba a atreverse nunca a reñirlo? ¿Con qué autoridad iba a pretender inculcar en el alma infantil ideas de rectitud? No, sería imposible, imposible.

Ocho campanadas, traídas por la brisa, pasaron sobre la arboleda. Era ya la hora de cenar y estaba lejos de su casa. Instintivamente se encaminó hacia la salida, mas al poco tiempo cambió de rumbo y volvió a internarse en el parque. Andaba de prisa, por voluntario paralelismo entre las ideas y los músculos. Cuando volvió a sonar otra hora, una reacción del instinto le dictó: "Es mejor que vaya ahora mismo. Inventaré un pretexto y mi marido lo creerá". Y en seguida se pintó en su cerebro la mirada con que la acojería su hijo, mirada triste, mirada amarga, que querría decirle: "A mí no puedes engañarme; yo sé de donde vienes, mamá... Pero no, tú no eres ya mi mamá de antes; ya no te debo más que este dolor que me obligará a entrar ya derrotado en la vida... Ya estamos iguales: si tú me has dado la existencia, yo te la conservo callando". Ella tendría que leer todo eso en los dulces ojos infantiles... Y eso no sería solo una vez, sino cada día que saliese, todos los días, siempre...

El tiempo pasaba. Una estrella fugaz, fué a perderse hacia

la ciudad que se delataba a lo lejos por una claridad blanquecina. En la casa, bajo la luz tranquila de la lámpara, el padre consultaba de rato en rato el reloj, taconeando de impaciencia, sin comprender, y el niño, para rehuir sus miradas, cruzó los brazos sobre el mantel, apoyó la cabeza y se fingió dormido.

.....

Los periódicos de la mañana anunciaron en pocas líneas que una señora había aparecido ahogada en el estanque del parque. No pudo saberse si fué suicidio o accidente; a los dos días otros dramas solicitaron la atención del público y solo recordaron el hecho un niño, dos hombres y algunos allegados que fueron poco a poco olvidando.

Madrid.

A. HERNÁNDEZ CATÁ.
(cubano).

POESIAS

Vendimia.

La viña está cuajada de racimos.
Sus cercos en iguales paralelas
Cruzan la vega fértil y empinándose
A los alores próximos se trepan.
Las brisas perfumadas del verano
Rizan su verde superficie apenas
Y el corazón se llena de una dulce
E inefable alegría. Manos bellas,
Curtidas por el sol, cortan el fruto
Hasta el cesto colmar, que luego llevan
Por el camino que ondulante asciende,
Para aplacar la sed de la bodega.
Germina la alegría. Hasta el sol mismo
Prende joyeles en las negras trenzas,
Chispas de amor en los quemantes ojos
Y la viña de lumbre polvorea.
Abre flores de sangre en las mejillas
Ese amontonamiento de colmena,
Y la ascensión de los caminos pone
Ritornelos de tango en las caderas.
Como glotones pájaros, las bocas
Pican la fruta sazónada y fresca
Y es el hollejo una pequeña ubre
Que entre el pulgar y el índice se ordeña.
Sobre el rojo incendiario de los labios
Derrama el zumo su color violeta
Y las sensuales bocas se azucaran
Llamando el beso violatorio. Llega

Con inseguro paso algún discípulo
Del dios de la alegría, y la caterva
Lo corona de pámpano y lo entrona
Y escucha sus pragmáticas risueñas.
Alegre corro a su redor se forma;
Los mozos buscan ocasión y encuentran
A ciertas libertades que son propias
De la ardorosa juventud. Se acechan
Las manos a las manos y se oprimen
Como si fueran garras... Se dijera
Que hay un poco de rabia en las pasiones
Que en esos pechos el azar engendra.
Las bocas se aproximan a los cuellos
Simulando una rara indiferencia,
Y ellas, siguiendo un retroceso hábil,
En los velludos pechos se recuestan.
Bajo el influjo maternal del vino
La sangre es fuego vivo en las arterias.
Y es fácil predecir la misa ruda
Que ha de officiar la noche negra...
La viña está cuajada de racimos!...

La canción de la noche.

La tierra es una novia bajo la luna llena
Que la ilumina toda. Sobre la blanca arena
De las sendas dormidas en estas autumnales
Horas, teje la luna los plateados cendales
De ilusión que la cubre. Arriba, en la montaña,
Con dedos invisibles hila la telaraña
Que se adhiere a las moles gigantescas de piedra
Cual se abraza a los muros la trepadora hiedra.
Brotan rosas de ensueño sobre la azul laguna
Al prodigioso beso del véspero. La luna,
Para los que están lejos y que se quieren, trata
De hacerles con sus hilos, teléfonos de plata.
La mano del otoño a la selva despoja
De su ingenuo tocado, restándole hoja a hoja:

Y quiere creer el alma, bajo la noche muda,
Que el bosque es una rubia mujer que se desnuda.
Suspiros impalpables cabalgan en las frondas
Buscando algún oído donde morir. Las ondas
Vuelcan sobre la playa sus notas cristalinas
De trémolos que tienen sabor a mandolinas.
Entregan al ambiente las rústicas glorietas
El aroma suave de sus blancas mosquetas,
Mientras un ave dice su canción de metal
Oculta en lo más hondo del vecino sauzal...

Las ruinas del castillo, que la ingenua conseja
Ha poblado de duendes, bajo la luz despeja
Su majestad caída. Las torres, arrolladas
Por los siglos y el viento, se vieron derrotadas,
Y hundidas en el polvo, traducen un ultraje
En la en pie aunque maltrecha torre del homenaje.
Cabe el triple recinto de los muros de piedra
Cuyo desdoblamiento su solidez desmedra,
Las robustas columnas, faltas de su refuerzo,
Se encorvan como cuellos que ha rendido el esfuerzo.
El señorial escudo cayó de la hornacina
Quebrándose en el suelo. El puente no rechina
Bajo el peso nervioso de las caballerías
Que por las noches iban a hacer sus correrías.
Los fosos están mudos; el agua ya no canta
El transparente verso que el silencio levanta
En sus alas finísimas. La arruinada cisterna
Tiene un profundo tajo por donde pierde eterna-
mente el verdoso hilo de su caudal espeso,
Fangoso y mal-oliente. Al interior da acceso
Un portal de sombrías y vastas proporciones
Donde la guardia hacían de noche las legiones
Del feudatario dueño: lo oprime el duro marco
De la mampostería que remata en el arco
Ojival que lo cubre, y al cual hoy las glicinas
Se trepan para darle sus flores azulinas.
De los muros de piedra en las hondas rendijas
Las alimañas tienen chillidos de clavijas,
Y al más leve murmullo, se llenan los espacios
De vuelos de murciélagos y fugas de batracios.

Un gato, sobre un plinto, al mirarme se asombra
Y son dos esmeraldas sus ojos en la sombra.

Un pájaro noctámbulo agora, y en la tinta
Del enlodado estanque un lucero se pinta.

Hay labios invisibles que llaman...

A la arena

De las sendas dormidas, desde la lejanía

Parece que trajera la blanca luna llena

El supremo lirismo de su melancolía.

MIGUEL D. DOMÍNGUEZ.

Corrientes.

EL DOCTOR THEBUSSEM

(Conclusión. Véase el número 113)

IX

Destácase en toda la producción literaria de este genial escritor andaluz, un deseo: el de engrandecer lo pequeño; y un propósito, el de desorientar a los lectores, usando a cada paso de la ironía tenue, fina, delicada, en contadas ocasiones gruesa, que circula siempre entre las líneas de sus escritos: deseo y propósito que, aunque ya apuntados en las páginas precedentes, a servir van de base a este trabajillo de crítica literaria.

Quien en su dilatada carrera de las letras, como que arranca de 1854 para terminar ostensiblemente en 1910, se manifiesta entusiasta defensor de la lengua castellana, y devotísimo admirador de Cervantes, de suponer es que debía remansar su vida en el estudio, de esta habla fulgurante y arrobadora, que si atribula por su abundancia y pasma por su riqueza a cuantos corren en pos de su dominio, preocupa poquísimo, a los que sólo nutren inteligencia y cerebro con libros traducidos de foráneas lenguas.

Notabilísimo es su estudio sobre el grupo de substantivos y adjetivos—año 1887—que ya en son de alabanza, ya de vituperio, se pavonean en las apretadas columnas de nuestro léxico oficial y se recogen, por lo tanto, de los labios de doctos e iletrados. Después de catalogarlos con envidiable paciencia, al hacer el recuento de los que ensalzan y de los que deprimen la humana personalidad, deduce con lógica irrefutable, que pues son

muchísimos los despectivos y pocos, poquísimos los empleados en son de loa, tendremos que convenir o que en España los pícaros abundan más que las personas decentes, o que la humana inteligencia más se aguja para zaherir que para alabar.

Contra la manía edilicia de cambiar el nombre de las calles, substituyendo los de larga historia, y ya consagrada fama, por los de un afortunado general, un atrevido político o un mercader enriquecido, que empleó dos distintas varas, una angosta y corta como conciencia de fraile, y otra larga y ancha, como tragadero de hambriento maestro, arremetió el Dr. THEBUSSEM con un valiente escrito que publicó en forma de folleto, titulado *Piratería Callejera*—año 1887—y más tarde—año 1889—otro titulado *Callejeros y Mayúsculos*, artículo éste dedicado a D. Juan Valera, a quien en el segundo párrafo dice con modestísima conformidad:

“Debo confesar a V. que he perdido el pleito con costas. Mis últimos discursos resultaron contraproducentes, sucediéndome lo que al letrado de marras, que pretendiendo librar a su cliente de galeras, consiguió que le impusiesen la pena de horca pelada. Tengamos paciencia”.

Porque se le ocurrió un día anteponer el adverbio *muy* al superlativo *ísimo*, se armó gran trapatiesta, que nunca falta un mortal que se frote las manos de gusto cuando cree descubrir un dislate en quien tiene fama de leído, olvidando, aún en el supuesto de que tenga razón el fátuo, el vulgar aserto: “para equivocar, un sabio; para corregir, un necio”. Don Mariano publicó en su defensa razonado artículo titulado *Doble superlativo*—año 1884—calzándose antes, cual a un caballero cuadra, blanco guante, demostrando que en ocasiones, el doble superlativo, verdadero pleonasma, queda bien para robustecer la idea, avalorando el propio parecer con citas de afamados hablistas.

Para burlarse otro día de cuantos se meten de hoz y de coz en los campos etimológicos, como si fuesen bienes mostrencos y no heredad destinada a pocos mortales, dió a luz un chispeante trabajo titulado *Artículo Nominal*—año 1890.

No puedo resistir a la tentación de dar a conocer tres graciosísimas etimologías nobiliarias. Habla THEBUSSEM.

“Preséntase un valeroso cristiano delante de una fortaleza guardada por moros, y diciéndole éstos: *¡Fil, llegas?* nace la familia de los *Fillegas*.

“Otro caballero corta unas cuantas cabezas de infieles; cárgalas en una mula, y se presenta con ellas al rey. Era, sin duda, tiempo de verano;—asi debía ser, porque sino ¡adiós etimología!—acude gran número de *moscas*, y el Monarca le pregunta: “¿De dónde vienes tan *moscoso*?”—Ese será mi apellido, *Moscoso*, responde el adalid.

“Alonso Fernández corre veloz de una parte a otra y a su brio y ligereza se debe el buen éxito del combate. “No hombre, sino *águila era*”, dice el capitán, y forma la raíz de los *Aguilerds*”.

En otro escrito titulado *Palominemos*, con motivo del apellido *Palomino*, inventa con zumbona intención las etimologías de antiguos apellidos. Al llegar al nombre de *Poncio Pilato*, dice:

“En libro hebreo de grande antigüedad, se apunta que este juzgador nació en la tierra del *Poncio*, que está en Indias, e que al padre le decían *Pi*, e a la madre, que era esclava de la Mesopotamia, *Lato*. Et juntando el nombre de su nación, e el de su padre, e el de su madre, llamóse *Poncio Pilato*. E sus armas son un lavamanos de plata, en campo de sable”.

Convengamos en que tan cruel ironía, dirigirse puede a no pocos pseudo filólogos que intentan resolver con lógica tan socorrida el enrevesado problema de no pocas etimologías.

Conocedor del idioma, dotado de buen gusto, y con fuerte dosis de sentido común, se rebela en distintas ocasiones contra la manía verbalizadora de no pocos escritores peninsulares. Citarazos son asentados a las espaldas de estos, los artículos *Panegirizar*—año 1881—y *Ovacionar*—año 1880—de difícil y enrevesada conjugación. De haberle alcanzado en mejores tiempos, de fijo hubiera arremetido con noble ímpetu contra el verbo *européizar* hoy en moda en la península, verbo cual conjugación, como gimnasia lingüística me permito recomendar a los tartajosos.

En tales disciplinas mentales se ocupó en diversas ocasiones, y con lucimiento tal que la Real Academia Española, defirió no pocas veces a sus indicaciones, ya dando cabida en el Diccionario a voces nuevas, o mal definidas ya aceptando para algunas de las existentes, nuevas acepciones.

A sus escritos se debe la resurrección en España del *colo-*

fón. siendo la misma Academia la primera que aprovechó la advertencia, como a él pertenece la gloria de haber dado a conocer a los peninsulares — 1875 — la existencia del *ex-libris*, marbete o cedulilla con que engalanan hoy sus volúmenes literatos y bibliófilos.

La gramática, pues, la filología, la lexicología, débenle gratitud al *Dr. Thebussem*, como se la debemos cuantos hemos buceado en sus obras, ya que en estilo humorístico algunas veces, otras en tono más grave, fué vertiendo siempre provechosas enseñanzas idiomáticas dignas de ser tenidas en cuenta por cuantos, literatos o no, persigan con cariño la corrección indispensable para la clara y elegante exteriorización de su pensamiento.

X

Los que ya peinamos canas, no sé si por suerte o por desgracia, pues como dijo el poeta

Siempre vieron muchos males
los que mucha edad vivieron,

recordamos aquella sabrosísima y curiosa polémica, sostenida allá por los años 1877 y 1878 entre nuestro autor y *Un cocinero de S. M.*, que luego resultó ser el genial autor de *La Novela de Egipto*, Castro y Serrano; y cabe decir para no ser infieles a la verdad, que si gracia, talento y erudición derrochó quien escribiera *Cartas trascendentales*, con no menos erudición, talento y gracia condimentó sus artículos el hidalgo andaluz. Los trabajos de ambos literatos se publicaron reunidos formando volumen, con el título de *La mesa moderna*, y si hay en él curiosas noticias referentes a la preparación de varios manjares, a usos gastronómicos, poco menos que olvidados, y a la manera de preparar y servir una comida, observaciones hay de carácter social y educativo que no pocos vivientes debieran conocer, para que, al notar ligeras incorrecciones en algo de tanta trascendencia para la vida, no se les aplicara, en monólogo interno, aquello de que "en la mesa y en el juego se conoce a la persona decente".

Casi después de leído el libro a que me vengo refiriendo, se le ocurre a cualquiera enmendar cierto conocido refrán, sustituyéndolo por esta verdad que de aquellas páginas se desprende: "dime cómo comes, y te diré quién eres".

Erudito de sólida formación, *Thebussem* aprovecha el asunto más sencillo para dar a conocer sus opiniones respecto a ideas en continuo trasiego, en la época en que escribe; y así encarándose con cuantos fervientes adoradores de lo nuevo, reniegan de lo que fué, incapaces de apreciarlo porque incapaces son de colocarse espiritualmente en épocas anteriores, dice con lógica que apadrinarían sin duda los novecentistas sensatos:

"Yo respeto la libertad de que cada cual ame la época que más les agrade, ya sea la presente o ya alguna de las que pasaron. Sin embargo, me hacen reír de corazón las personas que tienen la costumbre de vituperar terca y tenazmente a los siglos que nos precedieron, sin calcular quizás, que dichos siglos vienen a ser como la base o cimiento de éste en que vivimos. Si es lícito comparar al tiempo con un antiguo y frondoso árbol, no saludemos con maldiciones a las toscas raíces de aquel cuyas flores y cuyos frutos sirven de recreo y de alimento a la generación que bebe y yanta en el siglo XIX".

Decía Castro y Serrano en uno de sus escritos; que "en España tenemos federada la comida como tenemos federada la lengua, como tenemos federados, que no unidos, usos y costumbres" de cual idea se apodera don Mariano para, glosándola, sentar las siguientes verdades:

"Los españoles — dice — están ciertamente federados por los inquebrantables lazos de la naturaleza, y estos lazos de la naturaleza no puede romperlos la voluntad del hombre. Era necesario transportar y distribuir aquí las llanuras, allá las montañas, acá la mar, acullá el río; era necesario el imposible de trastornar la geología ibérica para que el habla, y el vestido, y el alimento, y las costumbres del gallego y del andaluz, del valenciano y del extremeño, del navarro y del leonés, pudiesen tener siquiera una leve sombra de parecido y semejanza".

Encariñado con esta idea de la federación, que vé en todas las manifestaciones de la vida española, incluso en las comidas, escribe más adelante en la misma obra:

"... los mismos Reyes y sus tribunales y cancellerías, han estado en la creencia de la federación, creencia que justifica

la heráldica, porque separando del escudo de la monarquía los timbres de Castilla, León, Aragón, Granada, Sicilia, Borgoña, etc., el trofeo queda en blanco y falto de signo que por sí solo simbolice a España, como el *águila negra* simboliza a Rusia, el *león de oro* a Bélgica, las *quinas* a Portugal o la *crus de plata* a Suiza”.

Asunto, al parecer tan pequeño como el que engendró el libro a que me refiero, logró interesar a mucha gente, que antes no se fijaba en menudencias que dejan de serlo cuando quien razona y comenta, lo hace con erudición y gracejo. Cuéntase que el mismo monarca reinante entonces, el malogrado Don Alfonso XII, siguió con creciente interés la instructiva polémica, y tanto conservaba en su memoria las juiciosas advertencias de los dos literatos, especialmente las del escritor medinense, que si los cocineros de Palacio echaban a perder algún plato, o se distraían en la redacción de la lista para la real mesa, S. M. se apresuraba a decir, sonriente, a cuantos le cercaban: “¡Cuidado que no se entere de ésto el Dr. *Thebussem*”.

Para las damas linajudas de aquel tiempo, el libro titulado *La mesa moderna*, llegó a ser tan importante como *El martirologio romano*, que si éste bueno es para la salud del alma, excelente es para la salud del cuerpo cuanto se recomienda y ensalza en las 316 páginas de que consta aquella obra.

¿Qué utilidad reportó la controversia? Mucha. Pruebas al canto.

Lograron los contendientes que la palabra *menú* fuese reemplazada en la mesa Real por la voz *lista*; que los fondistas y cocineros de nota la suscribiesen, para que se pudiese alabar la maestría o poner reparos a su competencia, y aun más, que D. Alfonso XII aboliera la antiquísima costumbre de los yantares con que le obsequiaban las Corporaciones Oficiales cuando creía conveniente recorrer las provincias españolas.

Aun cuando la polémica se terminó en el año que indicado queda, el Dr. *Thebussem* continuó escribiendo sobre asuntos culinarios, tanto que son, si no conté mal, veintitrés artículos los que, englobados bajo el epigrafe de *Gastronomía*, aparecen en los cinco volúmenes rotulados *Ración de Artículos*.

XI

No sorprenderá ciertamente saber que nuestro autor, por espigar en todos los campos, hizo sus correrías por los históricos, heráldicos, genealógicos, arqueológicos y aun comerciales, por entender que también encierra grandes enseñanzas el arte de comprar barato y vender caro; a bien que en cierto trabajo, y como literato de fino cuño, lo que vale decir, con sus muchos aqueles de romántico y soñador, escribía: "Parece que la hermosa y envidiable habilidad de ganar mucho dinero, está reñida con lo que el mundo llama *talento*. Las facultades necesarias para componer un libro y para tener agradable y amena conversación, suelen estar reñidas con la clara inteligencia que se necesita para el tráfico y el medro".

Varios folletos y no pocos artículos, escribió, para esclarecer puntos dudosos de nuestra historia, mereciendo especial recuerdo y alabanza los dedicados a establecer la genealogía de los Condes de Niebla, descendientes del cantado por Juan de Mena en su mal llamado *Libro de las Trcscientas*, la de los Duques de Medina - Sidonia, y a referir porque dice el cantar

Y se acabó, gran Señora
esta cena peregrina,
como se acabó en Medina
el Rosario de la Aurora.

Empeñado de continuo en preocuparse de asuntos para los más de poca monta, verdaderas meajas literarias, recordó al vulgo, y a mucha gente que rehuye figurar en el montón, que el primer día de la semana es el domingo, y no el lunes como generalmente se cree, como dedicó dos intencionadísimos artículos, a demostrar cuanta fué la anarquía reinante durante la época revolucionaria, referente a las armas de España, y a los membretes usados por Ministerios y Oficinas públicas. Su ya citado folleto *Pirateria Callejera* es un toque sonoro de clarín para que se respete la historia de una calle, historia que, cuanto más antigua, mejor, viene a ser timbre de gloria digno de veneración. Borrarr de una plumada inconsciente o fanática, con el nombre, una leyenda, una tradición, un recuerdo, vale tanto como no respetar el apellido de nuestros antepasados, y

¿quién de los nacidos, si es honrado, noble y decente, se atreve a modificar su apelativo?

Tengo para mí, que de este folleto, deberían imprimirse, con permiso de los herederos del autor, unos cuantos miles de ejemplares para ser distribuidos entre los actuales y futuros intendentes y concejeros municipales, a fin de que su lectura contribuyese a mitigar el ardor fetichista de no pocos. Para honrar la memoria de un muerto ilustre, no faltan, gracias al moderno progreso, calles nuevas; esto dejando a un lado, que el muerto puede ser ilustre para sus amigos, y amortiguarse, hasta quedar en adarme su ilustración, al pasar sobre su recuerdo la luz, el polvo o la lluvia de unos cuantos años. Fresca está aún en nuestra memoria, lo ocurrido con el nombre de ciertas calles de esta metrópoli.

XII

Si por otros títulos no hubiese alcanzado ya el *Dr. Thebussem* el afecto y la admiración de cuantos a las letras se dedican, ambos los habría logrado por sus trabajos especiales referentes a Correos; antes que él nadie había tratado asunto tan importante, y todo lo que se sabía de las postas españolas, que era bien poco, forzoso era recogerlo de las aburridoras Ordenanzas, o de repertorios o guías de camino.

Thebussem, cual modestía le incita a escribir, "ni mi inteligencia, ni mis estudios, ni mis aficiones, ni mi salud, ni mi gusto, me permiten salir del agradabilísimo recinto de lo insubstancial y de lo fútil", comprendió que era hacer obra patriótica llamar la atención del Gobierno y del pueblo sobre un servicio de tanta utilidad, a fin de que, ennoblecéndole, el público lo estimase como uno de los resortes más importantes de la complicada organización de las modernas sociedades. Sus libros *Un pliego de cartas* y *Fruslerías postales*, el sin fin de artículos publicados en diversos periódicos y revistas, todos encaminados a rodear al Correo del respeto que merecer debe cuanto presta positivo y económico servicio, claramente patentizan que fué durante varios años su seria preocupación alcanzar el perfecto funcionamiento de las postas españolas.

Original en todo, y a fin de no hablar de oídas, intervino personalmente en las diversas operaciones del mecanismo pos-

tal. Manipuló en mesas de batalla, selló pliegos, formó paquetes, precintó sacas, trabajó en ambulancias y sirvió plazas de peatón y de ordenanza, lo mismo que de cartero rural y urbano. Compréndese, dado su modo de ser, que escriba refiriéndose a estos extremos: "No quedaba yo satisfecho aprendiendo anatomía por láminas y figuras de cera, y quise practicarla en las mesas de los anfiteatros".

¡Con qué satisfacción supe por él que Barcelona fué la primera ciudad de Europa que tuvo servicio de Correos, y con qué respetuosa devoción he mirado después la histórica capilla de Marcús de mi ciudad natal! Varias páginas dedicó a las Postas Catalanas, páginas que patentizan una vez más el espíritu emprendedor y mercantil de aquella provincia española que dió al mundo el *Consulado del Mar*, y que, si mi memoria no falla, fué la primera que vió nacer en su seno el previsor seguro.

Merced a él pudimos apreciar los grados de adivinación que necesitan no pocos empleados de correos para señalar segura ruta a ciertas cartas, cuales sobres son verdaderos jeroglíficos; y como al leerle tropezara con el nombre de nuestro común e inolvidable amigo don José Selgas, me enteré de que al ilustre autor de *El Estío* le fué dirigida una carta, cual sobre rezaba:

Sr. D. Cláudio Coello, para entregar
a D. José Selgas, Barrio de Salamanca
número 17 - 3º izquierda,
Madrid.

Los que conozcan la capital de la monarquía española reirán a gusto ante el ridículo sobrescrito. A los que no hayan pisado aquella ciudad, me limitaré a participarles que en el barrio de Salamanca existe la calle Cláudio Coello, que es en la que por entonces vivía el aplaudido poeta.

Curiosas son las noticias que suministra sobre la tarjeta postal, hoy de uso tan extendido; no holgará en este escrito decir que el *Dr. Thebussem* fué el primero que emitió en España la tarjeta postal particular. En enero de 1873 puso en circulación unos 50 ó 60 ejemplares de su tarjeta, con la siguiente cáustica leyenda:

“*Tarjeta Postal*, creada por superiores disposiciones de 10 de mayo, 10 de junio y 7 de julio de 1871, y permitida su circulación en España, según la Tarifa de 15 septiembre de 1872. Como al Gobierno se le hace cuesta arriba emitir las, el Dr. Thebussem dispone esta tirada para su uso y regalarlas a sus amigos”.

El ejemplo dado por el doctor, fué a poco seguido por algunos industriales, especialmente por editores y administraciones de periódicos, y, por fin, se decidió el Gobierno a emitir las, a reserva de ponerlas en trance de muerte a los pocos años al disponer que su circulación fuese gravada con el impuesto de guerra. El satírico escritor se apresuró a publicar una esuela que dice así:

“Rogad a Dios por la salud de la señorita D^a. *Tarjeta Postal de España*, gravemente enferma de un ataque de *Sello-gueritis*. Los Excmos. e Ilmos. Señores Jefes de Hacienda y de Correos de Inglaterra, Móstoles y Tierra del Fuego, conceden Indulgencia plenaria a todo aquel que rechifle el estúpido árbitrio postal de Impuesto de Guerra, discurrido por los mandarines españoles. — Imp. Barataria. 1879”.

Tantos trabajos, estudios y desvelos para la regeneración del servicio de Correos, apreciados debidamente por la Dirección General del ramo y por los particulares, aconsejaron al Gobierno recompensar al autor con una gran Cruz, el título de Jefe Supremo de Admon Civil u otra merced cualquiera. Hizosele la oferta confidencialmente, limitándose *Thebussem* a contestar, que habiendo sido el Conde de Villamediana el primer Administrador del Correo en España, él se contentaba con ser *el último Cartero*. Ante tal decisión, y sabiendo que era nuestro autor muy hombre, capaz, por lo tanto, de rehusar distinción que con lamentable liberalidad se prodiga en la hidalga España, el Gobierno optó por agraciarse con un título, también original, el de *Cartero Honorario de España y de las Indias*, título que traía aparejado el goce de franquicia absoluta de correspondencia, “lo mismo para enviar que para recibir, superando en esto a los Cuerpos colegisladores que sólo la tienen para mandar sus cartas”.

Merced a él dejó también de ser industria “clandestina” y por lo tanto punible, la venta de sellos usados de correos, como gracias a sus escritos cobró brio en la península la manía

instructiva de coleccionar sellos de todos los países. Por donde se vé como lo, al parecer pequeño, más que pequeño, diminuto, puede cobrar verdadero realce, si quien lo trata sabe engrandecerlo con su ingenio y cincelarlo con el seductor encanto de una prosa fácil, correcta y galana.

XIII

Con haber dicho lo que dicho queda, harto se comprenderá que el donoso Hidalgo andaluz se pasaba de bueno, lo que importa afirmar que, como crítico, se hallaba afiliado a aquella simpática escuela que más se esfuerza en descubrir bellezas que en sorprender defectos. Para *Thebussem*, como para cuantos navegan en las tranquilas aguas de la benevolencia, cualquier autor, por modesto que sea, merece el respeto de sus contemporáneos, ya que el tiempo que empleó en idear, planear y componer su trabajo, probable es que lo hayan perdido sus atrabilia-rios censores en labores menos santas.

“Soy mal juez — le escribía en 1906 a don Luis Montoto, excelente poeta y atildado prosista sevillano — para sentenciar en las producciones literarias de Juanito Muñoz Pabón. Todas me parecen superiores y confieso que la pasión me quita el conocimiento”.

Tan noble confesión le enaltece, ya que son pocos los críticos que a la pasión se sustraigan; y menos mal si, como en el caso presente, ella sirve para enaltecer.

Sólo de vez en cuando, y en el seno de la intimidad, solía ponerle tildes y reparos a alguna obra, pero aun estas censuras sabía velarlas con gracia para que no molestaran al autor del libro a que se refería.

Como le remitiera a raíz de su publicación, el libro del Doctor Saldías sobre el *Quijote*, después de leído, sintetizó su opinión en las siguientes líneas:

“Creo que dicho trabajo es grano de anís, o tortas y pan pintado, si se compara con la *Interpretación del Quijote*, por Polinous, cuyo primer tomo se ha publicado en Madrid en 1893. En mi articulejo *Pallida mors* se halla mi parecer sobre las filosofías del *Quijote*. Respeto las opiniones de Saldías y Polinous, cuyos libros hacen reír más o mejor que el verdadero *Quijote*”.

Amigo íntimo de aquel ruiseñor humano que en vida se llamó Pepe Zorrilla, quien quiera conocer intimidades del coronado poeta, lea el artículo de THEBUSSEM, titulado *Hablen Cartas* — año de 1893 — en la seguridad de que si el lector es hombre de corazón sensible, casi se le saltarán las lágrimas al averiguar que la adversa fortuna que le hizo célebre ante una tumba, le acompañó de por vida, tanto, que pocos años antes de morir escribía a su amigo: "... Si Dios me alarga la vida, estoy camino del hospital o del manicomio".

Refiriéndose a este incomparable vate, que según propia frase "estaba pronto a cambiar quintales de fama y renombre por libras de tranquilidad y reposo", escribía THEBUSSEM en 1880 al estudiar *El Puñal del Godo*.

"El público usa de cierta escala que semejante a la de los Códigos penales, contiene desde un día de arresto hasta muchos años de prisión en el templo de la gloria. Y por cierto que aplica maravillosamente la cantidad de fama y aplauso que dispensa a las obras literarias. A tal o cuál comedia le impone tantos días o meses o años de crédito y loa. A varias de las de Zorrilla les ha tocado el grillete de alabanza perpétua sin que por ahora se vislumbre en esperanzas de indulto".

Hay que convenir en que las transcritas líneas descubren graciosa y delicada manera de poner por los cuernos de la luna la producción dramática del caballeresco autor de "*A buen juez, mejor testigo*".

XIV

En su justo punto colocan la afirmación de cuan útiles suelen ser las cosillas, y cuanto es el poder de la prensa sensata y bien intencionada, los artículos titulados *Cincuenta escudos* — año de 1866 — y *Carta reservadísima* — año de 1871. — Bastaron aquellas breves páginas del Dr. THEBUSSEM, escritas en el tono agrídulce que tiraniza al lector más distraído, para que, en el primer caso, la Hacienda española abonase al tenedor de la Letra los 50 escudos girados por un grumete de la Escuadra del Pacífico, y en el segundo para que se modificase el Reglamento, mejor aún, la escala impositiva para el cobro de la contribución industrial.

Recordándolo que a boca llena decía, y para que no se olvi-

dara quiso escribirlo: "Mi partido es no tener partido", de más estará agregar que sentía por la política, tal y como la entienden los más, soberano desdén. Patente queda su despego por esta frondosa, aunque carcomida rama de la ciencia de regir a los pueblos, el ya evocado recuerdo de su fugacísima administración alcaderil de Medina ^o Sidonia.

Cuando se empeñaron en desgobernar a España aquel improvisado enjambre de políticos, impolíticos los más, brotaron de su cáustica pluma tres *Cartas* que tituló *Politiconas*, firmando la primera con el pseudónimo de *Ginés de Pasamonte*, y empleando para las otras dos el de *Juan Pasallano*. Con decir que las tres epístolas llevan las fechas de 1869 y 1870 ya se supondrá cuál fué el blanco de sus acertados tiros.

Doliase como buen español de los excesos de las turbas, y aunque amigo particular de Sagasta, nunca se avino a creer que "los males de la libertad, con la libertad se curan", antes entendía que el orden y el respeto a la ley son las dos columnas sobre las cuales debe descansar la gobernación de un Estado. Enemigo por temperamento y por educación de cuanto implicase anarquía y desgobierno, con toda claridad expuso su modo de pensar en un artículo publicado en 1884 bajo el título de *Libertades y Tiranías*. De este escrito son las siguientes líneas:

"En esto de las libertades y de las tiranías existe un intrín-gulis, cuando de cerca se miran. Que si los antiguos déspotas promulgaban leyes crueles, nadie podía llamarse ignorante ni engañado al incurrir en responsabilidad, porque bastaba obedecer el precepto para vivir tranquilo. Pero cuando cierta moderna y ridícula chusma lanza a los aires el grito de ¡*Viva la libertad!* o ¡*Abajo la pena de muerte!*, ya se sabe por tristes experiencias que lo que hacen es usurpar su oficio al verdugo, demoler o incendiar monumentos, imprimir desvergüenzas, predicar sandeces con frases huecas y altisonantes, y llevarse contra la voluntad de sus dueños, los caballos, doblones o espadas que éstos creyeron hallarse en libertad de tener en sus cuabras, gavetas o armerías".

Estaba ya para terminar aquel inolvidable año de 1898, en que para vergüenza de quien yo me sé, se arrió del Morro de la Habana el hispánico pendón, y en carta íntima rebosante de exageración ante las desdichas de la patria amada me escribía el

DR. THEBUSSEM :

“Para decir a usted la verdad, le confieso que yo estoy de guerra hasta la punta de los cabellos, y soy por consiguiente de los que se alegran con la paz, aun cuando ella nos hubiese costado todas las Colonias, habidas y por haber, y aun la mitad de la Península. Encuentro lógicas y naturales las desgracias que hoy afligen a España, porque ellas son la consecuencia de los 90 años que llevamos de malos gobiernos, y de hacer disparates. No tiene la culpa este gobierno, ni el otro, ni el de más allá: es culpa del país, de la sangre, de la desgracia, de la fatalidad o de lo que se quiera. Y lo peor es que aun cuando la lección ha sido durísima, creo que no han de escarmentar los españoles”.

¿Ponen mácula al españolismo de THEBUSSEM, las transcritas frases? Entiendo que no, ya que lo de *la mitad de la península* sólo tiene en sus labios el valor de una exageración andaluza. Otra recuerdo de él que momentáneamente molestó aun a sus amigos más íntimos. Aludo a su artículo titulado *Gibraltar*, publicado en 1869. En él, a vuelta de mil elogios a la administración británica, abogaba nada menos porque hubiese dos *Gibraltarcs* en cada provincia española: ¿Deseaba de verdad que cada provincia hispánica tuviese dos lugares en los que se alzara el pabellón inglés? De ningún modo. Su escrito tendía a avivar el sano patriotismo de sus connacionales, al mostrarles como a pocos pasos de pueblos andaluces, mal regidos y peor administrados, se alzaba una ciudad pequeña, cobijada por extranjero pabellón, modelo de administración política y administrativa.

Volviendo a la política decía en 1897 que “las Cortes, por regla general, y al menos de tres siglos a esta parte, no han sido más que una fórmula o trampantojo para hacerle creer al pueblo en su propia soberanía, conulgándolo con ruedas de molino”.

XV

Asegurábase, probablemente con visos de certeza, que don Mariano se sabía de memoria el *Quijote*, ya que raros son los escritos suyos en los que no aparezca una cita, una frase de la luminosa obra del “manco sano y famoso todo”. El tomo II de su *Ración de Artículos*, tomo en 4º mayor de más de 400

páginas está dedicado por entero a Cervantes, pues además de las *Epístolas Droapianas* — sépase que *Droap* es anagrama de Pardo — contiene 24 artículos referentes todos a algún tema o asunto que de cerca toca a la obra inmortal.

Pór cierto que con motivo de las tales *Epístolas*, el Rey de Baviera condecoró a nuestro autor con el título de *Caballero de la Orden de Maximiliano*, como premio a sus trabajos cervantinos, lo que le permitió al doctor Pardo de Figueroa hacer notar la no usada fórmula de legitimar tales mercedes, en contraposición a la vulgarísima peninsular cuando se concede en la madre patria algún distintivo a quien, con méritos positivos o sin ellos, se pretende sacar del montón, vano empeño ya, pues la abundancia vulgariza lo más sobresaliente.

Decía a este respecto el DR. THEBUSSEM:

“Así como al imponer castigo al delincuente, no se dice que es por *malo* y *desalmado*, sino que se apunta la falta que ha cometido, así también, y por una deducción lógica y racional debía explicarse la acción galardonada con una cruz, y no usar de la fórmula de *méritos* y *circunstancias*, que por demasiado vaga y general nada dice y a todo es aplicable, mucho más en un país como España, donde valiéndonos de palabras de don Fermín Caballero, son tantos los distintivos de honor que se han creado en estos últimos tiempos... y se han concedido con tal profusión, que el no tenerlos es ya un verdadero distintivo”.

Bien puede asegurarse, al leer el artículo titulado *Locos toledanos* — año de 1876 — que THEBUSSEM le robó la gracia al regocijado autor de *Rinconete* y *Cortadillo*. Aquel *Programa de Fiestas*, de zumba chispeante, escrito para ridiculizar a tanto cervantista que no ha leído el *Quijote*, o si lo ha leído no supo leerle, quedará en la literatura española contemporánea como modelo de humorismo punzante y demoledor. No hay en él, a pesar de su extensión, no ya párrafo, frase que no sea una sátira cruel contra los improvisados cervantistas, que, no obstante haber visitado los lugares donde vivió el autor de *La Galatea*, no puedan cantar a coro según él

Al pelo de Cervantes
nos agarramos,
y a diestro y a siniestro
disparatamos

Gloria al Quijote
regida de los sabios
de capirote.

como quedará también como muestra de fina perspicacia crítica y de pureza de estilo, el artículo *Album*, publicado al frisar ya los ochenta años, en el que pone de bulto y relieve con magistrales toques la simpática figura del *Ama* de *Don Quijote*. La veneración que por esta sobresaliente mujer cervantina sintió el Dr. THEBUSSEM dice más en su favor que varios otros trabajos críticos, ya que siempre el mortal se enamora, al saborear una novela, de aquel o aquellos personajes cuáles rasgos distintivos más condicen con su propio modo de pensar. “El consejo más dulce, claro, sencillo, hermoso, verdadero y cristiano que en todo el *Quijote* se contiene — dice THEBUSSEM — y que deberían aprovechar cuantos pudieran seguirlo, es: “*Éstese en su casa, atienda a su hacienda, confíese a menudo, favorezca a los pobres, y sobre mi ánima, si mal le fuere*” y ¿acaso la vida toda de don Mariano Pardo de Figueroa, no patentiza, que, en lo que pudo, siguió al pie de la letra el consejo de la bonísima, de la prudentísima señora?

Con surco tan hondo quedó grabado el precepto cervantino en su memoria que en 1896 decía públicamente:

“Roguemos al Santo Cristo de las Penas, que sea misericordioso con nosotros cuando la tierra nos reciba en su regazo; pídale que nos conceda buena muerte, y que no borre ni un momento de nuestra memoria que las únicas riquezas que podemos llevar a la vida eterna, son las buenas y cristianas obras que hayamos practicado durante nuestra peregrinación en este valle de lágrimas”.

Cuantos al galopar del tiempo, quieran afirmar su admiración por la obra estupenda que más ha fatigado a las prensas de todos los países, o busquen curiosos puntos de vista no oteados por profundos críticos, o simples noticias de escondidas minucias que pasaron inadvertidas a los sabios de todas las naciones, se verán obligados — ¡dulce, sabrosa y grata obligación! — a recorrer las páginas cervantinas *Thebussianas*, repletas de ingeniosos discreteos, henchidas de saludables enseñanzas y ricas en donaires y oportunas deducciones.

XVI

Autor que se fijaba en pelitriques gramaticales, filológicos, arqueológicos o lo que fueran, debía necesariamente hincar su escudriñadora atención sobre no pocas tiránicas costumbres, y el sin fin de vanas cortesías en uso, para legitimar, las más de las veces, el *cumpro* y *miento*, a que nos fuerza el roce diario con mortales, cuales vidas, virtudes o vicios poco o nada nos interesan. Varios artículos del escritor andaluz, sobre modas, que dèbieran *desmodarse* y cortesías que a grito pelado reclaman su abolición, en claro ponen que mi aserto se asienta sobre hechos probados.

Después de un largo escrito, encaminado a recordar las incorrecciones gramaticales que se cometen al escribir *Muy Señor mío*, y *Que besa su mano*, burbulleante desde el principio al fin de gracia y de severa lógica, ciérralo con seis corolarios, resumen de lo afirmado, de los cuales, el último, o sea el sexto, al descubierto pone una vez más, con su patente originalidad, su atrayente modestia. Dice así:

“Que es tan corta la substancia del presente artículo, y tan fútiles, insignificantes y de escaso interés los temas que en él se apuntan, que bien pudiera ofrecerse un premio de diez mil pesetas a quien presentase otro más baladí, más trivial y peor hilado”.

Heredero de la enemiga que sintieron entre otros Cervantes y Quevedo contra los *done*s, arremetió denodadamente contra los indignos, y abroquelándose siempre tras el sentido común, de que con sin igual acierto se servía *Sancho Panza*, terminaba uno de sus escritos con estas sensatas palabras:

“Y por último, que como es público y notorio que existen muchísimas *personas indecentes* y muchísimos canallas a los cuales no se niega el título honorífico, resultaría verdadera la definición redactándola en estos o parecidos términos: “Don — Título honorífico y de dignidad, que se daba antes a muy pocos, aún de la primera nobleza; que se hizo después distintivo de todos los nobles, y que hoy se otorga a todo bicho viviente y muriente”.

No ridiculizaron más ni mejor nuestros clásicos el afán de ennoblecerse, de los *arribistas* de aquellos tiempos.

A cientos, por no decir a miles o millones, son los mortales que, aún no habiendo pagado su tributo a la tierra, deberían aprenderse de memoria, casi todas las advertencias señaladas en su artículo *En punto hasta cierto punto* — año de 1893 — en la seguridad de que su conocimiento les permitiría soltar a tiempo el pelo de la dehesa.

XVII

Español de buena cepa, no obstante su admiración por Inglaterra y sus simpatías por Alemania, y además de español, andaluz, no sin sorpresa me enteré en su día de que ni entendía de toros, ni le gustaban los toros; y aún teniendo en cuenta que el *Dr. Thebussem* ponía especial empeño en desorientar a los críticos, y que es difícil a veces, tan sutil es su ironía, saber cuando habla en serio y cuando chancea, creo en su afirmación al recorrer hoy su múltiple y variada producción literaria, ya que son pocos los trabajos dedicados por el autor al espectáculo más nacional", así calificada la fiesta taurina por el erudito Conde de las Navas. Salvo su trabajo encaminado a poner en claro, lo que consiguió, la fecha del nacimiento del afamado *Pepe Illo*, sólo conozco de don Mariano dos escritos referentes al toreo, y aún los dos tienen más sabor histórico que taurino. En uno de ellos aprovechó la ocasión para avivar el recuerdo en expertos y aficionados que debe decirse las *cornúpetas* y no *los cornúpetos*, como mal dicho estaría el *cornecto*, el *plancto*, el *profeto*. Mas recordando que cierta firma social rezaba *Ferreira* y *Ferreiro*, y enterado de que el cambio de terminación obedecía a que los socios eran hermana y hermano, aconseja a don Luis Carmena, maestro eximio en asuntos literarios y taurinos, sostenga y aplauda que se diga *cornúpetas* a la vaca y *cornúpeto* al toro; de esta manera, añade en su argumentación, "todos quedarán contentos, gustosos y satisfechos".

XVIII

El día 12 de febrero del corriente año, "reputado y amado de toda la gente", según frase de La Palma, falleció en su ciudad natal don Mariano Pardo de Figueroa, quien en su larga

carrera literaria se propuso demostrar, predicando con el ejemplo, que Montegut tuvo razón al afirmar "que lo infinitamente pequeño puede alcanzar las sublimidades de lo grande". Las pequeñeces del *Dr. Thebussem*, traducidas al ruso, polaco, alemán, inglés, italiano, portugués, etc., le abrieron, con el aplauso de cuantos viven vida intelectual, las puertas de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.

Don Mariano no fué un faquín de ideas ajenas sino sembrador de las propias, vertidas sin el tono magistral y campanudo empleado por la moderna garrulería; un hábil alquimista literario que lograba trocar en piedras preciosas los ripios que desechaban la casi totalidad de los supuestos sabios; un escritor que puso especial empeño en decir grandes verdades en estilo ameno, para oponerse, tal vez sin pretenderlo, a cuantos propalan enormes falacias con frase hueca y torturada; uno de estos felicísimos mortales que entretienen y deleitan, porque en cuanto producen derraman a veces a chorros, a veces con cuentagotas, lecciones a porrillo y enseñanzas a montón. Siempre tuvo el chiste, el cuento, la anécdota dispuestos a brotar de los puntos de su pluma, a fin de robustecer en ocasiones una opinión, en otras, para hacer desarrugar el entrecejo del lector, si entendía que lo dicho era demasiado grave, severo o profundo. La risa, siquiera a flor de labios, es medicina que, sin pedírsela, administraba con frecuencia a sus innúmeros lectores el hidalgo escritor medinense. En todo metió mano, y de todo salió con plácemes y laureles, sin que en sus postreras horas, al liquidar cuentas, tuviese que arrepentirse de haber enturbiado ajenas dichas, ni siquiera amargado con las sales de que era tan pródigo el paladar más delicado. Vivió para servir a todos, y a todos ser grato, y si, como creo, al dejar el mundo de los vivos se le abrieron de par en par las áureas puertas del Divinal palacio, de fijo pudo transponerlas con la serena calma del justo, ya que fué durante su dilatada peregrinación por la tierra, leal amigo, cumplido caballero, figura humana modelada por el Creador con el mismo barro ideal con que modelara *Don Quijote de la Mancha* el sin segundo Cervantes de Saavedra.

R. MONNER SANS.

Buenos - Aires, junio de 1918.

CARTA ABIERTA

en la que el autor fustiga cosas insignificantes en apariencia

Señor Alfredo A. Bianchi. — Estimado Director y amigo: — No es ésta la primera vez que una indignación ingenua me pone en el ánimo la necesidad de escribir lo que va usted a leer, pero la porción de buen sentido que parece haber en mí, fué siempre, hasta ahora, mayor que el inicial impulso heroico. Hoy, fresco un nuevo estímulo más agudo que los otros, no quiero escapar al sacrificio de decir verdades, y, para peor, resabidas aunque calladas; y me apresuro a hacerlo antes que la sensatez burguesa me hiele el entusiasmo.

Yo no he hablado con usted — ¡hace mucho tiempo que no nos vemos! — sobre este asunto doloroso, pero yo sé, yo tengo la seguridad, yo juro que usted piensa lo mismo. Me refiero — y así entro pronto en materia — a esa literatura que en forma de novelas y cuentos semanales, infesta todo escaparate de librería y se vende como el pan a chicas sentimentales y a obreros casi analfabetos de grotesca intuición, o sea a quienes mayor daño puede causar. Falsas, inmorales y mal escritas la gran mayoría de ellas, atentan contra los tres principios eternos del arte: la verdad, la bondad y la belleza. Usted puede quizá no participar de mi alarma, dado que es fruto de todas las épocas la literatura estúpida y malsana, y que esa porción de público a que he aludido, encontrará siempre obras, ya sean éstas u otras, donde saciar sus ansias inferiores de escándalo y truculencia. Pero reflexione conmigo que esos cuadernillos semanales tan baratos, están fabricando reputaciones pintorescas y que, por la forma aguda de su difusión, estigmatizan el ambiente intelectual del país.

Ahora pienso que usted no las leerá nunca. Yo tengo, sobre ese particular, un gusto especial. Es una paradoja, pero la digo: encuentro tanta enseñanza en una obra muy mala como en una muy buena. Esta me dice, paso a paso, en qué consiste el bien decir y la belleza y me deja asir, de vez en cuando, uno de los secretos mágicos del arte; aquella me señala las fuentes inagotables del ridículo y la estupidez humana y al indicarme cómo se hace para escribir tan mal, me alecciona, por contraste. Hay páginas cuya fealdad es, por sí sola, una obra de arte. Yo he extraído más reglas íntimas de los libros grotescos que de las obras discretas.

Y paradojas aparte: si usted no lee esas publicaciones hace mal. Como hace mal quien no las analiza y trata de mostrar, a esa misma ingénua masa de lectores, dónde está lo ridículo, lo absurdo, lo inmoral, en eso que los deleita.

Casi siempre, en esas obras hay un personaje central egolátrico e infame al que el autor unje super-hombre porque generalmente se pinta a sí mismo — y no quiere decir esto que él sea malo sino que se goza en que lo crean, por aquello que Benavente llama la hipocresía del mal —: convencer a uno solo de los admiradores de ese personaje que el tal es delincuente vulgar o un idiota, es realizar obra patriótica, como suena, patriótica.

Ese personaje, colocado siempre en el socorrido plano de más allá del bien y del mal, actúa en un ambiente de invernáculo donde hay morfina, éter, refinamientos exóticos, amores tortuosos, toda la gama de lo que va contra natura; y demostrar a los lectores cándidos que esos individuos de frac y cargados de pedrería no son sino tristes fantoches de manicomio que bordan sutilezas sobre la vida porque no la comprenden, que eso no es la verdad en una palabra; demostrar a esos autores que sus recursos denotan una mendicante ingenuidad artística, que están atrasados más de treinta años en literatura, que la época de los paraísos artificiales ha pasado definitivamente — D'Annunzio se ha hecho soldado—; demostrar todo eso o realizar un esfuerzo en ese sentido, es dar un paso adelante en el camino de comer su pan con merecimiento.

Y como urge concretar, allá voy. Quiero hablarle de *Confesiones de una mujer*, que César Carrizo ha publicado en tres entregas sucesivas de *La Novela Semanal*. Obra ésta de la que yo no me ocuparía en comentar, porque sería darle mucho valor ante mí mismo, pero los imperativos anteriores me obligan a ello. Y tomo la del señor Carrizo porque ella es el nuevo estímulo de que hablé al empezar, pero sin pensar en el autor, a quien no conozco; sin preocuparme de los efectos, porque la satisfacción de cumplir ¡por fin! con los dictados de mi romanticismo, me hace olvidar toda otra cosa. En una palabra, hablo de esa obra como lo haría de cualquiera de las del género, de igual modo que al bacteriólogo le es indiferente a veces este o aquel conejo.

En su novela, el autor nos cuenta lo que le mostró una mujer, al desnudarle su alma. Una mujer que, ocho años después de haberlo tratado por única vez, lo llama para abrirle su corazón, porque, dice, “estimaba grave perdida dejar olvidada y muerta la sabiduría de las horas”. Podría creerse, ante esto, que es una vida estupenda la de Zoraida Galán — *la Galán*, como la llama por ahí el autor, olvidado de que habla de una mujer de alta sociedad y no de una tonadillera—. Yo haré su síntesis exacta: comprometida con un alcoholista atávico ni bien egresada del Sagrado Corazón, pierde pronto a su novio y se hace la amante de su médico, hombre casado y con hijos. Eso es lo que cuenta a su amigo en tres o cuatro graciosas entrevistas, amenizadas por canto, piano y guitarra, y por disertaciones tan florentinas, sutiles y audaces, como aquella en que se sienta la teoría de que el matrimonio deba edificarse sobre la base del amor, o esa otra en que se sostiene que en la declamación artística debe ponerse, sobre todo, sinceridad.

No se me escapa que la vida más humilde puede encurrir, en la filosofía que haya animado sus actos y en el proceso de estos, tesoros de sabiduría, de modo que el petizo romance de Zoraida bien pudo haber sido sobre-humano con los mismos escasos elementos, aunque sin llegar nunca a la epopeya como lo cree la protagonista — ¿qué entenderá por epopeya la señorita Galán, o sea el señor Carrizo? — Pero es que si los elementos combinados por el destino para regir su existencia pecan de vulgares, la repercusión íntima de los

mismos, la orientación espiritual que ella les da agravan su pequeñez, los hacen lindar con el crimen a veces, y ser idiotas siempre.

Me propongo demostrarlo, analíticamente. Empezaré por afirmar, para desarrollar luego el aserto, que Zoraida Galán tiene una alma torcida, que bien pudo alojarse en un criminal. Al descubrir, en una escena ridícula que es como una caricatura del drama ibseniano, que en su novio estalla la herencia maldita, lo impulsa a que beba, a que sacie la sed con que la enfermedad terrible lo atosiga. Eso, claro está, no podía tener otro efecto que precipitar la crisis. Luego, ella quería deshacerse del réprobo, y lo instigaba al suicidio. ¿Pero por qué no rompía con él ya que su eugenismo incoherente le vedaba unirse a un degenerado? Su confidente se lo pregunta, y ella explica: “¿Para qué descubrir el cieno de aquel apellido y provocar un drama de familia? Resolví esperar, ser prudente y no desechar ninguno de los elementos de defensa”. Su *defensa* tiene perfecta cabida en un artículo del Código Penal. Incapaz de colocarse por sobre las habladurías de su círculo, ante un compromiso matrimonial deshecho, prefiere a ello la sordidez de un asesinato disimulado y lento.

¿Amaba Zoraida a ese hombre? “—¡Cálmate, amor mío! —le grité con imperio”— cuenta ella que le dijo en un momento dado. ¿Amor mío? ¿Y cómo pudo gritar eso al hombre de quien habla luego con tanto asco, de quien dice, en un sarcasmo repulsivo, que “su tumba se alza junto al padre (sic), no lejos de los Mitre, los Sarmiento, los Avellaneda...”? Ella misma lo explica en un pasaje: “El día que dejemos de ser hipócritas, malvados y pequeños, habrá finado el mundo”.

Indudablemente, un personaje protervo pero talentoso, dúctil, gran señor de la infamia, puede constituir un tipo interesantísimo en la literatura. O sea que el señor Carrizo puede sostener que él no pretendió pintar una mujer buena, burguesamente virtuosa, sino un tipo inquietante y hondo, una Iris de Villiers de l'Isle Adam. A eso yo respondo que Zoraida Galán es tonta y pedante, y paso a demostrarlo.

El primer rasgo nomás hace reír. Llama a sí a un hombre de letras, hay que creer que muy talentoso, a quien no

ha visto sino una vez, hace ocho años, para contarle su fea tragedia pasada y su vulgar amor actual, en vida del pobre amante. Es cierto que, si unas horas después de conocer a su confidente, en un baile, le dijo, aludiendo a dos muchachas que pasaban juntas: "No tienen novio ni quieren tenerlo... se pasan leyendo a Safo. ¡Oh, estas chicas se quieren mucho!...": es cierto que si tan indiscreta y tan procaz fué con su compañero desconocido, nada hay ya de particular en que, ocho años más tarde, lo llame para contarle sus secretos de alcoba. Lo admirable aquí, no es que ella, desfigurando humanamente hasta la grandeza sus cosas, las creyese dignas de eterna memoria; sino que el escritor-confidente, a quien hay que creer de mucho talento, no las encontrara como son: chicas y feas.

Ibamos en la demostración de la necesidad de Zoraida Galán. "Mucho he *dubitado*, antes de invitar a usted a nuestra casa" — le dice a poco de llegar — y yo, si alguna mujer me dijese que *dubita*, tomaría el sombrero y me iría. Le narra, más adelante, su vida campesina: "Al galope tendido, Amazonas y cabalgantes nos arrojamos al campo, a beber oxígeno, sol y libertad, en la inmensa copa de la llanura. ¿Le gusta la metáfora?" — Yo afirmo que no hago traición al señor Carrizo, que transcribo con fidelidad. Aludiendo a la trágica muerte de su novio, exclama: ¡¡"En vano he buscado en Esquilo, Calderón, Shakespeare o Ibsen, un pasaje semejante"!! Sólo los signos de admiración son míos. En la tercera entrevista, el confidente le habla de sus ojos; le dice que le recuerdan "los ojos que cantó Gutierre de Cetina, en su madrigal insuperable". — "Hace trescientos años, si mal no recuerdo" — le responde ella, la insoportable, la insensitiva, la cursi pedante.

Y el señor Carrizo, enamorado de esta mujer, de esta creación de su fantasía que es lo mismo, la ve "transfigurarse y ausentarse lejos de la tierra, lejos de la moral y de los prejuicios que nos rigen", luego de recibir sus confesiones. Ya no era una mujer: "era algo inefable que se iba; una blancura alada, camino del azul..." Para mí, en cambio, Zoraida Galán no sale ni un instante de su esfera pequeña, en que la maldad es fruto natural de la literatura indigesta; no deja en ningún momento de ser la mansa presa de los

más estúpidos prejuicios, sociales; no se liberta nunca de su pedantería incomprensiva, que la hace considerarse el centro del universo y creer que las vulgaridades que dice nadie las pensara antes bajo el sol.

Me debe un gran disgusto el señor Carrizo, amigo Bianchi: el de haberme obligado a hablar mal de una mujer, aunque ésta sea un ente de su imaginación. Y, en venganza, voy a demostrar que Celso Albornoz, el escritor-confidente, adolece de los mismos estigmas mentales, a pesar de que de por sí, fluye que quien escuchó tales sandeces emocionado, es reo de tontería. Al llegar, por vez primera, a la casa confidencial, saluda a su moradora de esta guisa: "Señora: en los umbrales de este templo de la cultura y de la belleza, sacudí mis sandalias peregrinas. Quiero entrar sin mancilla, y dejar en las aras del templo, la canción y las orobias del homenaje" — "Bienvenido y alabado sea" — le responde ella; y él, sin transición: "¿Está su mamá?" — ¡Claro, señor Carrizo: usted no sabía que es un arma peligrosa hacer hablar de tan olímpica manera a un personaje de este siglo, en que las damas inspiradoras tienen mamás por quienes hay que preguntar!

La novela está escrita un poco mejor que lo que podría esperarse de tan disparatados personajes y argumento. El señor Carrizo maneja con cierta facilidad la pluma, aunque sin impresionar jamás vivamente.

En cambio, la factura lógica de la obra desconsuela a ratos, abisma en no pocos momentos.

La lógica sentimental no está por ningún lado. ¿Cuál es la situación afectiva de Zoraida y su novio? No se sabe: habla de él con amor y con asco, en el transcurso de la acción. Claro está que de lo que fluye entre líneas — pero independientemente de la voluntad del autor — se llega a la conclusión de que nunca lo amó. En caso de que no fuese como afirmo, no es explicable en nadie que no sea un monstruo de egoísmo, que el afecto al novio sano y fuerte, se trocase en repulsión al novio tarado por ajenas culpas, y en una repulsión que va en aumento paralelamente al proceso

del mal. Parece, como dije, que Zoraida profesa un vago eugenismo, y, así, habla con frecuencia de los varones fuertes con que soñara, de su obligación de dar a la patria "su tributo de mujer"; pero todo eso se riñe con su concubinato vergonzante y forzosamente estéril.

La lógica de los sucesos, es todavía peor. Zoraida se enamora de su médico; la madre adivina ese amor; su hija lo niega, y todos quedan contentos. Ese médico, el doctor Alvarado, unido a una mujer de quien Zoraida dice que es ininteligente y celosa, viaja con la familia Galán, como médico-amante de la niña, por el Norte de la República, primero, por Europa, después. Al regresar, le dice Alvarado a su querida: "Ya en Buenos Aires se ha comentado con visos de maledicencia nuestro viaje". ¡Y cómo no se iba a comentar! El único que no lo hace, ni explica qué pensaba la celosa mujer de Alvarado, de los viajes de su esposo en compañía de una mujer, y la madre y el hermano de Zoraida de los ilegales amores de ésta, es el autor. Colocarse más allá del bien y del mal, ya lo he dicho, ha pasado a ser un gesto ingenuo, casi infantil en literatura; debió atenuar su ingenuidad el señor Carrizo dedicando un poco de atención a la naturalidad de los sucesos que narra.

Pero donde llega a la cumbre la falta de lógica de la fantasía de este autor, es en la descripción de la muerte del novio de Zoraida. Mientras todos duermen en el Sanatorio, él sustrae un tambor de alcohol puro; lo bebe; cae al suelo, y el tambor también; derriba la lámpara; incendio. Se incorpora de pronto, y "echó a correr a lo largo de las alamedas y jardines. Arrojava alcohol y llamas por la boca; y así, huyendo por entre las matas de rosas y los árboles inmóviles (?) daba la imagen de una tea enorme llevada a través de las sombras por un lampadario criminal. Al fin cayó exámine junto al palomar... Todo él ardía. Y era de la nariz, de la garganta, de donde borbotaban las llamas a cada expulsión del estómago. Las jaulas ardieron; y las palomas, que no saben gritar ni cantar, lloraron al quemarse vivas". Un hombre-dragón y unas palomas humanas. De esta muerte, dijo un rato antes Zoraida que ni en Esquilo, Calderón, Shakespeare o Ibsen había encontrado nada semejante. ¡Y es claro! Esos cuatro señores tenían buen sentido y huían del

disparate con un miedo que a don César Carrizo ha de parecer burgués.

El ambiente en que la novela se desarrolla, es el mismo a que he aludido en un principio: ambiente de neuróticos y degenerados. Y conste, en honor del señor Carrizo, que éste no habla, como otros autores de cuentos publicados por estas entregas, del vicio, de la perversión, de la inversión, como de flores aristocráticas y exquisitas que no pueden aspirar sino los elegidos; que se limita a describirlas, parece que con afán de fustigarlas; pero no por ello deja de ser reprobable el ensañamiento con que pinta las lacras que él cree ver por todos lados.

Yo consiento que un escritor de primera línea puede permitirse una mayor crudeza de expresión que otro cualquiera, si de ella ha de surgir una enseñanza o una belleza, siquiera sea paradójal; y me apresuro a afirmar que el señor Carrizo no está en ese caso.

Y aquí me es forzoso aludir nuevamente a la maldad de la Galán... Con una lengua viperina, que la comadre de barrio más sutil en su oficio envidiaría, narra cosas repugnantes de la alta sociedad porteña. Si a los diez y seis años, recién egresada de su pupilaje en el colegio-convento, aludía con tanta intención a Safo, imagínese, Vd., amigo director, lo que puede decir, ya madura, esta dama: todo lo indescriptible de la sicalipsis barata, sale de sus labios, expresado en alta literatura.

Leyendo lo que el señor Carrizo pone en boca de su heroína—y que lo dice él, en definitiva—y lo que Elsa Norton, Sondereguer y muchos otros han volcado en anteriores entregas, no puede abstraerse el ánimo a ver en la descripción de estos horrores tan cándidamente generalizados, el delirio de una imaginación provinciana ante los fascinantes misterios de ese gran mundo hermético que no conoce; el delirio de una imaginación provinciana que cree adivinar doradas monstruosidades a través de las cortinas espesas de los grandes palacios y que supone anidada a la serpiente de todos los vicios inenarrables en el pecho escotado de las

grandes damas. ¿Vd. cree, Bianchi, que el tigre sea tan fiero como lo pintan?

Y si acaso el autor, a sabiendas de la falsedad de lo que narra, lo hiciera pour *épater le bourgeois*, bueno sería decirle que ese recurso está guardado y mohoso en el botiquín de los antiguos métodos, y que, al fin y al cabo, el triunfo obtenido ante los lectores palurdos con narraciones espe-luznantes, excluye, por vergonzoso, de la ciudadanía del arte.

Estoy un poco admirado de haber escrito tanto sobre una obra tan intrascendente, pero, no obstante, tengo en el ánimo, al terminar, la sensación halagüeña del buen acto cumplido, y en el mundo físico de mi vida, el equilibrio vibrante de una mayor salud.

Sostengo haber demostrado que la obra analizada es falsa, inmoral y fea, y que, con demostrarlo, acuso implícitamente al señor Carrizo de no haber hecho con ella nada por servir a su país y a los hombres, antes al contrario, los ha perjudicado. Sus intereses de autor leído, han ganado incalculablemente, es cierto, pero en cambio ha perturbado más de una limpia conciencia. Y eso no es ni siquiera un éxito travieso; igual efecto pernicioso produce en los mismos corazones limpios, cualquier libelo inmundo y anónimo.

Amigo Bianchi: ¿Cree Vd., sinceramente, que ofendo al señor César Carrizo al hablar así de su obra? Vd. sabe más que yo de susceptibilidades literarias... Créame Vd., ahora, que lo escrito no nace de ninguna prevención anterior, que mi intención es cristalina, que no me avergüenzo de haber tomado tan en serio un asunto que puede ser tan insignificante, y que soy, como siempre, su affmo.

ALBERTO MENDIOROZ.

La Plata, Noviembre, 1918.

POESIAS

El Mal

a T. W. M.

¡Oh!, cómo te detesto, vaso que me contiene,
torturadora carne que ahogas mis anhelos,
porque tornas en males mis más preciados bienes,
¡oh! cuándo serás fría, fría como los hielos!...

¿Cuándo sepultará la tierra ennegrecida
la torrencial vorágine de tus voracidades,
y será tu esqueleto la pútrida guarida,
en que colmen sus hambres y sus rapacidades,

legiones de gusanos famélicos? ¡Oh! carne,
carne que eres la cruz en que estoy enclavado,
torpe barro molesto, intento malogrado

de un forjador celeste de quimeras. ¡Oh! carne,
que yo he de ver dispersa, cuando ascienda a la altura
mi Alma, despojada de tu vil envoltura.

Extasis

En sus ojos ardía una llama etéreo.
ТРЕКЪ.

Sus ojos parecían no mirar nunca a nadie
de la tierra, extasiados en la contemplación
del sereno desfile de celestes imágenes,
bajo la austera nave de su templo interior.

Nunca empañó su límpida faz innoble gesto
de lujuria o deseo, de avaricia o rencor;
nunca mordió en su alma ningún vil sentimiento:
era el símbolo vivo de la desolación.

Se fué pronto, muy pronto. Apenas de la vida
pisó los fríos umbrales. Era un iluminado,
que no sé por qué extraño determinismo iba
pleno de subconcientes anhelos sobrehumanos.

Se fué pronto, muy pronto. En las noches serenas,
cuando alzo hacia el azul mis ojos angustiados
por esta incertidumbre mortal que da la tierra,
suelo mirar pasar a través de los vagos

y opacos resplandores de la Láctea Vía,
su alma, luminosa saeta, que el espacio
atraviesa fugaz, sobre la frente mía,
para darme un aliento, como cuando sus claros

ojos, que parecían no mirar nunca a nadie
de la tierra, volvían de la contemplación
del sereno desfile de imágenes celestes
bajo la austera nave de su templo interior,

y los posaba en mí con expresión ajena
cual si se despertara y dijese "¿dónde estoy?..."
Porque era un poseído de la Divina Ciencia,
que sin hablar, me hablaba de otra vida mejor.

Los Destinos

Con los brazos abiertos anda hacia tus destinos,
sin que estremezca el miedo tu cuerpo pecador.
Ellos, pasan serenos, sin sentir el horror
de los abismos que enlodan los terrenos caminos.

Piensa que no eres sólo barro que torna al suelo,
que no en vano en tu carne arde celeste llama,
oye el hilo de voz' que en tus silencios, clama,
"vive profundamente... *allá* está el gran consuelo".

Mas no esquives tu vida de las rutas malsanas,
preciso es que conozcas las pendientes humanas
del pecado ; y si *eres*, te herirá un prematuro

cansancio de las cosas... pero sigue viviendo,
que a medida que avances en la sombra irás viendo
sonreír a esa esfinge que sabe del futuro.

Introspectiva

Enfermo de lejanías,
yo dejo pasar los días,
vagamente :
las miserias cotidianas,
miro como cosas vanas,
vagamente.

Me roe un gris sentimiento,
de lo inútil del momento
presente :
vivo anhelando una aurora
irreal, sin ver la hora
presente.

Me sorprenderá un mañana
trágico, con la inhumana
derrota ;
y veré que dí a mi vida,
la senda de una suicida
derrota ,

por soñar en lejanías
y dejar pasar los días
vagamente,
en la ansiedad de una aurora
irreal, sin ver la hora
presente.

Imploración.

Ven, que ya sólo espero la helada mano ¡oh! Muerte,
con que has de conducirme a Canopus o a Sirio;
ven, porque yo no puedo ser el estoico y fuerte
luchador, que soporta de la carne el martirio,

como si vivir fuera un liviano y supremo
mandato de los Dioses. Siniestra aplacadora
de los terrenos males, ven a mí, no te temo,
no aguardes a que el tiempo te señale mi hora,

que aquello que en los otros es muerte, es en mí, vida
de átomo inconsciente, desprendida del Todo,
pero al alma celeste de las cosas unida.

Ven, bella descarnada; hunde tus yertas manos,
en la carne viciosa; líbrame de mi lodo,
y me iluminarán los soles sobrehumanos!...

PABLO SUERO.

LA VIDA DE BUENOS AIRES

Esta es la crónica de los movimientos populares. La crónica del fin de la guerra. La guerra ha terminado. Los hombres que escaparon a la horrible matanza han celebrado valientemente el triunfo. Y como ocurre — si bien con músicas más primitivas — en las aldeas calchaquies del Norte, el pueblo de Buenos Aires ha vivido una semana entera de delirio, bajo el redoble de los tambores y el desgañitado clamor de los himnos.

Ha sido — ¿por qué no decirlo? — una larga semana de Carnaval. El Carnaval no es una mera fecha de fiesta en el almanaque de los hombres. El Carnaval es un estado de espíritu que asalta en determinadas ocasiones a las multitudes. Los pueblos, con su incurable tendencia a la imbecilidad, hacen fácilmente carnaval de toda ocasión posible. Así, cuando muere uno de sus grandes hombres, hacen de su entierro un Carnaval. El entierro de Guido y Spano—todos lo saben—tuvo allá, en la Recoleta, los más absurdos contornos carnalescos. Los hombres, en tibio contacto de multitud con el otro sexo, aprovechaban para excederse. Las mujeres — más reposadas siempre y más puestas en lugar — protestaban de los pellizcos con grave indignación. “¡Mire que hacer esto en un entierro!”, decía cerca mío una de las víctimas. Y agregaba, aun más indignada: “Todavía, si fuese en una fiesta...!”. Indudablemente, las mujeres conocen mucho más de formas morales que los hombres.

Otras veces la ocasión es una ocasión de índole política. Todos recordarán cómo se improvisó un Carnaval el día que el Presidente Irigoyen asumió el mando del país. Fué el olvido absoluto de la forma, que esto y nó otra cosa es el Carnaval. Una enorme cantidad de gente arrancó los caballos del coche presidencial y disputó con ellos, a patadas, el honor de arrastrarlo.

Era un lindo disfraz, el de aquellos hombres en aquel Carnaval. ¡Cuánta gente, como ellos, encuentran en el disfraz la realización de sus más ocultos ideales y esperanzas! A unos les da por hacerse los marqueses. Otros se hacen los gauchos. Otros se convierten en cuadrúpedos. En un día de Carnaval — pero nada más que en un día — el mundo entero, con sus lujos y sus miserias, está a la disposición de todos los tristes y de todos los descontentos.

Después, vino el Carnaval de la gripe. A la noche, cerrados los locales públicos, la gente para divertirse hacía manifestaciones. Nuestra ciudad tiene una evidente inclinación por las manifestaciones. Cuando no hay un motivo político — que es el que más se presta para hacer escándalos en público — se hace manifestaciones de una carrera de caballos, de un partido de football o de un entierro. La cuestión es congregarse y gritar en congregación.

(Pero yo no quiero hablar más de la gripe. Lo que ahora hemos oído y visto sobre el famoso mal sirve lo menos para diez epidemias más. La gente tonta no conoce el divino don de callarse con oportunidad. Por eso los tontos son lo que son. En su definición más simple, un hombre tonto es un hombre que, por poco que hable, habla más de lo que piensa. Ahora, como no hay en realidad palabras en absoluto huecas y como atrás de todo lo que se habla hay por fuerza un pensamiento, concluimos que los hombres tontos son los que hablan con lo que otros piensan. Los tontos y los vulgares viven así dominados por el pensamiento ambiente. Es el único recurso que tienen para hablar. En tiempo de crisis no hablan sino de crisis. En tiempo de guerra no hablan sino de guerra. En tiempo de gripe no hablan sino de gripe. No voy, por cierto, ya en posesión de esta ley, a alargar más, con mi aparte, el tema de la gripe.)

Ahora estamos en trance de hacer carnaval con el maximalismo. Hay ya mucha gente que habla del maximalismo. Los diarios han comenzado a preocuparse del problema y no es difícil que la misma Cámara de Diputados nombre una Comisión para estudiar si existe o no el maximalismo entre nosotros. Y ya lo creo que existe. Hay mucha gente que, en todo momento, está dispuesta a tomar el dinero y las mujeres de los otros. Hay mucha gente que quiere salir por esas calles, gritando, apedreando y apaleando. Hay mucha gente que quiere, después del Carnaval

del Armisticio y del Carnaval de la Gripe, el Carnaval del Maximalismo. Yo, sinceramente, estoy con los que sufren y odio como el que más a los que usurpan. Para mí, no hay espectáculo humano más despreciable y absurdo que una fortuna en el bolsillo de un bruto. Yo esperaría, pues, tranquilo, el turno de nuestro maximalismo si no temiera verlo confundido con los errores de un estúpido carnaval plebeyo. Los hombres que acaban de pasear en coche por los calles de nuestra ciudad la bandera roja de los iguales, son los mismos que en Febrero próximo, al son de sus murgas disonantes, pasearán entre la multitud pintarrajeada y frenética cien estandartes chillones recubiertos de medallas de cien centros recreativos del suburbio. Hay en verdad un gran peligro en confiar a esta clase de hombres la tarea no muy sencilla de la renovación social.

Evidentemente, un "soplo poderoso de renovación" agita y conmueve toda nuestra vida actual. Así — con estas mismas palabras — lo dicen por lo pronto los oradores de las ceremonias oficiales y si sus seguridades no bastaran para convencernos de ello, ahí está la misma realidad, la misma vida nuestra, que por rara circunstancia confirma esta vez las opiniones de nuestros hombres públicos. Todo se renueva, toda va a cambiar. . . Frutos de esta incontrastable tendencia renovadora, han nacido por lo pronto en nuestra ciudad ciertos pequeños comercios sastreriles que por una suma más que módica le dan vuelta a uno los trajes viejos y, el revés al frente, se los vuelven nuevos. Estos comercios, lo repito, recién ahora aparecen, no como recurso de apurados ingenios mercantiles, sino por trascendental consecuencia de un grave, de un profundo estado de perturbación y de renovación social. Por lo demás, a nadie que no fuera hijo de este grave momento que vivimos, hubiérasele ocurrido tan maravilloso recurso comercial y estético. Renovar un traje, renovarlo en sí mismo, sin tela ni gastos nuevos, es sencillamente dar con la solución del más grave, del más trascendental de los actuales problemas humanos.

Todo está viejo, todo está caduco. Hay que cambiar, no sólo las ropas, sino también los hombres y las instituciones. El problema es éste: cómo renovar, de dónde renovar esas ropas, esos

hombres y esas instituciones, si su propio agotamiento supone el agotamiento de la substancia renovadora y de reemplazo?

Aquí la estupenda solución. ¿No hay más tela?. Pues vengan los trajes viejos: descosámoslos para que luego, al coserlos, nos demos la ilusión de que los hacemos nuevos y, con el revés que está menos gastado al frente, unamos otra vez una y otra parte. El traje es el mismo de antes, con la pequeña diferencia de que está al revés. Es como si dijéramos el mismo traje de antes mirado de adentro para afuera. Ofrece un punto de vista nuevo y ello nos abre muchas esperanzas. Eso es lo que importa: al fin, las cosas más valen por lo que hacen esperar que por lo que dan.

Esto por lo que hace a las ropas. ¿Y los hombres? Los hombres se renuevan en la misma forma. ¿No acaban de ser renovados en la misma forma los Consejos y las Academias de las Facultades? La gente de las nuevas Academias no es gente nueva. Ni podía serlo tampoco, porque no se improvisa así no más un Académico y menos veinte o treinta como en cada caso habría sido ahora necesario. No siempre hay hombres aptos ni dispuestos para ser Académicos. Unos no tienen jacquet, otros no tienen relaciones, a algunos les faltan títulos y, en fin, hay quien, por no tener ambiciones, prefiere encerrarse con Carlitos Chaplin en un confortable salón de cinematógrafo a aburrirse la misma hora en una estirada sesión académica. Ya se vé, pues, cómo en verdad no ha sido posible traer gente nueva a los Consejos y a las Academias nuevas. Se ha aplicado el procedimiento de dar vuelta a la ropa vieja, y Pérez, González y García han sido así sustituidos por García, González y Pérez.

Los Aliados y Botafogo, casi al mismo tiempo, han triunfado sobre su respectivo enemigo. Casi inmediatos un triunfo y otro, el entusiasmo de la ciudad pasó insensiblemente de la guerra a la pista. Se explica así que, en honor del caballo vencedor, la turba delirante cantara la Marsellesa y enarbolara la bandera patria.

En la unanimidad de estos dos entusiasmos hay una gran enseñanza que quiero señalar al futuro observador de nuestra psicología. Hace solo tres meses, la ciudad estaba dividida, si

bien desigualmente, en aliadófilos y germanófilos. Hace solo un mes, cuando Botafogo fuera derrotado, la muchedumbre del Hipódromo, antes tan adicta al famoso animal, sufrió también la escisión de un importante bando partidario del nuevo vencedor. Ahora que "la revancha" ha llegado para los vencidos de ayer, las masas se han unido de nuevo en una sola furiosa simpatía para uno y otro triunfador.

Esa fué, también, la situación de la ciudad después de la insospechada victoria radical de 1916. Es que, a fuerza de su afición más profunda y extendida, nuestro pueblo resuelve con criterio de carrerista sus problemas más graves. Los carreristas no buscan el triunfo de nadie. Buscar un triunfo, luchar por él, sería ya un principio de idealidad que el gremio desconoce. El carrerista estudia las probabilidades y de acuerdo con ellas decide sus simpatías. Por eso nuestro pueblo — nuestro pueblo más criollo — ha esperado también que, en la contienda de todos, la Victoria señalara un rumbo a su simpatía. Y el gobierno que surgió de él hizo lo mismo.

ROBERTO GACHE.

LETRAS ARGENTINAS

RAQUELA (1)

Cuando yo era niño tenía la mala costumbre de leer novelas. Si me faltaban en la mía, husmeaba en la casa de mis amigos en procura del volúmen que habría de calmar durante unas horas mi incontenible afán de conocer aventuras novelescas, de intimar con héroes y heroínas de imaginación, a los cuales les ocurrían las cosas más emocionantes de la tierra. La "Biblioteca de la Nación" me fué muy útil en ésa época, desgraciadamente lejana. No funcionaba entonces el cinematógrafo, por lo menos en la medida de ahora, ni se habían divulgado aún los periódicos para niños; de suerte que todo se resolvía en devorar novelas generalmente francesas, que reemplazaban con bastante eficacia al famoso "Doctor Duval" y a las truculentas películas policiales que hoy constituyen la delicia de los pequeños.

Recuerdo que muchas de mis novelas relataban un argumento parecido, que variaban, más que en el fondo, en los accidentes dramáticos y en los personajes episódicos de la obra. Sucedió en estas novelas que un muchacho de la ciudad, cansado de su aburrida vida de millonario, dirigiase a la casa de campo de un amigo suyo con el propósito de curar su neurastenia incipiente. Por lo común la casa de campo se parecía a una cesta de flores. Abundaban allí los alelíos, los lirios, las rosas. Y para que nada faltase, moraba en cierta finca próxima una hermosísima heredera de ojos profundamente negros o de un celeste diáfano, cuya voz armoniosa y cristalina semejábese al murmullo de un arroyuelo que, fatalmente, discurría por entre los breñales del contorno.

(1) Benito Lynch. *Raquela*. "Buenos Aires", Cooperativa Editorial Limitada. 1918.

Como es de suponer, en aquellas novelas la niña se enamoraba del forastero, el cual para distraer su abulia ocultaba su condición de potentado bajo el humilde traje de los aldeanos, que él vestía con singular elegancia.

El falso aldeano, tan locuaz y discreto como los que pinta Cervantes, y la linda muchacha son dichosos. Pero como toda historia de amor debe tener su poco de amargura, aparecían de pronto en mis libros algunos hechos más o menos importantes, que causaban la impresión de que los enamorados no podrían, según palabras del novelista, unirse en feliz Himeneo. Sin embargo, y después de ligeras o borrascosas intrigas, la situación se despejaba. El falso aldeano descubría su nombre; la rica heredera era conducida al altar y el curioso lector se quedaba satisfecho de tan venturoso resultado.

Desde el tiempo en que leía tales novelas hasta el instante en que escribo estas líneas, ha pasado mucha agua bajo el puente. Tal vez por eso mismo creía ya que el mencionado género literario había desaparecido, cuando me llega a las manos una novela del señor Benito Lynch, recientemente editada, y en cuyas páginas se repite el argumento de mis recuerdos infantiles.

Claro está que los detalles exteriores son diversos, aunque el fondo continúa invariable. En lugar de la graciosa quinta llena de flores, el autor de *Raquela*, que es el título de la obra que nos ocupa, sitúa la acción en una estancia de la provincia de Buenos Aires, y en lugar del falso aldeano se nos presenta aquí un falso gaucho, que hace filosofía barata y sentimental. La rica heredera, en cambio, permanece incólume. También en esta, como en mis viejas novelas, todo se arregla satisfactoriamente.

Sería injusto decir que *Raquela* carece de interés; antes por el contrario, es un libro interesantísimo, que se lee de un tirón, ávidamente, con verdadera ansiedad por conocer su desenlace, aunque este se adivina desde las primeras páginas del volumen. Pero el interés que provoca es análogo al que suscitan las cintas de biógrafo o las aventuras policiales, y en el que no interviene ningún elemento intelectual. No hay en *Raquela* un solo personaje real, una sola nota que acuse en su autor verdadera penetración psicológica. El mismo am-

biente campero, que el autor ha demostrado conocer profundamente en una novela anterior, es en la actual convencional, falso, impreciso, un telón mal pintado en el fondo de un escenario donde se representa una comedia que critican los espectadores de los palcos, aunque entretiene y deleita a la gente del paraíso.

El viejo argumento del muchacho disfrazado y de la heredera que se enamora de él, ha sido explotado por el señor Lynch con buena fortuna editorial, pues el libro habrá de venderse, pero con pésimo resultado artístico. Si se la considera desde el punto de vista literario, que exige antes que nada en toda novela la existencia de hondas pasiones bien analizadas y de rasgos humanos bien definidos, la obra del señor Lynch no puede seducir a nadie.

Sin embargo, el señor Lynch es escritor para más altas empresas. Lo creo muy capaz de darnos la verdadera novela argentina que todavía nos falta. Hay en la misma *Raquela*, la descripción de un incendio, hecho con tanta justeza, habilidad y colorido, que él solo bastara a revelarnos el talento de novelista del señor Lynch.

Espero que ese talento se manifestará muy pronto en una obra de aliento, intensa y real, y que el señor Lynch no volverá a insistir en el cultivo de ese género de novelas con el cual M. Ohnet ha conquistado su risueña inmortalidad.

NICOLÁS CORONADO.

Otros libros recibidos:

Manejo de fibras. (Versos de dolor, de desesperación y de esperanza), por Luis Mayol. — Buenos Aires 1918.

El Misal de los Estoicos. Poesías por Iñigo Cortés. — Buenos Aires 1918.

Lucía de Miranda o La conquista trágica. (Novela histórica americana), por Alejandro R. Cánepa, escritor argentino. — Casa editorial Maucci. — Barcelona.

Paraíso Negro. (Novela), por Antonio Bellelli (hijo). — Buenos Aires.

Nota. — Los últimamente recibidos, de los cuales nos reservamos hablar en los próximos números, no figuran en esta lista.

LETRAS AMERICANAS

La literatura uruguaya (1757-1917) por *Ventura García Calderón*
Hugo D. Barbagelata—New York—Paris, 1917.

Decía Francesco d'Ovidio en sus *Saggi Critici* acertadamente: "La crítica *entera* que, por un lado busca y recoge el mayor número de hechos literarios y por el otro sabe expresar el mayor jugo ideal, no es de todos". Y en efecto, es innegable que la condición de indagador paciente no va muy a menudo acompañada de la agudeza del juicio, o viceversa. De lo que resulta que haya críticos hábiles en el establecimiento de los hechos, que no lo son para exponer el juicio estético o filosófico correspondientes; y también, es fácil observar cómo críticos penetrantes y agudos necesitan de la revisión para ser verificados y muy a menudo rectificadas, logrando, a pesar de ello, poner en buena luz obras y autores.

Tratándose de labor ardua y compleja como esta emprendida por los Señores Ventura García Calderón y Hugo D. Barbagelata, nada más fácil que caer en estos peligros de los cuales bien pocos se salvan. Exponer un ciclo literario, de 160 años, que va de 1757 al 1917, y de un país que puede contar personalidades destacadas como las de Hidalgo, Acuña de Figueroa, Magariños Cervantes, Andres Lamas, Marcos Sastre, Herrera y Reissig, Zorrilla de San Martín y otros, es harto difícil.

Porque no se trata en esta clase de estudios de dar tan sólo la parte vital; débese, como se ha hecho en éste, agregar y obtener el acervo de elementos particulares y generales, enriquecidos por la denotación legendaria e histórica, salpimentados con el gracejo anecdótico; obteniéndose así ese hormigueo de vida propio de la obra de belleza realizada.

Ventura García Calderón que ya había dado pruebas de su claro sentido crítico en anteriores obras y especialmente en la

notable *Del Romanticismo al Modernismo*, ha encontrado modo de dar salida a su vena lírica. Por otra parte el Sr. Barbagelata al cooperar en tan útil labor ha podido usar de los elementos recogidos en su reconocida dedicación que podríamos llamar histórica, tan observada y vivida ella es.

Tan sólo con esta feliz integración, pudo obtenerse la vitalidad que se observa en este estudio. Porque nos hallamos en verdad, a pesar de sus modestas proporciones, ante una real obra de belleza, estas muy raras en nuestra América.

“Unas cuantas alquerías en una colonia sin historia por donde transitaban jesuitas: esto era, hasta fines de la centuria décima - octava, el opulento Montevideo de hoy”. Así comienza, y en este tono elevado, sugerentemente poético y preciso a la vez, transcurre plácidamente la lectura del libro, que no puede ser más interesante. La erudición abundante, el fino sentido crítico, la medida estética, la delicadeza en el detalle y la diversidad de “nuances”, integran la obra.

Dignas de nota son las páginas relativas a Hidalgo a quien “le correspondió el desacato sublime de haber dado ciudadanía literaria al payador”, como también las que se refieren a la exaltación romántica, debidamente expuesta, y ricas de acotaciones de Francisco Bauzá, el sagaz autor de *Estudios Literarios*.

Y son asimismo interesantes las que se refieren a Julio Herrera y Reissig, donde no falta esa suma de calor y cariño necesarios para traer aquella figura a nueva vida; recuerdo de una vida que se hubiera olvidado si no estuviera grabada en las almas por el bisturí ensangrentado del pesimismo de aquella hora...

En cuanto al análisis crítico de los escritores vivientes, ofrece algunos puntos de discusión y de él disintimos en varias partes.

Nos parece excesiva la trascendencia que intentan dar los críticos a la obra de Carlos Reyles; como nos disgusta sobremedida esa presunta secesión que propician en la obra de José Enrique Rodó.

Y dicen ellos: “Quienes somos en cierto modo su posteridad, separamos ya de las grávidas obras, como de los libros juveniles, aquella menuda carga lícita, según un alto espíritu de Francia, para estibar el ligero esquife que, sobre el río del olvido, navega sin hundirse. Nuestra admiración ha desgajado ya, en la

Vida Nueva, el cuento de Oriente y la romanza final. Agregaremos, por figuras de proa, en el esquiife, las efigies de *Rubén Darío* y de *Bolívar*. Unas cuantas parábolas florecerán la barca galilea, y en *todo el resto* podrá hacer el otoño su estrago magnífico”.

Y decimos, a nuestra vez: En *todo el resto* que, con generosidad inaudita los autores obsequian al estrago del otoño, se halla entre incontables obras de mérito incalculable, el ensayo *Juan María Gutiérrez y su época*; bastaría ese admirable estudio, que habla en lenguaje de pasión a nuestra alma argentina, para inmortalizar su nombre. Y en verdad asombra que obras como *Motivos de Proteo*, cuya ordenación sistemática lleva a las más sublimes cumbres, deban sufrir la piqueta demolidora de la incomprensión. Afortunadamente hay rocas que mellan los aceros; tan sólo el Tiempo es testigo en su infinito rodar, de la suerte que podrá corresponder a sus firmes bloques elevándose a lo azul!

Hablando de Rodó revivimos todo el mundo clásico, y no es ello por fantasía ni por admiración excesiva; el sentido evocador del pasado en el grande artista fluye, por decirlo así, de los trazos de su pluma; es que su alma estaba dotada de ese sentido plenamente, y aun cuando él no conociera todo el tesoro clásico, tenía el raro don de intuirlo.

Desde el primer capítulo de *Motivos de Proteo* en donde habla de “la transformación personal en el tiempo”, hasta aquel donde finaliza el libro y nos dice que “Gran cosa es que esta transformación subordinada a la unidad y persistencia de una norma interior se verifique con el compás y ritmo del tiempo” entregamos nuestra sensibilidad al maestro y comprendemos al llegar las conmovedoras palabras del “Cuadro de Otoño” cómo se puede “cambiar sin descaracterizarse”.

¿Quién que tenga conciencia de lo bello, podría arrancar un solo capítulo a esta obra incomparable en la literatura de América?

No podemos repudiar, porque es lógico, que ya “algunos evangelistas de Montevideo, con el gusto sagaz de Juan y de Pedro, hayan separado, en un tomito primoroso, las parábolas”, no repudiamos esto, lo repetimos, pero tampoco pretendemos como nuestros autores sacar de ello enseñanza. ¿El que se haya entresacado de la obra de Rodó lo más asequible a todos, desvirtúa

acaso la plenitud de belleza de las demás partes de la producción del gran contemplador?

Que se haya vulgarizado la *Vie de Jesus* no significa, ni nunca podrá significar, que la *Reforme intellectuelle* o *Calibán* sean hojas dispersas e inútiles de la enorme obra de Renán...

Y así como leyendo los ensayos de Rodó vemos venir, en admirable cortejo, la cultura clásica (a veces más por intuición de éste que por su demostración), al hablar de la obra completa de este meditador, debemos recordar a los grandes, a los muy grandes ¿y es exagerado decir que en Hispano América merece esa figura un sitio aparte y a gran altura?...

Resulta inexplicable, como se advierte, esta crítica demolidora con respecto a Rodó, ya que en este libro interesante y bello por muchísimos conceptos se trata tan sólo de construir esbelto y armonioso edificio, sobre firmes cimientos de simpatía, comprensión y benevolencia.

Ventura García Calderón y Hugo D. Barbagelata han hecho con este estudio labor grata y útil; y ha sido muy acertado extraer de la *Revue Hispanique*, donde se publicó, para su impresión en libro, este bello trabajo de divulgación literaria e histórica.

Un perdido (novela), por *Eduardo Barrios*. — Editorial Chilena. Santiago de Chile, 1918.

El notable autor de *El niño que enloqueció de amor* no hubo menester, como muchos, de salvar las fronteras patrias en busca de ambiente exótico o lejano para abreviar su sed creadora. Ha tomado como decoración admirable para su última novela el territorio patrio; menos aún, le ha bastado el trayecto que va desde Santiago al puerto de Iquique, para hallar interesante y adecuado escenario, sin necesidad de decoraciones extrañas, y sin paisajes lejanos, que si pueden dar gratas sensaciones con su ropaje de candorosos velos ilusorios y fantásticos, desmerecen ante las sensaciones surgidas de la poesía de las líneas precisas, que brinda la propia tierra, asociada a la evocación de las horas vividas con plenitud.

A pesar de algunos defectos, imputables a veces a diferentes puntos de apreciación, es innegable que en *El perdido* hay una creación viviente. En esta obra vemos expuestas, como en la vida, las cosas más contradictorias y nos es dado observar las sensaciones más diversas; en verdad puede decirse que se halla en

esta novela el concepto maravillosamente enunciado por Paul Bourget: *qu'il y a beaucoup de façons légitimes, bien que contradictoires, de rêver le rêve de la vie.*

Ni bien comenzamos a fijar nuestra atención en la niñez amparada y feliz de Lucho Bernales, y a poco de adentrar en el ambiente familiar que lo cobija, comprendemos la larga suma de elementos que integran el desarrollo de la novela. Estamos en Quillota (pequeña población de cuatro a cinco mil almas, cercana a Santiago), y a pesar de la vida restringida del lugar, se nos abre por toques acertados del novelista, vasta perspectiva. No en balde intimamos con dos tipos realmente humanos: abuelo y nieto.

Las demás personas que completan y eslabonan esta cadena de la vida son movidos por la acción directriz, reflejo de la voluntad del anciano; porque cuando Papá Juan, admirable figura que bien podría hallarse en la antología balzaciana, no es más que un recuerdo inolvidable en el alma del nieto, notamos la ausencia de esa fuerza propulsora; advertimos tan sólo el triste son de algo que se arrastra.

La niñez de Lucho, relatada por el autor con profundo sentido analítico, interesa sobremanera a quien lee, y este interés es constante hasta la hora en que el abuelo Papá Juan finaliza estúpidamente, así como en la vida, el inútil trajinar del corazón. En esos capítulos el novelista ha logrado sugerir esas mil cosas que todos intuimos sin acertar a precisarlas, obteniendo la fusión de las partes, de lo interior con lo exterior, con tanta verdad, que leemos y seguimos leyendo con ansia creciente.

Este interés ya decae una vez que la gallarda figura del abuelo, antes de desaparecer, llega entre cuatro maderos ordinarios, absurda compensación a su sacrificio de abandonar el calor del hogar familiar para ir en bien de los suyos a la inútil reconquista de la perdida riqueza. El choque de la muerte del abuelo es el primer soplo gélido en el alma de invernadero de Lucho, y es tan fuerte que ya lo vemos herido en la voluntad para siempre.

La sombría figura de Lucho, falta de la luminosidad de papá Juan, resulta descolorida; ya no tiene el cuadro claroscuros. Porque si bien es cierto que no falta en el resto de la obra otro tipo admirablemente descrito como el del padre, también es éste un vencido y no tiene reacción calurosa suficiente para darnos el contraste necesario a la emoción profunda.

Una novela carente de trama complicada, necesariamente,

para interesarnos, debe tratar el análisis profundo del alma humana.

En esta novela, Eduardo Barrios ha llenado las cuatrocientas páginas restantes con descripciones de ambiente. Porque la trama en que se mueve el protagonista es simple.

Por circunstancias de la vida Lucho hace vida común con su padre (militar de graduación), pero, por algo que no está suficientemente bien expuesto, entre padre e hijo no hay corrientes de cariño, mejor dicho, el autor parece exponer que se quieren, pero sin comprenderse. El padre dice: "No es feliz a mi lado. No hay cariño, coronel. Es Vera en todo, y, repito, ningún Vera me quiso nunca..." Y agrega en un diálogo con un superior inmediato: "No le diga una palabra. En serio se lo suplico. Hay hijos que sólo pertenecen a uno de los padres. Eso es todo. Este fué de la Rosario"...

Lógicamente, esta conversación, oída tras una puerta por Lucho, debiera bastar para convencerle de la posibilidad de cambiar de sentimiento con respecto a su padre. En cambio prefiere reír inconscientemente, al comentarla más tarde con un compañero (noble figura de la obra); y sin que se sepa por qué, le hiere pensar que el alejamiento afectivo débese a timidez ridícula en un militar como su padre.

Como se ve, esto es incoherente y falla en sus premisas; y de este episodio, hasta la caída completa de Lucho, "el perdido", es mucho lo que hay que hacer decir y obrar al protagonista, para llenar tantas páginas.

Señalamos este defecto, tan sólo como desahogo por la pena de comprobar que Eduardo Barrios, teniendo todos los elementos para hacer una gran novela, ha malogrado en parte ese caudal de observación objetiva y subjetiva.

Pasan por la novela, en cortejo, tipos de todas clases; las vidas más antagónicas se entrechocan y no es éste uno de los menores defectos de la obra, porque aparte de cierta falsedad de conjunto, ello resta precisión a la línea harmónica del libro, aun cuando haya que reconocer como muy bien descritas las tabernas y los bajos fondos; muy observada la vida de los burdeles; atinada su crítica a la pobreza del ideal militar; sagaz el estudio de la vida de los cómicos; punzante la exposición de la desengañada filosofía de los vencidos del arte; justa su indignación ante la indigencia espiritual de clases que debieran ser cultas...

Eduardo Barrios acopia con actividad mental estos factores que desarrollados en varias obras hubieran obtenido mayor eficacia; reducidos a una sola resultan falsos, e inútil por lo excesivo el detalle que distrae la atención de la trama y alarga el camino de la acción. Es un *détour* inútil; indudablemente la novela, menos frondosa y más proporcionada en sus partes, ganaría como obra realizada.

En cambio, es justicia hacer resaltar que los dos amores de Lucho están trazados con mano vigorosa e intención emocionada. "Meche" y "Teresa", dos almas perdidas, precipitan la caída. Lucho, falto de energía, cae hasta lo más bajo. El alcohol completa la obra. Enseñanza zoliana que aumenta en mucho nuestra simpatía hacia el sentido de la obra.

Y por fin, para terminar, dejemos constancia de la mucha habilidad con que Barrios recoge en sus páginas el espectáculo solemne y proteico del mar con la avidez de sus playas caliginosas como la de Iquique. Y de como también ha sabido reflejar la grandiosidad del paisaje chileno, donde los montes lejanos se perfilan en coloraciones plateadas, refrescando el espíritu del lector, sediento de espaciarse después de tanto análisis interno y sombrío.

ARTURO LAGORIO.

Otros libros recibidos:

El vino de la sombra (poesías), por Alvaro Armando Vasseur. — Biblioteca Andrés Bello. — Editorial América. — Madrid 1918.

La ciencia del dolor (poesía), por J. M. Blazquez de Pedro. — Biblioteca Fondo y Forma. — Panamá 1917.

Letras españolas (primera mitad del siglo XIX), por Rafael María Baralt. — Prólogo de D. Rufino Blanco-Fombona. — Biblioteca Andrés Bello. — Editorial América. — Madrid 1918.

El último madrigal, por Francisco Soler. — Falcó y Borrásé, editores. — San José, Costa Rica, 1918.

Pasa el ideal..., por José Fabio Garnier. (Diálogo en un acto), San José, Costa Rica, 1918.

La hora de queda, por Iris. Ediciones de Artes y Letras. — Santiago de Chile, 1918.

Aticismos tropicales. Aforismos de arte, por M. Vincenzi.

LETRAS CATALANAS

El arte dramático en el resurgir de Cataluña, por *Francisco Curet*.—Biblioteca de Cultura Moderna y Contemporánea.—Editorial «Minerva» (S. A.)—Barcelona, 1918.

Muy oportunamente llega el libro del señor Curet sobre el teatro catalán. Su lectura me proporciona motivo para atraer la atención del lector sobre otra modalidad de la literatura catalana antes de entrar a estudiar detenidamente la obra individual de los escritores modernos.

A diferencia de su prosa y de su lírica, el Teatro de Cataluña no tiene una época anterior ni mejor ni peor que la presente. El esfuerzo de los investigadores ha resultado inútil para proporcionar al teatro actual una genealogía. Cuanto ha sido captado a los archivos públicos y particulares, ha constituido prueba evidente de que aquellas representaciones religiosas y cortesanas, entremeses, danzas populares, juegos infantiles, etc., a contar de los primeros siglos del cristianismo al siglo XVI, ni aún las obras escénicas correspondientes a las centurias XVI, XVII y XVIII, cuando en otros países el teatro ya había afirmado su definitiva expresión, nada tienen de parentesco con lo presente, ninguna influencia han ejercido en la producción de los autores de la hora actual. Y es que en la época esplendorosa de Cataluña, cuando Ramón Lull (antes que el Dante) escribiera sus obras en la lengua vernácula, abandonando el latín, y Francesc Eximènic y Bernat Metge y Ausias March, realizaran verdaderas maravillas con su pluma de oro, el género teatral no se había iniciado en el mundo de las letras, y cuando esto aconteció a principios del XVI, la nacionalidad catalana ya había empezado su declinación iniciándose la intensificación de Castilla por las razones anteriormente

dichas. El Renacimiento fué propicio a la brillantez de las Cortes, y junto al fulgor de las monarquías el arte encontró poderosos agentes de protección. En esos tiempos ya se habían tocado en Cataluña los efectos desastrosos del casamiento de Fernando con Isabel.

No sin motivo, pues, los catalanes han podido proclamar a Federico Soler, levantándole a su muerte un monumento en la antigua plaza de las Comedias, fundador del Teatro Catalán. Pero, si es cierto que *Serafi Pitarra* (seudónimo de Soler) no fué el primero en escribir para la escena en el siglo XIX, es evidente que sus precursores, a cuya cabeza está Robreño, no realizaron obra verdaderamente artística, destinada sólo a excitar el espíritu público con sátiras de tendencias republicanas o a divertirle con más o menos honestidad invitándole a descansar del rudo trabajo de todos los días. Por esto es que en la época primitiva de ese Teatro, la nota característica es la comicidad, lo satírico confundiendo con lo grotesco, lo plebeyo mostrado con palabras de *caló*, que el público, afanoso de ver y oír en las tablas una parte de sí mismo, la que más se prestaba a la risa y a la broma pesada, a la parodia y al sainete burdo, acogía con regocijo y frenéticos aplausos. Empezaba a resarcirse de los períodos anteriores de miseria y melancolía la Barcelona de los menestrales, que entraba a recoger los primeros frutos de la patriótica labor de la junta de fabricantes, culminada con más de medio siglo de organización y tenacidad en la Exposición Universal de 1888.

Fué entonces que Federico Soler llegó a la cima de su gloria: el Ayuntamiento le nombró hijo adoptivo de la población; se celebró en su honor una gran fiesta en Hostalrich, colocándose una lápida conmemorativa en la casa donde escribió su primer drama; y la Real Academia Española acordó unánimemente adjudicarle por su obra *Batalla de Reinas*, el premio destinado a la mejor producción teatral de 1887. Toda Cataluña recibió con enorme satisfacción tales demostraciones de admiración y afecto, porque este autor, por encima de sus precursores, le había proporcionado con sus obras, pertenecientes a todos los géneros teatrales, las horas más gratas a su espíritu, tanto cuando le hacía reír a carcajada batiente, como al arrancarle verdaderas lágrimas de emoción.

Pocas veces un escritor ha coincidido con su público como

le aconteció a Federico Soler. Hijo del pueblo, huérfano a los pocos años de edad, a los nueve entraba de aprendiz en un taller de relojero. Circunstancias especiales—entre ellas la existencia de sociedades particulares de aficionados—hicieron que un día tuviera que escribir un capricho escénico *La cinta carmesí* (cuyo original se perdió), y en vista del buen éxito familiar, diríamos, escribió luego *La butifarra de la Llibertat* y *Les píldoras de Holloway*, composiciones disparatadas y grotescas. Con todo, y precisamente por esto, la noticia del triunfo del joven relojero cundió por todas las sociedades, de las cuales había una en cada barrio, hasta que, representada *L'Esquella de la Torratxa* ante varios actores, entre ellos el célebre León Fontova, se convino en llevarla a las tablas de un teatro público. Federico Soler impuso un seudónimo *Serafi Pitarra*, temeroso de un fracaso. Fué todo lo contrario, y era lógico que así sucediera, aunque ahora pueda parecernos absurdo.

Tratábase de los años que siguieron a la guerra de 1859, cuando el ejército del general O'Donnell volvió de Marruecos triunfante de las kabilas moras. Corrió por toda la península un viento de entusiasmo, romanticismo y vanidad, que penetró la literatura castellana, sobre todo la más querida del público, la teatral. En todos los escenarios eran declamados dramas de capa y espada, resonantes, hinchados y truculentos. El primer galán salía del teatro con la garganta deshecha; la primera actriz con el pañuelo empapado de lágrimas. La nota característica era lo sentimental y lo patriótico. En Barcelona halló la musa Melpómene su contrafigura, su reacción, la *gata*, sociedad de pura broma, carcajada limpia y jolgorio corrido. La cuestión era parodiar todas las obras que derretían emocionalmente al buen público. De aquí los primeros sainetes de Federico Soler, que ridiculizaban todos los personajes, todas las escenas de los dramas que más conmovían a las gentes. *L'Esquella de la Torratxa*, parodia de *La Campana de la Almudaina*, del mallorquín Palou y Coll, fué la producción reveladora del genio dramático de *Serafi Pitarra*. El público lo aplaudió a rabiarse la noche del 24 de febrero de 1864 en el Teatro Odeón. Quedaba fundado el actual teatro catalán.

Dos años después se inaugura una sala de espectáculos titulada *Teatre Cataló* con el estreno del drama serio *Les joies de la Roser*, del mismo Pitarra, que ya había realizado su evo-

lución. Quién compare las parodias, sainetes de una factura grotesca,—a veces de una grosería repugnante—y su primera producción que ya puede calificarse de literaria, habrá de reconocer forzosamente un enorme, casi incomprensible progreso, en la espiritualidad de Federico Soler. Con este motivo, Cataluña puede contar con autores, actores y público. De entonces en adelante *Les joies de la Roser* será la obra obligada para iniciar toda temporada de teatro catalán.

A los quince años el notable crítico José Ixart daba una impresión sintética de lo que había sido el teatro indígena: “Verdad, observación, naturalismo, en el modo de estudiar y presentar los caracteres; falta de idealización dramática poderosa; escasez de personajes de superior relieve, encarnación de una gran idea o un sentimiento extraordinario; convencionalismos en algunos casos, vulgarismo en otros. Todas las clases sociales han sido estudiadas, con predilección la menestrala y la campesina, obedeciendo a las condiciones propias de todo teatro provinciano”. Así, creo, en todas partes.

Y de esa mediocridad no hubiese pasado evidentemente el teatro catalán sin la aparición ruidosa del gran trágico Angel Guimerá. Su primer estreno, *Gala Placidia*, se efectuó el año 1879 y el segundo, *Judith de Welp*, el 84. Ante la producción escénica de tan eminente dramaturgo, Menéndez y Pelayo se muestra pasmado celebrando la maravillosa pureza plástica de su poesía, toda ella imagen; imágenes que viven de una manera enérgica, obteniendo en sus obras grandes efectos con el empleo de medios poco complicados. Un crítico del período guimeriano ha resumido sus impresiones con estas palabras: “Guimerá es el poeta viril y poderoso, de imagen cálida, que con frases deslumbrantes y con estrofas de fuego evoca figuras heroicas y revive gestos inmortales o traza cuadros apocalípticos y flagela con infamantes estigmas los personajes dignos de oprobio; pero es también el poeta de las intimidades exquisitas y jamás el dolor ha arrancado del alma palabras más tiernas que las dedicadas por él a la muerte de su madre. No ha conocido otra ley poética que su fantasía y su buen gusto, ni se ha hecho esclavo de ninguna convención ni artificio. Es el creador de un teatro vibrante, enérgico, ora rudo, ora dulcísimo, frecuentemente iluminado por fulgores geniales, por el que pasan figuras de todas las épocas, más presentidas que es-

tudiadas, visiones históricas, inexactas en los accesorios, pero sustancialmente ciertas, y, más que todo esto, escenas de la vida actual sorprendidas en las entrañas de la realidad. misterios de las pasiones humanas, descubiertas por una observación portentosa y cuadros de bajeza o de miseria aviados con el caudal de alta poesía. teatro tejido con diálogos maravillosos, a veces rebosantes de gracia y donaires, a veces sacudido por unas frases que parecen latigazos, teatro que ha conseguido conmover a todos los públicos del mundo y en el cual un manto de piedad parece abrigar a los descarriados, a los perdidos y a los pecadores, y una fuente de compasión parece sonreír a los pobres, a los humildes, a los débiles y a los infantes”.

No constituyen estas palabras los elogios más significativos consagrados a Guimerá. Cuando *Mar y Cel* fué representado en Madrid por Rafael Calvo, Tamayo, sorprendido, exclamó: “Cuidado con los catalanes, porque extienden el vuelo a gran altura y si no les cortamos las alas, no podremos seguirles”. La crítica madrileña no dejó de citar, para empequeñecer la tragedia guimeriana, *Otelo y Julieta* y *Romco*, de Shakespeare. *Zaira*, de Voltaire. *Los bandidos*, de Schiller. *Conrad*, de Lord Byron y *Hernani*, de Victor Hugo. A tanto dios literario tuvieron que recurrir para oscurecer el nombre aureolado, de Angel Guimerá.

A los pocos años, por la brecha que abrió el autor de *Terra baixa* en la batería teatral de Federico Soler, que a pesar de sus obras serias entre las que sobresalen algunas excelentes, nunca dejó de sentirse de origen plebeyo, literariamente hablando, penetraron corrientes modernas en forma de actores extranjeros que mostraban predilección por Barcelona, y de traducciones de los mejores dramas de la novísima Europa. Alrededor de revistas de cuño renovador formábanse grupos de jóvenes que bregaban por ideales superiores, mostrándose enérgicamente agresivos contra una sociedad educada en la grosería, el mal gusto, la facilidad y un sentimentalismo burgués.

Fruto del nuevo idealismo artístico fué Ignacio Iglesias, a quien Maragall llamó poeta de los humildes. Como Federico Soler, también Iglesias es hijo del pueblo y trabajador desde su más corta edad. Pero les separa una diferencia radical: el primero nació en el arte sin ningún propósito, le moldearon las

circunstancias; el segundo lanzóse a la vida literaria con el afán de luchar por un arte nuevo y en favor de las clases populares. Soler, desde el primer día, halagó a su público, y así lo hizo siempre. Iglesias entró en la liza para enderezar el gusto de sus contemporáneos, y en batalla ruda y tesonera ha conquistado toda su gloria. En la trinchera permanece arma al brazo.

Bien es verdad que entre el teatro primitivo de Soler y el teatro consciente de Iglesias ha de señalarse la benéfica y fecunda labor de buen número de autores que sin haber obtenido triunfos definitivos, contribuyeron eficazmente a la preparación del campo donde había de hallar buena sementera la simiente de los modernistas. Entre los escritores de la transición es justo citar a Feliu y Codina, Vidal y Valenciano, Roca y Roca, Riera y Bertrán, Alberto Llanas, Vilanova, Pin y Soler, de los cuales se recuerdan obras de éxito ruidoso, que pusieron de relieve críticos tan eminentes como José Ixart y Juan Sardá, que en aquellos días imponían su criterio artístico.

El final del siglo XIX estaba así dispuesto—con la producción romántica de Guimerá y con la modernista (calificativo de guerra) de Iglesias, — para que surgiera Adrián Gual que empezó por preparar los elementos que habían de dar plasticidad a sus concepciones escénicas. De aquí la institución que se hizo célebre con el nombre de *Teatre Intim*. En él se tuvo por norte la idea de Mallarmé: toda representación debe ser una fiesta, un espectáculo de arte exquisito, sin concesiones al *gros public*, sin convencionalismos ni egoísmos de empresa, desterrados todos los caprichos y vanidades de los actores. Anunciado el propósito, surge inmediatamente ante la vista el cúmulo de dificultades que habían de cerrar el camino a los propósitos de Gual. Y bien; Gual las venció todas. El *Teatre Intim* constituirá siempre para Cataluña una gloria. Sus representaciones eran regalo para el espíritu en arte, en distinción social, en *metier*, en suntuosidad y pulcritud. Su ejecutoria es de las más brillantes.

Para ejemplo de otros teatros de países nuevos, como lo es Cataluña en su actual resurgimiento, permítaseme dar un resumen de su notable labor.

El *Teatre Intim* celebró su primera sesión en 15 de enero de 1898, representándose *Silenci*, de Gual y leyendo el insigne Maragall el prólogo de la obra. Meses después se representó en

los jardines deliciosos del aristocrático Laberinto la tragedia *Ifigenia a Taurida*, de Goethe, traducida por Maragall. Al año se puso en escena por primera vez en España, *Interior*, de Maeterlinck y se estrenó *L'alegría que passa*, de Rusiñol, *Blancaflor* y *La culpable*, de Gual. En la siguiente temporada se hizo una representación de *Espéctres*, de Ibsen.

El 10 de marzo de 1903, representación memorable de la tragedia de Sófocles *Edip Rei* y de la comedia de Molière *El casament per forsa*.

El *Teatre Intim* se iba imponiendo. En 1903 dió las primeras representaciones de estas obras: *El barber de Sevilla*, de Beaumarchais; *La festa dels reis*, de Shakespeare; *Els teixidors de Silesia*, de Hauptmann; *Margarideta* (escenas de *Faust*) y *Eridon i Emina*, de Goethe (trad. de Maragall); *Prometeu encadenat*, de Eskilo; *L'ordinari Henschel*, de Hauptmann; *L'Avar*, de Mollière; *Joan Gabriel Borkman*, de Ibsen; *Cassius i Helena*, de E. Güell; *Torquemada en el foc*, de Pérez Galdós y *Misteri de dolor*, de Gual.

En 1907 se estrenó *Barateria*, de Londe y Forestier; *Pel de panotxa*, de Jules Renard; *La ma de mico*, de W. V. Jacobs; *La Llantia de l'odi*, de D'Annunzio; *La victoria dels filisteus*, de H. A. Jones, y *La campana submergida*, de Hauptmann.

En 1908 se puso en escena *La vida pública*, de E. Fabre; *El somni d'una nit d'estiu*, de Shakespeare, con ilustraciones musicales, a gran orquesta, de Mendelshon; *La dama enamorada*, de Puig y Ferrater, y *Foc nou*, de Ignacio Iglesias.

La última temporada del *Teatre Intim* se celebró en 1914. Entre sus diversas representaciones cuéntanse los estrenos de *La comedia extraordinaria de l'home que va perdre el temps*, de Gual; *Kaatje*, de Paul Spaak; *El preferit*, de D. y V. Corominas Prats; *L'arma*, de Rusiñol y Burgas; *Arlequí vividor*, de Gual, y una audición de *Ifigenia*, de Goethe, con improvisaciones al piano del malogrado Enrique Granados.

He citado dos nombres entre los pocos catalanes cuyas obras interpretaron los cómicos del *Teatre Intim*: Santiago Rusiñol y Juan Puig y Ferrater. Son los dos autores de más relieve en la actual escena catalana; el primero porque se adapta escrupulosamente al gusto, a veces pésimo gusto, del pú-

blico informe; el segundo porque es el predilecto de la *élite* catalana, los refinados de cada esfera social.

Santiago Rusiñol, fuera de su genial producción *L'alegría que passa*, escrita sólo para el libro, y de algunas de sus obras de sainete, viene directamente, con más o menos ilustración, de los autores primitivos, *pitarrca* mucho. Puig y Ferrer es hijo natural y legítimo de la tercera etapa teatral, con mucha base europea. Es el dramaturgo que mejor ha interpretado la modernidad escénica del novecentismo. Sus influencias europeas provienen de Ibsen, Zola, Gorki y Strindberg, tanto por la visión moral del mundo como por la manera sólida de construir las obras.

Entre los autores que comparten la gloria de continuar el desarrollo ascendente del Teatro Catalán, han de citarse los señores Pous y Pagés, Creuhet, Folch y Torres, Morató, Artis, Vallmitjana, Burgas, Corominas Prats y Sagarra.

En estos últimos años sobresale la figura del joven Ambrosio Carrión, que ha enriquecido la literatura dramática catalana con un valor nuevo, cuyo manantial hallaríamos en la tragedia griega. Ha bebido en la Castalia helénica sus producciones *Tribut al mar*, *Periandre*, *Clitemnestra*, *Les Danaides* y *L'Estatua d'or*. Ha rendido homenaje a la fe cristiana con sus obras *El Fill de Crist*, *La filla del rei Nathan* y *El misteri de Nostra Dona de les Roses*. Ha estudiado la lucha intensa de las vidas atormentadas con sus tragedias *Epitalami*, *El mal traquer*, *La novia negra* (que constituye la trilogía *La Sort*, que ahora acaba de ser puesta en música por un compositor catalán y estrenada con éxito) y *Cap de flames*.

Por este autor refinado, que precedieron Gual y Puig y Ferrer, han penetrado en las tablas catalanas los primeros rayos de la Aurora europea, anunciada por Nietzsche. La renovación de autores, actores y público seleccionados por una nueva espiritualidad ya permite juzgar severamente la obra teatral de Cataluña y afirmar con fe en el presente y honda esperanza en el porvenir, que nos deja entrever una juventud bien preparada y enardecida. Cataluña empieza ahora a poseer un teatro de intercambio europeo.

Quiero hacer notar, con intención de enseñanza para quien me lea, que en la evolución progresiva del teatro catalán y, principalmente en la afirmación actual, ha tomado buena par-

te, parte de suma eficacia, la crítica. Desde que se inició la dramática en Barcelona nunca han faltado críticos eminentes que han luchado en favor del mejoramiento de la producción. Ya en tiempo de Federico Soler, cuando el público se mostraba más orgulloso con su autor predilecto, los pocos literatos levantaban su voz para la protesta y la indignación. Apenas surgido Angel Guimerá, el rival de *Pitarra* halló apoyo decidido en José Ixart, Juan Sardá y Ramón D. Perés. Más tarde ampararon a los modernistas los grupos formados en torno de las revistas *Juventut* y *Pel i Ploma*, y actualmente aprovechan toda ocasión para señalar los nuevos derroteros de la *Estética* teatral las plumas exquisitas del periódico *La Revista* que escriben los jóvenes que se iniciaron en la vida literaria desde las páginas de mi *Cataluña*; donde ya entonces reclamábamos arte puro, arte desinteresado, arte de eternidad. Y son estos agentes de reacción los que en todas partes consiguen la victoria. Lo fundamental es que los haya. Constituyen el foco irreductible en la conciencia colectiva que se ha dejado invadir por el mal gusto, por el sensualismo. El teatro catalán ha seguido el buen camino en cada período de desorientación merced a los fagocitos de la buena crítica.

J. TORRENDELL.

FILOSOFIA Y PSICOLOGIA

Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía por José Ingenieros (III. tomo de 149 páginas. Editor Rosso). — Buenos Aires. 1918.

Con motivo de su designación de académico de la Facultad de Filosofía y Letras, Ingenieros ha escrito las *Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía*, el primer trabajo de índole filosófica que publica. La evolución de Ingenieros hacia la filosofía no nos sorprende. Algunos de sus escritos anteriores dejaban traslucirla. Llega Ingenieros a la filosofía en la plenitud de su vigor mental y después de haber cultivado con brillo y amplitud la psicología.

Algunas de las proposiciones formuladas por Ingenieros no provocarán mayor discusión. Por ejemplo, la referente a un lenguaje filosófico más preciso, necesidad sentida desde largo tiempo atrás y sobre el cual insistiera otrora Leibnitz. Muchos suscribirían lo que Ingenieros llama "la hipocresía de los filósofos". Opinamos, sin embargo, que sería más exacto decir "la hipocresía de *algunos* filósofos" porque otros han empleado, indudablemente, un lenguaje desprovisto de rodeos y anfibologías, sin temer las últimas consecuencias de los sistemas que preconizaran. La hipocresía es indiscutible en algunos grandes filósofos. De nuestra parte, hemos observado que las escuelas filosóficas más francas son las más odiadas, a veces con evidente injusticia, lo que demuestra la vitalidad de la hipocresía entre los humanos. Sirviéndonos de las recientes exégesis filosóficas hallamos en escuelas como la de los sofistas, la cínica, la epicúrea y entre las modernas el sistema de Hobbes, al lado de proposiciones muy discutibles y algunas hasta disparatadas, un núcleo altamente estimable de verdades incontrovertibles.

Solamente creemos justo el calificativo de hipócritas a

los filósofos que disimulan algunos postulados y conclusiones lógicas de sus sistemas. Aún así no podemos olvidarnos que más de un filósofo fué obscuro y contradictorio a pesar suyo: desde antes de Sócrates la libertad de pensamiento ha sido martirizada y al parecer no a todos los filósofos les agradaba la copa de cicuta o sufrir los fuegos de la inquisición. En pleno siglo XVIII, Helvecio fué perseguido por haberse aventurado en filosofía a internarse más allá que Voltaire, Rousseau y Diderot. Respecto a las demás proposiciones sostenidas por Ingenieros serán aceptadas con complacencia por unos y airadamente rechazadas por otros mientras perduren las dos tendencias seculares que arrancan de Sócrates y personifican Platón y Aristóteles. ¿Se conciliarán alguna vez? Lo dudamos. Sería menester, para ello, que todos los metafísicos se contentaran con las respuestas menos inseguras, si bien siempre provisionales, de las conjeturas científicas, renunciando a inquirir contestaciones absolutas acerca de lo absoluto. Para los espiritualistas ello importaría una abdicación.

Pero en filosofía la investigación desinteresada de la verdad es, con frecuencia, enmascarada por prejuicios e intereses; su evolución futura está, en cierto grado, condicionada por la evolución colectiva. Y dentro del sistema de ideas que, a atenerse a las previsiones más legítimas gobernarán el mundo, no parece haya ancho espacio reservado al espiritualismo. Entonces, las barreras levantadas entre ciencias naturales y ciencias del espíritu desaparecerán. Para la generalidad de los filósofos, probablemente, la metafísica será el sistema de hipótesis acerca de los problemas inexperenciales, deducidas de los conocimientos científicos — como define Ingenieros, de acuerdo con toda una escuela filosófica.— Y la moral, como soñara Helvecio, acaso adquirará la precisión de la física experimental.

Nos parece indudable que únicamente lo conocido puede proyectar alguna claridad sobre lo desconocido; la ciencia es la antorcha capaz de alumbrar los oscuros dominios de la metafísica. Con ser intensa su lumbre sólo alcanza a iluminar una faja del tenaz misterio. El continuo acrecentamiento de la potencia lumínica de la antorcha aumentará la superficie clara. Más fuera su poder la del mismo Sol y subsistirían dilatadas zonas donde apenas penetraría algún desmayado rayo de luz. Refugiándose en ella, el metafísico de lo absoluto, magüer su propia metafísica no alumbre lo que un humilde fósforo, repe-

tirá su ociosa pregunta. Y el escéptico, con la sonrisa en los labios, abroquelado tras el tercero y el cuarto tropo de Agripa, demandará serenamente ¿conocemos la íntima esencia de las cosas y del Universo? Las hipótesis ¿demuestran algo? En la aceptación de toda filosofía habrá siempre, pues, un margen — posiblemente cada vez más reducido, — pero no completamente irreductible — de creencia, de subjetivismo, de fe intelectual. En su construcción, en cambio, concebimos la posibilidad de eliminar todo lo subjetivo.

Por último, pensamos — a diferencia de Ingenieros — que el renacimiento de la filosofía ha formulado algo más que sus primeros balbuceos. No obstante ser un tanto caótica y anarquizada, la filosofía ha recorrido un buen trecho. desde Leonardo, Bacon y Descartes, hasta Wundt y Ardigó. Claro está que cuando se desembarace de las causales que traban su paso, recordadas por Ingenieros, acelerará su progreso. Pocas de ellas tan importantes como la de no esclavizarse al pensamiento filosófico del pasado e intentar superarlo. Se dispone al efecto, de una experiencia incomparablemente más vasta y profunda. Y atravesamos una época en que todas las cosas, incluso la filosofía, sometidas a una severísima revisión, sufren o sufrirán transformaciones fundamentales.

Por lo demoledor y característico este discurso recuerda a "*Los filósofos del siglo XIX*" de Taine y "*El crepúsculo de los filósofos*" de Papini. Su eficacia hubiera sido mucho mayor si fuera más analítico, como lo son las obras de Taine y Papini, aunque la de este último es desigual. La parte constructiva, apenas esbozada, nos parece más consistente. Pero un juicio definitivo sobre el particular solo podrá formularse el día en que Ingenieros nos brinde una obra personal y completa de filosofía.

La Ciencia y la Metafísica por *Carlos Gagini*. (un folleto de 58 páginas. Biblioteca Renovación. Editores: Falcó y Borrásé). — San José, Costa Rica, 1918.

El distinguido profesor centroamericano señor Gagini se propone con esta publicación interesar a la juventud de Costa Rica por el estudio de la ciencia, de la cual hace una sólida y entusiasta defensa y a la que entona un verdadero salmo.

La posesión filosófica del señor Gagini es genuinamente positivista: postula la inutilidad de la metafísica. "La metafí-

sica — dice — no es más que la poesía aplicada a la ciencia: es la imaginación empleada en lugar de la observación y del análisis; es la afirmación autoritaria de lo que **debe ser**, sin tener en cuenta lo **que es**. Empleando un símil vulgar, puede decirse que la labor del metafísico es como la del sastre que corta un traje sin conocer al parroquiano y se empeña después en que le ha de quedar a la medida, cuando es más racional y seguro proceder a la inversa”.

El señor Gagini cita entre los hombres de ciencia a Tales de Mileto, Anaximandro, Heráclito, Empédocles, Anaxágoras, Demócrito y Epicuro, quienes, evidentemente, hicieron metafísica, los más metafísica científica. Luego hay una metafísica que sin fundarse rigurosamente en hechos — en este caso sería ciencia — es como una prolongación de los hechos comprobados, o más seguros.

Algunas de las interpretaciones de historia de la filosofía del señor Gagini, singularmente la referente a la filosofía socrática — por otra parte se trata de la interpretación más generalizada — nos parecen un tanto erróneas, o por lo menos muy discutibles.

Con todo la juventud de Costa Rica encontrará en el folleto del profesor Gagini una lectura útil, instructiva y que invita a meditar.

La crisis de la pubertad y sus consecuencias pedagógicas, por Victor Mercante (un volumen de 437 pág. Cabaut y Cia., 1918.)

La crisis de la pubertad es un alegato científico — el más serio, el más completo, el mejor documentado—escrito en defensa y justificación de la Escuela Intermedia. Podría alegarse que viene un poco tarde, después de la supresión de aquel organismo escolar, creado por un simple decreto, en las postrimerías del anterior período presidencial. Pero el profesor Mercante advierte que ha colaborado muy activamente en la elaboración del proyecto. Además, no cree en su fracaso definitivo. Si encontró un ambiente hostil es debido a que la opinión pública no fué preparada. Sus bases son tan sólidas que tarde o temprano será reparado el error cometido y la Escuela Intermedia, en una u otra forma, retornará, prestigiada por la Ciencia.

La Escuela Intermedia, según el profesor Mercante, es una creación pedagógica que se amolda maravillosamente a la psicolo-

gía del educando, en ese momento crítico de la pubertad, en que la personalidad del niño, en vías de transformarse en adolescente, sufre una verdadera revolución y define sus inclinaciones más perdurables. Suele padecer el niño, en período tan delicado, “una especie de cretinismo transitorio”. Experimenta “un extraordinario crecimiento físico” correlativamente con “un extraordinario debilitamiento mental”. Le llaman nuevos motivos, le impulsan nuevos intereses. Su actividad predominante es muscular, no cerebral.

A una etapa tan especial de la vida, corresponde, lógicamente, un sistema educacional propio, peculiar, tendiente a consolidar la fortaleza física y brindar un descanso al cerebro del escolar, objetivos colmados con la enseñanza de las manualidades, realizada en convivencia con la Naturaleza, su hermana protectora. Las aptitudes intelectuales son patrimonio de una minoría de niños: éstos deberán seguir estudios universitarios. Pero los más poseen aptitudes para aprender un oficio: y la Escuela Intermedia les da la oportunidad de ensayarlas y desenvolverlas. Cuando la abandonan salen armados para la dura lucha por la existencia.

Comencemos, ahora, nuestra crítica. De buen grado aceptamos que el régimen educacional está plagado de defectos, de rutinas, de anacronismos, que imponen su total reconstrucción. Comprobamos, diariamente, que la vocación del educando no se respeta para nada en nuestros días. Entendemos que la enseñanza profesional, agrícola, comercial e industrial, deben extenderse mucho más y que la escuela requiere la pérdida de ese lastre de sequedad, de verbalismo y de autoritarismo que traban su eficiencia. Y aun así, edificar toda una institución escolar para la enseñanza de las manualidades, ¿no es una exageración? ¿No significa estrechar increíblemente los horizontes educacionales? El parcelamiento de labores y las costosas maquinarias modernas excluyen la posibilidad de aprender en la escuela oficios muy difundidos, que en la fábrica o en el taller se aprenden con facilidad. Además, lo que el obrero o el futuro obrero necesita es una educación general suficiente para permitirle adaptarse a las modificaciones técnicas y sociales acarreadas por el progreso, comprender la polarización y orientación de las fuerzas históricas y posesionarse plenamente del papel que juega en la vida. Este programa no era llenado sino dificultado por la Escuela Intermedia. Por otra parte, diríase que la Escuela Intermedia tuviera prisa por

arrojar a la fábrica a las generaciones de niños de catorce años en lugar de retenerlo en las aulas por más tiempo. Una estadística del Ministerio de Instrucción Pública de los Estados Unidos ratifica experimentalmente lo que venimos diciendo. Establece que los niños que se educan e instruyen públicamente hasta los 14 años perciben en los primeros once años de trabajo un salario de 3.138 dólares, mientras que los jóvenes que se educan e instruyen en un establecimiento del Estado hasta los 18 años, reciben 4.916 dólares en sólo siete años.

El señor Mercante reconoce que cierta proporción de niños atraviesan la pubertad sin padecer la crisis psicológica y moral. En lo que se refiere a los restantes niños nos parece que el autor ha acentuado las tintas. El "cretinismo transitorio" a que se refiere, es muy excepcional y el déficit intelectual mucho menos acentuado. Las aptitudes intelectuales medias permiten al niño llegar más allá de la Escuela Intermedia. Si fracasa, se debe, en gran parte, no a falta de capacidad, sino al pésimo sistema pedagógico en vigor. De lo contrario, ¿cómo explicar el afán del obrero por instruirse y las reclamaciones enérgicas y simultáneas en todas partes para que las Universidades abandonen su aristocrático aislamiento, se pongan en contacto más directo con la sociedad y abran sus puertas a los millones de hombres deseosos de aprender?

En las escuelas y colegios nacionales del interior y capitales de provincia podrían dedicarse varias horas semanales a la enseñanza experimental de la agricultura. En la Capital Federal y Rosario a la enseñanza manual e industrial. En todas partes, más teneduría y contabilidad y, sobre todo, uno o dos idiomas, a elección del alumno.

Lo principal no es que el alumno al abandonar la escuela posea un oficio, que las necesidades le obligarán a aprender. Lo principal es armonizar el trabajo manual con el intelectual, quebrantar la antipatía y el desprecio que en nuestro medio se siente por el trabajo muscular, hacer sentir en carne propia la nobleza y la dignidad del trabajo productor.

El señor Mercante, absorbido por el aspecto educacional de la cuestión, no repara que la escuela intermedia era una escuela que obedecía a principios políticos del más rancio aristocratismo, a estilo de los que fué abanderado en el imperio inglés Wakefield, principios que parece han informado toda la actuación del

ministro que creó la escuela intermedia. Postulándose, con Wakefield, que no hay civilización posible sin dos clases: una dirigente y rica y otra dirigida y asalariada, conclúyese que son indispensables dos tipos de educación: una para los dirigidos, otro para los dirigentes. Dentro de esta concepción — que no se ha puesto suficientemente de relieve en los debates promovidos por la escuela intermedia — ésta sería *la escuela del proletariado*, suministraría los futuros artesanos y dactilógrafos, mientras que las Universidades, *institución de los ricos*, plasmarían los futuros dirigentes de la nación, extraídos de entre los hombres de pro. En otros términos: la escuela intermedia constituía un mecanismo nuevo destinado a diferenciar más aún las clases sociales, dificultando el acceso de las clases desposeídas a las instituciones de cultura superior, convertidas en privilegio de las clases acomodadas. Casi seguro no es ese el objetivo del profesor Mercante al salir con tanto entusiasmo a bregar por una escuela desmoronada al nacer. Pero esos serían los resultados a que conduciría y bien podría constituir el ideal de políticos poseídos por prejuicios de apellido y de linaje social y que jerarquizan a los hombres según la cantidad de sangre azul que les atribuyen llevan en sus venas.

Hay en esta obra del profesor Mercante algunas observaciones muy interesantes, fruto de una larga experiencia de educador y páginas dignas de conocerse. En resumen: la crisis de la escuela intermedia merece esta otra: *Crisis de la pubertad*. La defensa vale más que la causa defendida.

ALBERTO PALCOS

CRONICA DE ARTE

Exposición Alfredo A. Carman.

Posee Alfredo A. Carman, cuya exposición acaba recientemente de clausurarse, un indiscutible temperamento artístico que, unido a una gran laboriosidad y afición al estudio, le conducirá, en un futuro cercano, a la realización de sus ideales estéticos.

En un futuro cercano, decimos, porque creemos, sinceramente, que este pintor argentino, a pesar de las muchas e interesantes obras que de él conocemos, no ha realizado todavía aquella que espera el arte y la crítica para consagrarlo como a un artista completo y acabado. Pero nos complacemos en reconocerle cualidades poco comunes que con un dominio más preciso de la técnica le capacitarán para producir bellos y valiosos cuadros de mérito innegable.

Dos tendencias, fáciles de notar, pero ninguna claramente definida, caracterizan hasta ahora la obra de este pintor. Una de ellas, la menos interesante, hállese representada por una serie de apuntes de nuestros paisajes suburbanos, escasos de emoción y de personalidad. Son muchas más o menos bien terminadas, en las cuales el artista se ha limitado a copiar fríamente algunas vistas de los alrededores de nuestra metrópoli, sin que en su interpretación haya puesto sentimiento alguno.

No es esta manera la que más nos interesa, si bien es la que aparece expuesta en mayor número de cuadros, sino aquella donde se advierte una nueva tendencia hacia la cual, no lo dudamos, veremos encaminada la nueva orientación artística de este pintor.

Alfredo Carman, hállese ahora en un momento de prove-

chosa transición. Ha comenzado por ahondar un poco más en la naturaleza, comprendiendo mejor el paisaje y descubriendo en éste nuevas fases de mayor belleza; ha afinado su sensibilidad en una forma que ya promete dar inefables frutos de verdadera emoción y su visión pictórica, más sutilizada por una constante contemplación de la natura, hállase ahora mejor preparada para encontrar riquezas de colorido en el mismo árbol o en el mismo cielo, que antes se presentaban fríos e inertes ante sus ojos poco adiestrados.

“La loma de los talas” y “La nube roja”, son quizás las telas que con más amplitud caracterizan la nueva orientación de Carman. En éstas se revela una verdadera visión de colorista, no muy ajustada aún a la naturaleza, por razones de técnica, pero que desde ya demuestra en quien la ha trasladado a la tela, un temperamento sensible al color y un espíritu apto para penetrar en el alma del paisaje.

Enamorado del color con que la naturaleza se viste en las horas crepusculares, Carman prefiere, para sus cuadros, los últimos momentos de la tarde. Éstos le brindan mayores recursos para desarrollar sobre la tela sus fantasías de colorista que, si bien, en la mayoría de los casos, se separa en absoluto del natural, logra en otros sorprendentes efectos de un valor decorativo muy apreciable.

No demuestra el señor Carman haber estudiado con eficaces resultados el arte de componer sus paisajes. En muchas de sus telas el tema pierde todo su interés y la ejecución, por más habilidad que en ella haya desplegado su autor, no consigue borrar el efecto que ha causado esa composición pobre y fría, que acusa una mala elección del tema pictórico o una precaria imaginación de artista.

Creemos que las obras que en conjunto componían esta primera exposición de Carman, han sido realizadas bajo el impulso de vehementes y leales deseos de exteriorizar los sentimientos artísticos de este pintor; pero se nos antoja, también, que estas obras que nos ocupan, no han sido debidamente estudiadas ni meditadas, por lo que sólo representan un esfuerzo muy plausible, revelador de un temperamento capaz de producir con el tiempo obra que aquilate y dignifique el arte nacional.

Exposición Chinchella Martín.

Pocos pintores hay, entre los que forman el ya extenso núcleo de nuestros artistas, que como Chinchella Martín se hayan dedicado, con tanto tesón y entusiasmo, a trasladar a la tela escenas y paisajes de nuestro puerto.

Este marinista, que hace pocos días reuniera sus cuadros en una exposición individual, ha logrado despertar franco interés en nuestros círculos artísticos, por cuanto se inicia, con la obra de este joven pintor, una tendencia que sin ser nueva entre nosotros, nunca tuvo el número de cultores que merece, tratándose de una manifestación de arte sana y bellamente orientada.

No nos hallamos capacitados para criticar la obra de este nuevo marinista, que tan arrogantemente se presenta en el campo del arte nacional, porque, estas telas que hace poco se exhibieran al público de esta capital son, según declaraciones de su propio autor, "simples impresiones del puerto y del Riachuelo". Cambia por lo tanto el carácter de esta exposición; pierde las pretensiones de una apoteosis de arte de la cual espera salir consagrado quien la realiza, y sólo queda una demostración de lo que es capaz de hacer un hombre que ama el arte y sabe descubrir el encanto de los viejos barcos acostados en la playa o amarrados a los murallones de nuestros diques.

No anda mal encaminado el artista aquel que en busca de fuertes impresiones de color, dirige sus pasos al puerto y planta su caballete a orillas del agua, ya sea a la sombra de los grandes elevadores de granos, ya bajo la quilla protectora de cualquier patacho, que en un improvisado astillero sufre las torturas de los calafates.

Aparecerá, ante los ojos del pintor, una inesperada algarabía de colores, de fuertes contrastes, o de gradaciones suaves, que la multitud de detalles, pequeños todos y casi todos artificiales, envuelven en una intensa vibración de luz, que el agua aumenta con sus reflejos. Allí, el color no recibe la caricia de los medios tonos; pasa del claro al oscuro en rápidas transiciones, en verdaderos fustazos de luz, quebrándose en los mástiles, en las jarcias, cortando en dos la gruesa chimenea, deformando, muchas veces, cosas y personas, que en ese

ambiente adquieren formas y actitudes que no habíamos advertido en otras partes.

Las impresiones de Chinchella Martín, juzgadas así, en conjunto, son un fiel reflejo de esos lugares donde la línea y el color se enredan y complican hasta lo inverosímil. Impresiones de conjunto, mejor sentidas que ejecutadas, éstas de Chinchella Martín logran, sin embargo, interesar a quien las contemple. Posee, su autor, una innegable sensación de armonía en el color, armonía que tiende a equilibrar las telas, haciendo olvidar, en muchos casos, la deplorable imperfección del dibujo.

Porque este marinista, si bien demuestra sentir el color y la forma, revela también una indiferencia casi absoluta en lo que se refiere a las leyes de dibujo, y con las cuales no se sabe que haya reñido artista alguno. Por eso, quizás, ciertos barcos de los que pinta el señor Martín, estudiados así, al detalle, descubren tales desproporciones o defectos en su construcción, que no podrían navegar jamás en esas aguas que, por cierto, están bien pintadas. Y es que no basta una honda y prolongada observación del tema que se va a pintar, si nos falta el dibujo. Chinchella Martín, familiarizado con nuestro puerto y los atributos que le hacen pintoresco, está capacitado para trasladar a la tela cualquier vista o escena de los diques o del Riachuelo, pero adolece de una pobreza de dibujo que, en más de una ocasión, le conduce a echar mano de "trucs" que la sinceridad artística condena.

No podemos analizar estas "impresiones" en detalle, sin que salte ante nuestros ojos las dificultades que a este artista se le presentan y que en la mayoría de los casos no puede salvar.

Ha habido, de parte de este joven pintor, demasiada premura en la realización de su obra. Falta estudio, estudio prolongado de esos temas que tanto le atraen y que, en muchos casos, permanecen ajenos a su manera de interpretarlos. El grueso empaste de que se sirve, no es siempre un recurso para producir bellos e impresionantes efectos de luz o sombra, sino que, en muchos casos, pareciera ocultar dificultades de técnica e inseguridades de línea. No creemos que el detalle deba primar por sobre el conjunto; pero pensamos que jamás se logrará armonía en el todo, si el detalle no ha sido es-

tudiado concienzudamente, no para reproducirlo, sino para conocerlo en todos sus valores con relación al conjunto.

Esos barcos que nos brinda Chinchella Martín, adolecen de visibles defectos de construcción, que nos hacen dudar de sus propiedades náuticas, y en los cuales jamás se nos ocurriría embarcarnos. Y sin embargo, como impresiones, tienen esas telas un apreciable valor; pero no es con simples bocetos o manchas, ejecutadas apresuradamente, con las que un artista abre su exposición esperando la sanción del público o el veredicto de la crítica. Obras meditadas, realizadas a conciencia y en las cuales su autor ha puesto todo el arte y sentimiento que posee, son las que debieran figurar en las exhibiciones que aquí se celebran. Hay entre los artistas de la nueva generación un inexplicable apuro por pintar, por pintar mucho, sin detenerse a pesar o medir la calidad de las obras; así, todos los años, se suceden, una tras otra, las exposiciones de arte en las que abundan las obras mediocres, algunas veces, pero malas casi siempre. El artista no se hace a fuerza de exposiciones, ni coleccionando artículos de elogio que la crítica amable y tolerante, prodiga a los cuatro vientos; se forma, eso sí, tras largos años de estudio y de trabajo, cultivando su espíritu y madurando su obra.

Salón Nacional de Artes Decorativas.

Un nuevo Salón Nacional, el de 'Artes Decorativas, recientemente inaugurado en el Retiro, viene a aumentar aportando un concurso inapreciable, el número de certámenes artísticos que anualmente se realizan en esta capital

No podemos menos de enorgullecernos al observar el admirable desarrollo de la cultura artística entre nosotros que se exterioriza en no menos de veinticinco o treinta exposiciones particulares todos los años y en la realización de varios Salones de arte.

Cuenta desde ya, nuestra vida artística, con magníficos exponentes de sus actividades: el Salón Nacional que auspicia el gobierno; el de pastelistas y acuarelistas; el llamado de "independientes"; el de arquitectura y ahora con el de Artes Decorativas, inaugurado con franco éxito la semana pasada.

Cerca de 300 obras han sido expuestas en las galerías de la comisión nacional de bellas artes, abarcando casi todas

las ramificaciones industriales donde es posible aplicar con beneficio las artes plásticas: muebles, tapicerías, cerámica, herrería, vitraux de arte, encuadernación, joyería y bellísimos proyectos de decorado de habitaciones y diseños de parques particulares o públicos, forman el atrayente conjunto de esta primera exposición de arte decorativa.

Gran empeño han puesto sus organizadores para que esta exhibición lograra el éxito que merece; y si bien el número de expositores no está en relación con el desarrollo artístico operado en los últimos tiempos entre nosotros, el interés que este certamen ha despertado en el público es considerable.

Como un ensayo de lo que a ese respecto puede realizarse en esta capital, el salón que nos ocupa merece nuestros sinceros plácemes. Tiende, en primer lugar, a llevar a conocimiento del público más de una nueva industria artística, cuya existencia ignoraban muchos, y que constituye un verdadero honor y orgullo para el país. Nos referimos, entre otras a los magníficos tejidos, que a costa de cruentos sacrificios, viene ejecutando el señor Onelli; a los cacharros indígenas, estilo precolombiano, verdaderas obras de arte y de documentación histórica que, con paciencia y gusto de verdaderos artífices, han realizado los señores Gerbino y Guido; a los cofres y banquetas que la señora de Casaubón, ha forjado o repujado, con un espíritu tan compenetrado en el arte antiguo que sorprende y encanta. Suzanne Simón, presenta una serie de encuadernaciones para libros que revelan un gusto exquisito y un dominio absoluto en el difícil arte del repujado. Hay, también, bellas muestras de cerámica, ejecutadas en el país y que en nada desmerecen a los ejemplares originales en los cuales se inspirara el artífice.

Llama gratamente la atención del visitante el gran número de objetos decorados con motivos aborígenes. Hay en el arte decorativo, tal cual se realiza entre nosotros, la noble tendencia a reproducir temas que ya llevaron el mismo propósito en América, en la época prehispánica.

Doquiera que el visitante dirija sus ojos, tropezarán éstos con dibujos o relieves calchaquíes. En el arte aborígen han hallado nuestros inteligentes decoradores una fuente inacabable de inspiración y de belleza.

Es siempre un suave descanso para el espíritu hallarse

ante atributos decorativos que no sean aquellos inspirados en fantasías orientales, falsos y de dudoso buen gusto. Escasean, por suerte, los sultanes y odaliscas; van desapareciendo los arabescos pseudo-orientales con que nuestros decoradores llenaban sus obras; hoy día, en cambio, el arte exquisito, misterioso de los primitivos hombres de América, vuelve a florecer, embellecido por la imaginación euroargentina del artifice moderno. Líneas rectas, siguiendo un ritmo geométrico, enredándose en figuras, de cuya simetría surge una cara construída en una forma única y original; matices negros, rojos y blancos, bordando alrededor de un cacharro signos que exteriorizan una alta concepción decorativa y ocultan quién sabe qué misterio de religión o de raza.

La parte reservada a la pintura decorativa y de ilustración, también está bien representada. Llamam la atención, en primer término, las ilustraciones ejecutadas por López Naguil, para "Diálogos olímpicos", libro de don Carlos Reyes, recientemente publicado.

En estas diez bellísimas acuarelas, como en todas las obras que de este artista ya conocemos, se revela el decorador consciente y el ilustrador de exquisito gusto.

Ya tienen los artistas y los que por afición cultivan el arte decorativo un nuevo salón donde exhibir sus obras, y en el cual hallarán el estímulo necesario para continuar esa labor que tanta importancia posee para el arte y la industria nacionales.

Artistas argentinos en el extranjero.

Noticias recibidas por el último correo, nos informan que entre los pocos artistas argentinos residentes en el extranjero, quedan aún algunos que a pesar de los inconvenientes provocados por la pasada guerra, continúan realizando su programa de estudios y aprovechando toda ocasión que se les presenta para hacer conocer al público europeo ciertas manifestaciones de arte argentino. Nos referimos a los señores Revello de Torre y Guillermo Butler, compatriotas nuestros y de cuyas obras la crítica española se ocupa con grandes elogios.

Sabemos que el señor de Torre se encuentra actualmente

en Andalucía, donde su personalidad artística parece ocupar un apreciable lugar en los círculos artísticos de Sevilla y de cuyas obras, óleos y aguafuertes, se han ocupado con interés la prensa de la península.

Guillermo Butler, hartamente conocido entre nosotros por los bellos cuadros que todos los años expusiera en nuestro Salón Nacional, vióse obligado, a causa de la guerra, a abandonar París, ciudad en que se hallaba perfeccionando sus estudios, y se trasladó a España donde actualmente vive. En Madrid, en el Círculo de Bellas Artes, celebró una exposición que obtuvo calurosos elogios de la crítica madrileña. Más tarde volvió a exponer sus cuadros en el Ateneo de dicha ciudad atrayendo aquellos gran número de visitantes.

Guillermo Butler, por su técnica completamente modernista y por su inspiración tan cristiana tan mística, tiene el don de agradar y desconcertar el mismo tiempo. No se comprende cómo un artista cuyo espíritu parece vagar por la oscura senda de un misticismo cristiano, como el que sintieran los antiguos maestros españoles, haya elegido, para exteriorizar sus emociones estéticas y religiosas, una técnica tan calculada y fría, que si bien refleja el vibrar de la luz y la diafanidad de la atmósfera, difícilmente logra penetrar en el alma de las cosas.

Y sin embargo, Butler consigue, valiéndose de tonos claros, en un divisionismo que el temple o la "gouache" hacen menos estridente, transmitir no poca emoción a quien contempla detenidamente sus cuadros. Recuerde, el lector, en la pequeña iglesia que hace tres años expusiera en nuestro Salón Nacional, esa gama rica y variada de tonalidades claras, divididos los colores en pequeños trozos, semejantes a mosaicos florentinos, pero que, gracias a la exquisita armonía de los matices equilibrados por una justeza de valores nada común, hacían de esta tela una obra plena de emoción y honda de sentimiento.

C. MUZZIO SÁENZ-PEÑA.

LIBROS VARIOS

Reflexiones sobre el ideal político de América, por *Saul Taborda*. — Córdoba, 1918.

La literatura sociológica y política cuenta en nuestro país con obras de valía. Casi diríamos que es el género en que más y mejor se ha producido. El señor Saul Taborda agrega un nuevo libro a la ya copiosa producción. *Reflexiones sobre el ideal político de América*, se llama esta obra de reciente publicación del joven y distinguido escritor. Con más precisión, diremos, que es un libro de sociología, de filosofía y de política. Lo forman quince capítulos nutridos de ideas y escritos en una prosa jugosa, aunque exuberante en exceso. Se trata en ellos de la "Enseñanza del positivismo", de "El Estado", "La justicia", "La política agraria", "La política docente", "Las instituciones eclesiásticas", "La moral", "La democracia americana", "El ideal político de la filosofía", "El programa de la democracia americana" y de "Rectificar a Europa".

El solo enunciado de las cuestiones que encara este libro, despierta el interés de su lectura, aunque la importancia que ellas tienen de por sí no nos permite entrar aquí en el análisis.

Nos parecen muy sabrosas e interesantes estas "reflexiones" del señor Taborda, que sustentan nuevas ideologías y que son las que orientan precisamente los ideales nuevos de la humanidad, que han de fructificar en América según lo quiere y piensa el autor y antes que él, no pocos pensadores y escritores desde Alberdi a esta parte.

Pero hay una circunstancia que debemos especialmente hacer resaltar. El señor Taborda vive y escribe en Córdoba. Y eso acaso podría ser un índice del progreso y arraigo de las ideas nuevas en el país.

Resaltan en el libro los capítulos dedicados a la política

agraria y a la política docente, por la buena doctrina que sustenta y las reflexiones que le merece el estado de tales cuestiones en nuestro país.

Sin embargo el señor Taborda teoriza demasiado a veces, lo que lo conduce a perderse en un mar de abstracciones, de teorías, de palabras, de citas, que lo llevan a conclusiones peregrinas y utópicas. Dijéranse más bien los ensueños de un poeta que las conclusiones de un sociólogo u hombre de derecho. Fuerza es reconocer que es necesario un criterio más objetivo para esta clase de estudios.

Hemos de discutir, en algo más, con el autor de este libro. Según él toda política proviene de la que llama "la escuela de Maquiavelo", vale decir, toda política es mala, y como consecuencia, todo político lo es también. "El desconocido autor del *Libro de los Jueces* — dice — nos ha dejado el apólogo de los árboles que resolvieron darse un rey". El olivo no quiso aceptar, por no abandonar el cuidado de su aceite, ni la higuera el de sus higos. Respuesta igual dieron todas las plantas productivas, sólo el cardo aceptó y se hizo rey. "Desde entonces — concluye sentenciosamente — la política es el gobierno de los cardos"... mas cabría responder al desconocido autor del apólogo y al señor Taborda, que con un poco más de desinterés y menos egoísmo del olivo y de la higuera, el cardo no hubiera sido rey.

Ni toda política es mala ni es bueno confundir política con politiquería, aunque en el momento actual argentino ambas cosas sean casi sinónimas; ésta aspira al poder por el poder mismo, aquella aspira al poder para realizar propósitos y resolver problemas colectivos.

Cuando los buenos dejen su egoísmo y se mezclen en las luchas de la política, ésta se habrá mejorado. Ciertamente que es más cómodo tener un menosprecio olímpico, a lo menos se está así a cubierto de las espinas de los cardos. Pero yo no sé en qué otra forma se ha de hacer la democracia que el autor augura para América, si no es labrándola en la lucha diaria. A menos que creamos en el milagro... — *Arturo de la Mota*.

Política social, por *Alejandro Ruzo*. — Buenos Aires, 1918.

Bajo este nombre acaba de dar a la publicidad un volumen de más de 300 páginas, el doctor Alejandro Ruzo. La cuestión

social, es decir, las luchas entre el capital y el trabajo, en una palabra, el problema obrero, preocupa desde hace algunos años a numerosos estudiosos en el país. La bibliografía nacional cuenta con no pocas obras de mérito en la materia. Ya son monografías en que se estudian determinadas facetas del problema, ya trabajos que abarcan en conjunto todo él en su vasta complejidad. Citaremos algunos nombres: Juan B. Justo, Joaquín V. González, Augusto Bunge, Enrique del Valle Iberlucea, Manuel Gálvez.

Da mayor importancia al libro que comentamos, aparte de la reconocida ilustración del autor en estas cuestiones, el hecho de haber sido por varios años jefe de legislación del Departamento Nacional del Trabajo, lo que le ha permitido, sin duda, estudiar de cerca el problema, con números a la vista, que es como deben estudiarse estas cuestiones, si se desea llegar a conclusiones serias.

Muchos de los capítulos de este libro están constituidos por trabajos publicados en diversas ocasiones en el Boletín del Departamento. Hacemos notar esto, porque es bueno que se sepa bien, que aquellas publicaciones y proyectos del Departamento del Trabajo son la obra del autor de este libro.

Forman el volumen quince capítulos que examinaremos brevemente.

Cap. I. — Trata del contrato del trabajo, su concepto jurídico, importancia que tiene en el problema obrero y de la imperiosa necesidad de reformar el Código Civil para incluirlo como un título especial.

Finaliza el capítulo con un proyecto-contrato de trabajo.

Cap. II. — Autoridades administrativas del Departamento del Trabajo desde su creación, con las modificaciones subsiguientes.

Cap. III. — Jornada legal de trabajo, y "Semana Inglesa". Comenta algunos proyectos. Y acompaña interesantes datos de legislación comparada.

Los capítulos IV y V los dedica al estudio de los accidentes del trabajo. La situación que precedió a la ley. La jurisprudencia. Las doctrinas fundamentales, desde la teoría romana de la culpa, la de la falta contractual, del caso fortuito, la de Menger, hasta llegar a la del riesgo profesional.

El cap. VI lo dedica a la aplicación de la ley de accidentes

— 9688 —. Estudia la situación — con respecto a la ley — del servicio doméstico, de los obreros marítimos, de los obreros del Estado y algunos casos interesantes de aplicación de dicha ley.

Capítulo VII. — Fenómeno social de las huelgas y su concepto legal.

El capítulo VIII dedicado a la conciliación y arbitraje obrero; comenta algunos proyectos y finaliza con uno suyo sobre la materia.

El capítulo IX está dedicado a los sindicatos obreros, su desarrollo, su importancia; finaliza con un proyecto sobre asociaciones patronales y obreras.

El capítulo X trae una interesante reseña histórica de la organización del proletariado nacional, desde su origen hasta el presente.

En los subsiguientes capítulos estudia el trabajo a domicilio, el trabajo de los empleados de comercio y trabajo de los indios. Termina el volumen con un capítulo dedicado al derecho internacional obrero, tratados, conferencias y asociaciones internacionales.

Creemos que este libro del doctor Ruzo, es un aporte importantísimo al estudio de las cuestiones obreras en el país, y que no puede faltar en la biblioteca de quienes se preocupan por ellas entre nosotros. — *Arturo de la Mota*.

El Muchacho Español, por *José María Salaverria*. — Casa editoria! «Calleja». Madrid, 1918.

La casa editora Calleja, de Madrid, que tan diversas y excelentes series de libros viene dando a luz, ha publicado, en la colección actual, *El muchacho español*, obra de la cual es autor el distinguido literato vasco José María Salaverria.

La lectura de este libro es analéptica, bien que sólo en cierto modo realiza el cometido para que fuera escrita. Es a manera de un catecismo cívico en el que debiera hacer su aprendizaje el muchacho español, para poder desenvolver eficientemente su acción futura dentro de la sociedad en que le toque actuar. Para ello, trata el autor de despertar el cariño de la tierra a la que el muchacho vivirá vinculado, creándole el sentimiento de la patria, no sólo en todo cuando ello significa de tradicional, sino también la patria como expresión geográfica. Con tal motivo,

ofrece a la vista del muchacho español, — en este caso, toda la juventud española, — las características de cada una de las regiones de esa nación, señalándole los encantos que la realzan.

El propósito de que informa la obra toda no es otro que el de elevar el tono moral de su patria. Se vale para ello del mismo procedimiento a que recurriera Edmundo de Amicis en su obra *El Idioma Gentil*.

Se dirige a un joven al que por su edad y condiciones de permeabilidad, cree susceptible a las sugerencias nobles y desinteresadas. A él, pues, van endilgadas las jaculatorias, ora en alabanza de una cosa, ora de otra. Trata de explicarle, racionalmente, el sentido filosófico de los actos cívicos, creándole, a la vez que el culto de sus antepasados, por todo lo que de hondo y grande hicieron en la vida, el sentimiento de la responsabilidad.

Revive a sus ojos los episodios más culminantes de la historia de España, empeñándose en hacerle comprender que su patria fué una de las más poderosas y ricas del mundo. Que ella descubrió varios continentes a los que impuso el habla que aun conservan. Ella que fué, por último, tan poderosa y tan rica, se ha tornado paupérrima y como anquilosada por virtud de ciertas desviaciones, y, como consecuencia, también, de su extraordinaria acción externa que tuvo fatalmente que reducirla al propio solar, podría renacer a mejor suerte, como una ave fenix, de sus propios descalabros. Mas, para ello, fuera menester que se formara una generación tan aguerrida y capaz de afrontar toda clase de ordañas, como las que enaltecieron e ilustraron sus antecesores.

¿Qué ya no quedan continentes por descubrir? Sea cualquiera la esfera en que se desplieguen las actividades individuales, se coadyuvará con ellas al engrandecimiento de la patria, si se las aplica inteligentemente. La industria, el comercio, las ciencias, las artes. Todo lo que forme el acervo que da prez a una nación.

Cuanto más ingente sea el esfuerzo para la realización de tan nobles aspiraciones, más digno de merecer el aprecio y la consideración de los que bregan por dejar en la historia la huella de sus pasos por la tierra.

Como se vé por lo que dicho va, el aliento que campea en la obra toda no puede ser más elevado. Como que propende a hacer reaccionar precisamente, de las causas que condujeron a España al estado de postración en que se encuentra actualmente.

Martin Hume, en su bello e interesante libro *Historia del*

pueblo español, explica, en forma magistral, las causas de tal decadencia.

El descubrimiento de los nuevos continentes tuvo la virtud de inflamar la imaginación del pueblo español, motivando con ello el éxodo emigratorio. Atraídos por la leyenda prestigiosa de la riqueza, del vellocino de oro, se volcaron en las nuevas y vírgenes tierras, desperdigándose en todas direcciones. De allende el Océano partían para aquende el oro que, sin tardanza, pasaba a otras naciones, mientras los campos quedaban yermos por falta de brazos que los cultivaran.

De esa suerte, a poco andar, se quedaron sin industrias y sin agricultura porque todo se compraba a otros países con el oro que aportaban las nuevas tierras, y así, lentamente, fué desapareciendo todo, inclusive las colonias que, por un largo lapso les habían permitido disfrazar su propia inopia. Paralelamente a esto, también, fueron decayendo tanto las ciencias como las artes, de tal modo que, durante el siglo XVIII y parte del XIX se vive del reflejo del espíritu francés, bien que este, con antelación, se hubiera servido de la literatura española a la que entró poco más o menos a saco.

Con este muestrario, expuesto pintorescamente, trata el señor Salaverría de encender la imaginación del muchacho español, estimulándolo a emular todo lo que hay de bello y grande en la historia de su patria.

Y a tal efecto, hasta le traza las normas a que deberá supeditar su conducta, en la vida social, en la ciencia, en las letras.

Ahí no falta nada. Acaso haya tenido presente cuando escribió su libro, el discurso de la Nacionalidad alemana, de Juan Fichte, obra a la cual debe Alemania en gran parte, su actual unidad política. No ha de ocurrir lo mismo, por de contado, con el libro de Salaverría.

Creemos que, en la generalidad de los casos, la prosperidad de una nación, no es el resultado de una sola obra, por buena que ella sea. A ella se ha de aunar la influencia, aunque lenta, continua, de la escuela y del hogar, bien que, obras como la que nos ocupa, mediante un fenómeno de ósmosis logran a veces formar en la conciencia de una nación el concepto de sus deberes y el sentimiento de la responsabilidad que, por igual,

les incumbe a cada una de las personas que constituyen la nacionalidad.

Mas, para obtener tal resultado, se requieren cualidades en cierta manera ausentes en el modo de escribir de Salaverría. Ha de entrar en ello por mucho la fineza de sentimientos, el tono cálido con que se dicen las cosas, el estilo colorista, plástico, como el que caracterizó por ejemplo, a Edmundo de Amicis, que tantos prodigios le permitiera realizar con su prosa encantadora. Ese estilo tan sugestivo merced al cual logró infundir cariños al ejército, al maestro, a la escuela y a los obreros, al par que dió el índice de su propia sensibilidad.

El estilo de Salaverría, bien que elegante y terso, es nervioso, algo frío, vamos al decir, como si por él no circulara la sangre que dá vida y calor, acaso la condición más esencial para la consecución de lo que él se propuso en el libro que motiva este despergeñado comentario. — *Antonio Gellini.*

Prosistas y poetas - Compilación gradual de páginas en prosa y verso, seleccionadas por *Ricardo Ryan*. — Angel Estrada y Cía., editores. Buenos Aires, 1918.

Con el título que encabeza estas líneas, ha compuesto el señor Ricardo Ryan una antología en la que selecciona con estimable gusto y discreción trabajos en prosa y verso de prosistas y poetas europeos y americanos.

Difiere totalmente este libro del señor Ryan de la mayoría de los libros antológicos conocidos hasta ahora, tanto en lo que se refiere a la estructura orgánica que le ha dado, como en la elección de muestras literarias.

Primeramente, el autor trata de dar a su obra un carácter esencialmente moderno, excluyendo de su selección esos trozos de clásicos que desde tiempos inmemoriales ofrecen sus reconocidas enseñanzas en cuanta antología ve la luz del impreso.

Tampoco da a su obra la consabida ordenación por escuelas literarias, en lo que estamos de acuerdo con el autor, pues creemos que eso sólo debe encuadrar dentro de los fines de la historia de la literatura.

Todo lo cual hace que *Prosistas y Poetas* sea un libro ameno y útil, que colma las intenciones que el autor persigue al destinar su libro a servir de "eslabón entre los textos elementales de lectura y las antologías esencialmente literarias".

Si bien el señor Ryan confiesa que su obra no es del carácter de las antologías esencialmente literarias, opinamos que el método que ha usado para la selección de trozos, es un tanto arbitrario.

Notamos, por ejemplo, en la parte dedicada a la prosa, entre otras augustas ausencias, la del maestro Rodó; ello es sumamente extraño, tanto más cuanto que este escritor no pertenece al número de los "consagrados inaccesibles", de los que el señor Ryan huye para componer su libro.

En la parte poética, para no recurrir a otros ejemplos, citaremos el hecho de que el autor dé preferencia entre los actuales poetas hispanos a Carrere, rimador infatigable y de una variedad kaleidoscópica, sobre poetas como Jiménez o cualquiera de los Machado, por no hurgar más.

La parte poética es sin duda la más endeble de la obra y donde más notorios son las fallas apuntadas y de las que es causa principal la injusta benevolencia del autor al escoger poetas y trabajos.

Por lo demás, fuera de esto, con *Prosistas y Poetas* aporta el señor Ricardo Ryan, al caudal exiguo de la enseñanza nacional, un simpático libro en que se aunan eficazmente lo útil y lo bello.

Polémicas, por Augusto Bunge. Prólogo de Roberto F. Giusti. — «Buenos Aires». Cooperativa Editorial Limitada. - 1918.

El diputado socialista Augusto Bunge ha juntado en un volumen, algunos de sus más interesantes artículos polémicos. En el prólogo que ha puesto a este libro, dice Roberto F. Giusti del autor: "Bunge es un brioso, infatigable e irreducible polemista y como tal yo lo admiro. En un país donde casi nadie se atreve a decir *no* a nadie, quien, como él, siempre está de pie, atento a las voces de amigos y enemigos, dispuesto en toda ocasión a no tolerar en silencio que la mentira pase por verdad y el error por acierto, rápido e impetuoso en el ataque, firme y contundente en la defensa, constituye un hermoso espectáculo moral. ¿Cuál valor más grande que el de quien tanto fía en estas solas armas: la idea, la palabra?" Y más adelante, examinando el contenido del libro: "A tal clase de batallas pertenecen en este libro *El Anticarrasco*, documentada y elocuente requisitoria contra los que talan sin motivo los árboles de parques y plazas; *Un informe inverosímil*, sátira sutil de cierto presuntuoso

manotreteo oficial publicado en 1910 por el ya fallecido educacionista Enrique de Vedia; *Nuestra miseria escolar*, primera lanza rota por Bunge en pro de la solución del problema del analfabetismo, por la cual solución ha emprendido más adelante brillantes y victoriosas campañas periodísticas y parlamentarias; *Socialismo y religión*, serio alegato en favor de la libertad de conciencia; *La doctrina de Monroe*, protesta indignada de quien, ciudadano de un libre continente, no pudo tolerar que en las páginas de una revista inglesa se teorizasen absurdas expansiones en América; y algunas más. Agréguelos algún otro trabajo no estrictamente polémico, pero de elevada crítica de ideas, por ejemplo, el titulado *Consecuencias de la guerra*, notable estudio escrito en febrero de 1915 para la revista *Nosotros*, sorprendente por su segura visión del porvenir. A todos los anima el mismo aliento viril, en todos se manifiesta la misma habilidad dialéctica, y después de haberlos leído uno se siente consolado de que en el país haya hombres que escriban con esta gallardía en favor de causas de orden general”.

Biblioteca de autores célebres. — Editorial «América». Madrid, 1918.

De la *Biblioteca de Autores Célebres* que publica la *Editorial - América*, y de cuya edición del *Cancionero* de Heiné, en la traducción de Pérez Bonalde, ya dimos noticia, hemos recibido las *Prosas* de Soren Kierkegaard, por primera vez vertidas al castellano por Alvaro Armando Vasseur, *Fantasmas de la China y del Japón*, de Lafcadio Hearn, también versión de Vasseur, *París*, colección de brillantes crónicas de Eça de Queiroz, traducidas muy mal por Andrés González Blanco; y *Cuentos de lo grotesco y arabesco*, de Edgar Poe, traducción y prólogo de R. Lasso de la Vega.

Al frente de las interesantes páginas del gran místico danés, inserta esta edición un discurso crítico pronunciado sobre el mismo en ocasión del centenario de su nacimiento, por Harald Høffding y un estudio crítico de H. Delacroix.

Anales del “Instituto Popular de Conferencias” (Ciclo primero) — Monreal y Merediz, editores. Buenos Aires, 1918.

Los editores Monreal y Merediz han hecho obra meritisima y necesaria al emprender la publicación de los *Anales del Insti-*

tuto Popular de Conferencias, cuyo primer ciclo acaba de aparecer.

Comprende este ciclo, aparte del Acta de fundación y Fines del Instituto, el Discurso inaugural del doctor Estanislao S. Zeballos y las siguientes conferencias: de los doctores Rodolfo Rivarola y Carlos Rodríguez Etchart, sobre *Problema político de la Educación*; del doctor Emilio Lamiarca sobre *Instituciones de Crédito Agrícola*; del doctor José Ingenieros sobre *La formación de una Raza Argentina*; del doctor Juan Agustín García sobre *Historia de las ideas sociales en la Argentina* y del doctor José Arce sobre *La vida y la muerte*.

Es esta una oportuna iniciativa que los oyentes habituales de esas conferencias y en general los estudiosos de la República, han de acoger sin duda con la simpatía que toda obra de este carácter despierta.

Otros libros y folletos recibidos:

CIENCIA Y FILOSOFÍA. — *Seis ensayos*, por José Ingenieros. I. Psicología de la curiosidad. II. Las ciencias nuevas y las leyes viejas. III La personalidad intelectual de José M. Ramos Mejía. IV La Filosofía Científica en la organización de las universidades. V. Un moralista argentino. VI. De un idealismo fundado en la experiencia. — Editorial América, Madrid.

PRINCIPIOS DE CRÍTICA. ROBERTO BRENES MESÉN Y SUS OBRAS, por M. Vincenti. San José, Costa Rica, 1910.

PROMETHEO ENCADENADO de Esquilo. Traducción de Brieva Salvatierra. Estudio de Carlos Otrifido Müller. *Cultura*. T. VIII. núm. 1. México, 1918.

LA GRAN CIUDAD DE MÉJICO. *Tenostitlán, Perla de la Nueva España, según relatos de antaño y de ogaño*. Selección, prólogo y notas de Artemiñ de Valle Arizpe. *Cultura*. Tomo VIII. N.º 2. México, 1918.

MIS MONOGRAFÍAS UNIVERSITARIAS, por Manuel María Oliver. Buenos Aires, 1918.

CRAINQUEBILLE. *Relato edificante*, por Anatole France. Versión castellana de L. Ruiz Contreras. *Ediciones Mínimas*. Cuadernos mensuales de Ciencias y Letras. Director: Leopoldo Durán. N.º 30. Buenos Aires, 1918.

ANTOLOGÍA, de Fernández Moreno. *Ediciones Mínimas*. N.º 31. Buenos Aires, 1918.

MAR AFUERA, por Eduardo Wilde. Ediciones Mínimas. N° 32. Buenos Aires, 1918.

LEYENDAS DEL TIEMPO HERÓICO. *Episodios de la guerra de la Independencia Americana*, por Manuel J. Calle. Biblioteca de la juventud hispano-americana. Editorial América. Madrid.

EL WASHINGTON DEL SUR. *Cuadros de la vida del mariscal Antonio José de Sucre*, por B. Vicuña Mackenna. Introducción de Victor L. Vivar. Biblioteca de la juventud hispano-americana. Editorial - América. Madrid.

INFORMES DEL DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES INDUSTRIALES. N° 6. Universidad de Tucumán. Buenos Aires, 1918.

Provincia de Mendoza. Ministerio de Hacienda. REFORMA DEL SISTEMA RENTÍSTICO DE LA PROVINCIA: Designación del doctor Ernesto Quesada para redactar un anteproyecto de código fiscal. El impuesto a la renta. Mendoza, 1918.

COMENTARIOS ACERCA DEL FEDERALISMO Y CUESTIONES CONSTITUCIONALES, por José Cantarell Dart. Buenos Aires, 1918.

FÍSICA. Nociones de Ciencias experimentales al alcance de los niños. Edición de 1918. Buenos Aires. Cabaut y Cía., editores.

ESPÍRITU Y MATERIA, por Ramón de Castro Estéves. Buenos Aires, 1918.

DE MIS CONVICCIONES, por Raúl de Zanhnémen. Tucumán, 1918.

REVELACIONES DE UNO DE LOS DIRECTORES QUE FUÉ DE LA FÁBRICA DE KRUPP. Londres. The complete Press, 1918.

EL CRIMEN DE LA GUERRA. (Artículos publicados en "La Gaceta" el 30 de agosto de 1918), por Adolfo S. Carranza. Tucumán, 1918.

ESCUELA Y RECREO EN LA ISLA SARMIENTO EN EL DELTA DEL PARANÁ. Protectora de Niños, Pájaros y Plantas. Folleto N° 3. Buenos Aires, 1918.

PRIMER CONGRESO DE EXPANSIÓN ECONÓMICA Y ENSEÑANZA COMERCIAL AMERICANO a celebrarse en Montevideo los días 29 de Enero al 5 de Febrero de 1919. Montevideo. Imprenta Nacional, 1918.

TROPICAL TOWN AND OTHER POEMS by Salomón de la Selva. John Lane Company, Publishers. New York. MCMXVIII.

EL ESTANCO DEL TABACO, por Eloy Fariña Núñez. Buenos Aires. 1918.

LA RAZA COMO IDEAL. Conferencia dada en el Rosario de Santa Fe en el día de la Raza, por Rodolfo Rivarola. Buenos Aires, 1918.

CIENCIA Y RELIGIÓN. *Piedras de arriba y de abajo*, por Martín Gil. "Sociedad Luz" (Universidad Popular). Serie II. N° 22. Buenos Aires, 1918.

EL PRIMER PLAN DE ESTUDIOS PROYECTADO PARA LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES Y LAS ESCUELAS DE PRIMERAS LETRAS. (Año 1822), por Ricardo Levene. (De la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*). 1918.

UN DECRETO DEL VIRREY CISNEROS SOBRE INSTRUCCIÓN PRIMARIA OBLIGATORIA, por Ricardo Levene. (De la *Revista de Filosofía*). Buenos Aires, 1918.

LA TRADUCCIÓN Y PUBLICACIÓN PORTUGUESA DE 1810 DE LA REPRESENTACIÓN DE LOS HACENDADOS DE MORENO, por Ricardo Levene, de la Junta de Historia y Numismática Americana. (De NOSOTROS, N° 112). 1918.

LOS DÉBILES DE ESPÍRITU. Tesis, por Angel A. Masciotra. Buenos Aires, 1918.

INVERSIÓN UTERINA. Tesis por José B. F. Campoamor. Buenos Aires, 1918.

EN ELOGIO DEL ARBOL. Un discurso y una oración, por Marcos Manuel Blanco. (NOSOTROS, N° 113). Buenos Aires, 1918.

EL IDEALISMO EN LA POLÍTICA AMERICANA. Discurso pronunciado por el señor D. Víctor Andrés Belaunde en la velada organizada por la Federación de Estudiantes, en honor del Ministro señor Baltasar Brum Suplemento del "Mercurio Peruano". Lima, 1918.

EDUCACIÓN COMÚN EN LA CAPITAL, BUENOS AIRES Y TERRITORIOS NACIONALES. Informe presentado al ministerio de Instrucción Pública por el Dr. Angel Gallardo, Presidente del Consejo Nacional de Educación. 1917. — Buenos Aires, 1918.

ALBERTO NIN FRÍAS, por Juan M. Filartigas. Edición del Centro "Soiza Reilly". Paysandú.

DE LA VIDA QUE PASA. (Ensayos y apuntes). Por Francisco Piegari. Editores: "Librería Universitaria". Buenos Aires, 1918.

Nota. — Muchos otros libros hemos recibido en los últimos meses, de los cuales hemos de dar noticia en el próximo número.

EL MUNDO EN GUERRA

Según una lista publicada en agosto, 1918, por el Departamento de Estado de los Estados Unidos, entraron veintiocho naciones en la guerra.

DECLARACIONES DE GUERRA

(Por orden alfabético)

Alemania contra Bélgica.....	Agosto	4, 1914
Alemania contra Francia.....	Agosto	4, 1914
Alemania contra Portugal.....	Marzo	9, 1916
Alemania contra Rumania.....	Setiembre	14, 1916
Alemania contra Rusia.....	Agosto	1, 1914
Austria contra Bélgica.....	Agosto	28, 1914
Austria contra Japón.....	Agosto	27, 1914
Austria contra Montenegro.....	Agosto	9, 1914
Austria contra Rusia.....	Agosto	6, 1914
Austria contra Serbia.....	Julio	28, 1914
Bélgica contra Alemania.....	Agosto	4, 1914
Bulgaria contra Serbia.....	Octubre	14, 1915
China contra Austria.....	Agosto	14, 1917
China contra Alemania.....	Agosto	14, 1917
Costa Rica contra Alemania.....	Mayo	23, 1918
Cuba contra Alemania.....	Abril	7, 1917
Cuba contra Austria - Hungría.....	Diciembre	16, 1917
Estados Unidos contra Alemania.....	Abril	6, 1917
Estados Unidos contra Austria - Hungría..	Diciembre	7, 1917
Francia contra Austria.....	Agosto	13, 1914
Francia contra Alemania.....	Agosto	3, 1914
Francia contra Bulgaria.....	Octubre	16, 1915

Francia contra Turquía.....	Noviembre	5, 1914
Gran Bretaña contra Alemania.....	Agosto	4, 1914
Gran Bretaña contra Austria.....	Agosto	13, 1914
Gran Bretaña contra Bulgaria.....	Octubre	15, 1915
Gran Bretaña contra Turquía.....	Noviembre	5, 1914
Grecia contra Bulgaria.....	Noviembre	28, 1916
(Gobierno Provisional).		
Grecia contra Bulgaria.....	Julio	2, 1917
(Gobierno de Alejandro).		
Grecia contra Alemania.....	Noviembre	28, 1916
(Gobierno Provisional).		
Grecia contra Alemania.....	Julio	2, 1917
(Gobierno de Alejandro).		
Guatemala contra Alemania y A. Hungría.	Abril	22, 1918
Haití contra Alemania.....	Julio	15, 1918
Honduras contra Alemania.....	Julio	19, 1918
Italia contra Austria.....	Mayo	24, 1915
Italia contra Bulgaria.....	Octubre	19, 1915
Italia contra Alemania.....	Agosto	28, 1916
Italia contra Turquía.....	Agosto	21, 1915
Japón contra Alemania.....	Agosto	23, 1914
Liberia contra Alemania.....	Agosto	4, 1917
Montenegro contra Austria.....	Agosto	8, 1914
Montenegro contra Alemania.....	Agosto	9, 1914
Nicaragua contra Alemania.....	Mayo	24, 1918
Panamá contra Alemania.....	Abril	7, 1917
Panamá contra Austria.....	Diciembre	10, 1917
Portugal contra Alemania.....	Noviembre	23, 1914
(Resolución autorizando la intervención militar como aliada de Inglaterra).		
Portugal contra Alemania.....	Mayo	19, 1915
(Ayuda militar acordada).		
Rumania contra Austria.....	Agosto	27, 1916
(Los Aliados de Austria consideraron que era una declaración de guerra contra ellos también).		
Rusia contra Alemania.....	Agosto	7, 1914
Rusia contra Bulgaria.....	Octubre	19, 1915
Rusia contra Turquía.....	Noviembre	3, 1914
San Marino contra Austria.....	Mayo	24, 1915

Serbia contra Alemania.....	Agosto	6, 1914
Serbia contra Bulgaria.....	Octubre	16, 1915
Serbia contra Turquía.....	Diciembre	2, 1914
Siam contra Alemania.....	Julio	22, 1917
Siam contra Austria.....	Julio	22, 1917
Turquía contra los Aliados.....	Noviembre	23, 1914
Turquía contra Rumania.....	Agosto	29, 1916

RUPTURA DE RELACIONES DIPLOMATICAS

Austria contra el Japón.....	Agosto	26, 1914
Austria contra Portugal.....	Marzo	16, 1916
Austria contra Serbia.....	Julio	26, 1914
Austria contra Estados Unidos.....	Abril	8, 1917
Bolivia contra Alemania.....	Abril	14, 1917
Brasil contra Alemania.....	Abril	11, 1917
China contra Alemania.....	Marzo	14, 1917
Costa Rica contra Alemania.....	Setiembre	21, 1917
Ecuador contra Alemania.....	Diciembre	7, 1917
Egipto contra Alemania.....	Agosto	13, 1914
Estados Unidos contra Alemania.....	Febrero	13, 1917
Francia contra Austria.....	Agosto	10, 1914
Grecia contra Turquía.....	Julio	2, 1917
(Gobierno de Alejandro).		
Grecia contra Austria.....	Julio	2, 1917
(Gobierno de Alejandro).		
Guatemala contra Alemania.....	Abril	27, 1917
Haití contra Alemania.....	Junio	17, 1917
Honduras contra Alemania.....	Mayo	17, 1917
Perú contra Alemania.....	Octubre	6, 1917
República Dominicana contra Alemania...	Junio	8, 1917
Turquía contra los Estados Unidos.....	Abril	20, 1917
Uruguay contra Alemania.....	Octubre	7, 1917

NACIONES NEUTRALES

Abisinia
Andorra

Afghanistan
Argentina

Bhutan	Nepal
Chile	Noruega
Colombia	Paraguay
Dinamarca	Persia
España	Salvador
Ecuador	Suecia
Holanda	Suiza
México	Venezuela
Monaco	

Población de las naciones en guerra: 1.569.410.000. Población de las naciones neutrales: 135.876.000. Por donde se ve que la humanidad entera, con excepción de una duodécima parte, estuvo comprometida en esta guerra, la mayor que han visto los siglos.

X.

NOTAS Y COMENTARIOS

Intercambio intelectual.

La colaboración del escritor Juan Torrendell ha proporcionado a NOSOTROS un principio de conocimiento entre la intelectualidad argentina y la catalana.

Por el último correo de España han llegado diarios y revistas de Barcelona, Valencia y Palma de Mallorca, en cuyas páginas se anuncia y elogia la entusiasta labor de Torrendell por dar a conocer en su sección *Letras Catalanas* los libros de la renaciente literatura de aquella nacionalidad española.

Entre los comentarios que se dedican a esos trabajos de vulgarización, que Cataluña, como país de reciente vida propia, al igual que la Argentina, agradece con hondo sentimiento, sobresale el de Juan Estelrich, escritor joven, pero de firme personalidad. En uno de sus artículos bibliográficos consagra su atención a NOSOTROS, afirmando que el catalanismo ha obtenido un nuevo triunfo con haber conseguido una tribuna en las páginas de "publicación de tan altas cualidades y de tan puras orientaciones". "Sobre todo,—añade—nos place consignar este hecho, no tan sólo por lo que encierra de sintomático, sino también por haber sido encargada esa nueva sección de NOSOTROS a un escritor como Torrendell, cuyo recuerdo fervoroso y estimulante perdura siempre entre nosotros, ahora principalmente en que triunfa en España la política de las relaciones y conocimiento mutuo entre todos los pueblos ibéricos, como manera de alcanzar la plasmación de la futura España Grande, política que nuestro amigo inició tan valientemente en la revista *Cataluña* que él fundara y dirigiera con éxito que todos recordamos con el mayor gusto". "Nosotros — termina diciendo — no pedimos ayuda, porque nos queremos salvar por el propio esfuerzo; nosotros no pedimos un aplauso, que podría ser interesado o podría envanecernos demasiado; nos-

otros sólo queremos comprensión, la máxima comprensión. Los estudios de una persona tan autorizada como nuestro Juan Torrendell pueden favorecer muchísimo en la Argentina y en las prestigiosas páginas de NOSOTROS este ferviente deseo de ser comprendidos."

Al agradecer sinceramente los términos elogiosos que el señor Estelrich y varios periódicos nos conceden, hemos de añadir una nueva noticia y es que el citado escritor catalán ha manifestado a nuestra colaborador Juan Torrendell el mayor interés por conocer y divulgar en su patria las obras de la moderna literatura argentina. Estas han de ser dirigidas a Don Juan Estelrich en el Ateneo Barcelonés (calle Canuda 30, Barcelona). De este modo quedará establecido un beneficioso intercambio entre dos literaturas jóvenes, pero que inician su vida con producciones de valiosa importancia.

"Nuestra América"

Ha aparecido el número 2 de esta excelente revista mensual.

Siguiendo la norma de conducta trazada al iniciar su publicación, *Nuestra América* ofrece en este número colaboraciones de distinguidos intelectuales americanos, como Graça Aranha, Herrera y Reissig, Enrique José Varona, Pedro Sondereguer y otros.

Es encomiable, desde todo punto de vista, la acción cultural que *Nuestra América* comienza a desarrollar en nuestro medio, tan ingrato para estas manifestaciones.

"Mercurio Peruano".

Víctor Andrés Belaunde, viejo amigo nuestro, pues le conocimos hace diez años, cuando llegó a Buenos Aires como secretario de la comisión encargada de estudiar el litigio de límites pendiente con Bolivia, y que presidía el conocido diplomático y simpático hombre de mundo, Víctor A. Maurtua, acaba de fundar en Lima una importante revista mensual de Ciencias Sociales y Letras, titulada *Mercurio Peruano*.

Esta revista, que lleva editados ya cuatro números, publicará, según su programa, correspondencias europeas de Francisco y Ventura García Calderón y José Gálvez; estudios sobre las cuestiones de actualidad y, preferentemente, ensayos sobre pro-

blemas nacionales: notas bibliográficas referentes a la producción literaria, jurídica, histórica, educativa, sociológica, científica y filosófica; informaciones sobre la vida regional; revista de la política externa e interna y un suplemento gráfico con una página de arte, una página femenina y una sección de actualidad nacional y extranjera.

Este variado programa lo está cumpliendo el Director del *Mercurio Peruano* con evidente acierto, logrando así dotar al Perú de una importante publicación literaria, de que carecía.

En honor de José Ingenieros.

El día 21 del corriente, un núcleo de alumnos y de amigos, ofrecieron al doctor José Ingenieros una comida íntima, con motivo de la publicación del primer tomo de su obra *Evolución de las ideas argentinas* y de su elección como Consejero y Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras.

Tratándose de una comida en honor del más asiduo concurrente a las comidas de NOSOTROS, no era extraño que asistieran a ella la mayoría de sus habituales adherentes, y que se desarrollara en un ambiente idéntico de cordialidad y buen humor.

Asistieron: C. Muzzio Sáenz Peña, Nicolás Coronado, Alejandro Castiñeiras, Alberto Palcos, Gabriel Monserrat, Antonio Mercatali, Carlos Sanchirico, Estanislao Fleury, Clemente Maradona, Francisco Villafior, Pedro González Gastellú, Juan Burghi, Pablo Suero, Ernesto Palacio, José María Fernández, Simón Scheimberg, Pedro B. Franco, Luis A. Bontempi, Guido A. Carrey, Orestes Confalonieri, José Piñero, Luis Falcón, Samuel Bermann, Francisco Chelia, Salvador Debenedetti, Arturo Vázquez Cey, Félix Outes, José M. Monner Sans, Arturo de la Mota, Humberto Bidone, Gregorio Bermann, Jorge Guash Leguizamón, Ubaldo Isnardi, Julio Noé, Alfredo A. Bianchi, Roberto F. Giusti.

NOSOTROS.